

BIBLIOTECA
DE
AUTORES MEXICANOS





BIBLIOTECA
DE AUTORES MEJICANOS

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

CORBELL. — IMPRENTA DE CRÉTÉ.

OBRAS ESCOGIDAS

DE

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

LLAMADA EN SU SIGLO

LA DÉCIMA MUSA MEJICANA

NUEVA EDICION

VERACRUZ—PUEBLA

LIBRERIAS

“ LA ILUSTRACION ”

PARÍS

A. DONNAMETTE

30, CALLE DES SAINTS-PÈRES, 30

1890

INDICE DE LAS MATERIAS

CONTENIDAS EN ESTE VOLUMEN

	Paginas.
APUNTES BIOGRÁFICOS.....	V

POESÍAS LÍRICAS

Versos al lector.....	1
Soneto. A la condesa de Paredes.....	6
Sonetos.....	7
Redondillas.....	23
Glosa.....	26
Romance.....	28
Liras.....	39
Endechas.....	42
Romances.....	47
Soneto.....	52
Ovillejos.....	53
Redondillas.....	66
Décimas. Celebra los años de la condesa de Paredes.....	69
Romance.....	71
Sonetos.....	84
Soneto. En la muerte de la Marquesa de Mancera.....	86
Décimas.....	87
Décimas sobre un retrato.....	91
Décimas sobre el mismo tema.....	92
Décimas varias.....	95
Redondillas.....	98
Romances.....	101
Coplas de música.....	106
Romance.....	107
Sonetos.....	110
Décima.....	114

	Páginas.
Romance.....	115
Villancico.....	118
Romance. A San Pedro.....	120
Soneto. En la muerte del Duque de Veraguas	121
Coplas.....	122
Soneto. A la muerte de Felipe IV.....	124
Sonetos.....	125
Liras.....	129
Glosa.....	133
Décimas.....	135
Redondillas. A una presumida.....	137
Redondillas. A un borracho linajudo.....	138
Redondillas a un soberbio.....	139
Redondillas.....	140
Romances.....	147
Endechas.....	158
Romances.....	160
Décima.....	165

OBRAS DRAMATICAS

Los empeños de una casa, comedia en tres jornadas.....	169
--	-----

APUNTES BIOGRÁFICOS

DE SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ.

En una de las faldas del gigantesco Popocatepetl, sobre verde y florida alfombra, y entre las frescas y transparentes linfas que descienden de la montaña, descansa una tranquila y pequeña aldea, morada de paz y ventura, mansion de inocencia y bienestar para sus afortunados habitantes. Llámase esta pequeña poblacion San Miguel Nepantla, y en ella se conserva en pié, aunque arruinada, una antigua casita, nido que fué de una paloma encantadora, risueño y caliente hogar donde se deslizaron los primeros y plácidos años de Sor Juana Inés de la Cruz.

En ese tranquilo pueblecillo nació la celebrada poetisa el día 12 de Noviembre de 1651, siendo sus padres Don Pedro Manuel de Asbaje, natural de la villa de Vergara en la provincia de Guipúrcoa, y Doña Isabel Ramirez, nacida en Yacapixtla, poblacion perteneciente al Estado de Morelos en la República mejicana.

Refiere el Padre Diego Calleja, biógrafo y admirador entusiasta de tan portentosa mujer, que «siendo ésta muy pequeña, pues apénas contaba tres años de edad, recibió á peticion suya y á exensas de su familia, las primeras lecciones de lectura, y que fuéron tales los progresos alcanzados en su aprendizaje, que

uando llegó á sus cinco abriles, la niña sabía ya leer, escribir, contar y todas las menudencias de labor blanca : éstas con tal esmero, que hubieran sido su heredad, si hubiera habido menester que fuesen su tarea ».

Natural y congénita fué en ella la afición á la poesía, y pasmosa la facilidad que desde muy temprano tuvo para componer versos. Ocho años contaba apenas, y ya su fecundo ingenio se reveleba en una *Loa*, incorrecta y defectuosa sin duda, no obstante los elogios que de ella hace el dominicano Muñiz, pero que atendidos los pocos años de la niña y su ninguna educación literaria, no pudo menos que reputarse como un prodigio, no sólo entre los ignorantes, sino hasta por los hombres más ilustrados y entendidos en el entónces vireinato de la Nueva-España.

Pero si notable y extraordinaria fué la facilidad poética de esta prodigiosa mujer, todavía lo fué más su irresistible afición al estudio, siendo insaciable el deseo de aprender que la consumió desde los más tiernos años de su vida. Ella misma nos manifiesta esa ardiente sed de saber que la devoraba, cuando con encantadora gracia nos dice : « Teniendo yo despues como seis ó siete años... oí decir que había universidad y escuelas en que se estudiaban las ciencias en Méjico; y apenas lo oí, cuando empecé á matar á mi madre con instantes é importunos ruegos, sobre que, mudándome el traje, me enviase á Méjico, en casa de unos deudos que tenía, para estudiar y cursar la universidad. »

Desechada por sus padres, como era natural, la noble pero extravagante pretension de la niña, y tras-cadada ésta poco despues á Méjico, su dedicacion a estudio la indujo hasta tomar una resolucion que, de

seguro, no ha de ser aplaudida, ni mucho ménos imitada por la generalidad de nuestras damas. « Empecé á aprender gramática (1), dice la célebre monja, — en que creo no llegaron á veinte las lecciones que tomé; y era tan intenso mi cuidado, que siendo así que en las mujeres, — y más en tan florida juventud es tan apreciable el adorno natural del cabello, yo me cortaba de él cuatro ó seis dedos, midiendo hasta donde llegaba ántes, ó imponiéndome ley de que, si cuando volviese á crecer hasta allí, no sabía tal, ó tal cosa que me había propuesto aprender en tanto que crecía, me lo había de volver á cortar, en pena de la rudeza. Sucedió así, que él crecía y yo no sabía lo propuesto, porque el pelo crecía apriesa, y yo aprendía despacio, y con efecto le cortaba, en pena de la rudeza : que no me parecía razon que estuviese vestida de cabellos, cabeza que estaba tan desnuda de noticias, que era más apetecible adorno. »

Pronto voló la fama de tan portentosa mujer, y su nombre comenzó á celebrarse, ya no sólo en la antigua Nueva-España y en las demás colonias hispano-americanas, sino allende los mares y en la misma corte del rey Felipe IV.

Gobernaba entónces en Méjico don Antonio Sebastian de Toledo, marqués de Mancera; y atraído del nombre y de la gloria de la celebrada doncella. llámola á su palacio, la nombró dama de honor de la reina y la convirtió en objeto de desinteresadas y cultas alabanzas de los sabios, y en ídolo de adoracion para los galantes cortesanos, que se apresuraron á rendirle sus homenajes de amor y á proponerle ventajosísimos y honrosos casamientos. Y no hay que

(1) Gramática latina.

extrañarlo; porque á un ingenio privilegiado, á una prudentísima discrecion y á un saber poco común, la portentosa poetisa juntaba una hermosura bastante notable y un caudal abundante de gracias, con que al encantar los espíritus, aprisionaba al mismo tiempo los corazones.

La solicitada doncella, con ardientes aspiraciones de gloria, con un espíritu levantado, que comprendía la mezquindad de los dones que se le ofrecían en cambio de sus gustos y placeres literarios; con un corazón deseoso, sediento de amor, y que no podía encontrar entre los que la rodeaban ni uno solo que pudiese apagar esa sed de amor infinito que la devoraba; ese ángel desterrado del cielo, pero que acaso conservaba las encantadoras reminiscencias de su antigua patria, ¿se conformaría tal vez con los goces mentidos que le ofrecía la tierra? ¿Qué era para ella el matrimonio, por más ventajas y honra que le trajese? La pérdida de su libertad! El sacrificio de sus inclinaciones! El deber de amar á quien, de seguro, no podría ni estimar en todo su valor, el tesoro de ternura y pasión que se ocultaba en su seno!

La poetisa era hija del siglo xvii, y entónces los monasterios ofrecían un puerto de refugio no sólo para el infortunio y los dolores del alma, sino tambien para el genio y los espíritus generosos que no pudiendo encontrar la satisfaccion de sus deseos y la realizacion de sus esperanzas en medio de los falsos placeres del mundo, la buscaban en su íntima y perfecta union con la fuente de todo bien, con el inagotable venero de un amor inextinguible. La cortejada hermosísima dama, la celebrada poetisa, ese carácter levantado á la vez que tierno y lleno de amor, esa mujer que sin duda tenía la conciencia de que *no*

podía hallar par en el mundo, como dice su biógrafo el Padre Calleja, alzó la vista al cielo; y renunciando á cuanto la pompa mundana le presentaba, y á los dulces placeres de un amor legítimo, y al irresistible atractivo del risueño hogar y la familia, y tal vez hasta á los dorados ensueños de la fama y gloria, abandona para siempre la corte vireinal de que era el máspreciado ornamento, da su adios eterno al mundo, y busca en la quietud y el retiro de un convento la paz de su espíritu y la satisfaccion de ese amor ardiente é infinito que abrasaba y consumía su existencia.

Inmenso fué por cierto el sacrificio; y la misma poetisa nos revela las vacilaciones en que se agitó su espíritu durante los días que precedieron á su ingreso al monasterio. «Esto me hizo vacilar algo en mi resolución — dice sor Juana, refiriéndose á los inconvenientes de la vida monástica — hasta que alumbrándome personas doctas, ... tomé el estado que tan indignamente tengo. Pensé yo que huía de mí misma; pero ¡miserable de mí! trájeme á mí conmigo, y traje á mi mayor enemigo en esta inclinacion que no sé determinar si por prenda, ó castigo me dió el cielo...»

Decidida á dejar el mundo que no podía llenar sus aspiraciones, la hermosa doncella entró como novicia en el antiguo convento de Teresas; pero la severidad de la regla en las carmelitas reformadas quebrantó en poco tiempo la salud de la jóven poetisa, y se resolvió entónces á trasladarse al monasterio de San Gerónimo, en Méjico, donde al fin hizo su religiosa y solemne profesion.

Diez y siete años no cumplidos tenia entónces la celebrada y bella poetisa, que tan cortejada y aplaudida habia sido en el siglo. Más si en el retiro del laustro iba á verse libre de las galanterías de sus

desengañados amantes, hasta su celda debían seguirla los entusiastas aplausos de sus admiradores y el deseo que la consumía de nutrir su espíritu con el estudio de las ciencias y las letras. A ésta, para ella, gratisima ocupacion consagraba todos los momentos de que podía disponer, sin perjuicio del cumplimiento exacto de sus deberes religiosos, *pues — como dice la misma Sor Juana — lo que sólo deseaba era estudiar para ignorar ménos.* »

¡Cuántas contrariedades le esperaban, sin embargo, en el retiro del claustro! ¡Cuánto se vió obligada á sufrir por su inclinacion irresistible al estudio! Ora interrumpian sus ocupaciones favoritas las molestias de la vida en comunidad; ora las insulsas é impertinentes visitas de sus admiradores; ya los médicos prohibiéndole, como medida de salud, sus lecturas y trabajos literarios; ya, en fin, teniendo que obedecer las órdenes de alguna « prelada muy santa y muy cándida — como dice la misma Sor Juana — que creyó que el estudio era cosa de inquisicion. » Todas estas contradicciones y otras mil á que se vió sujeta esa mujer ardiente é impresionable, no podian ménos que amargar su existencia, que herir su corazon; y, sin embargo, sus hermanas jamás notaron en ella ni un rasgo de impaciencia, ni le oyeron una palabra de queja, ni siquiera le advirtieron un momento de mal humor. Llena de resignacion, de dulzura y de bondad, fué siempre amada, solicitada y preferida por sus compañeras las demás religiosas, á quienes proporcionaba distracciones, consuelos y alegrías.

Así pasó la poetisa los veintisiete años de su vida monástica, logrando obtener al mismo tiempo profundos conocimientos en filosofía, literatura, historia, idiomas, matemáticas y física. En la música fué no

sólo notable, sino prodigiosa; y en confirmacion de nuestro aserto, vamos á copiar algunas palabras del Padre Calleja, á quien ya hemos tenido ocasion de citar. « Pareciéndole — dice — que las ciencias que habia estudiado no podian ser de provecho á su religiosa familia, donde se profesa con esmero tan edificativo el arte de la música, por agradecer á sus carísimas hermanas el hospedaje cariñoso que todas le hicieron, estudió el arte muy de propósito; y le alcanzó con tal felicidad, que compuso otro nuevo y más fácil, en que se llega á su perfecto uso sin los rodeos del antiguo método: obra, de los que esto entienden, tan alabada, que bastaba ella sola, dicen, para hacer á Sor Juana famosa en el mundo. »

En Noviembre de 1690 la poetisa recibió una carta que, bajo el pseudónimo de Filotea de la Cruz, le dirigió el Reverendo Obispo de Puebla don Manuel Fernandez, en la que, á vuelta de grandes elogios tributados á Sor Juana, con ocasion de un opúsculo escrito por ella, impugnando una pieza oratoria del Padre Vieyra, la exhorta y amonesta á que abandone el estudio de las letras profanas y se consagre exclusivamente al cumplimiento de sus deberes religiosos. « Mucho tiempo, — le dice el Obispo — mucho tiempo ha gastado V. en el estudio de los filósofos y poetas; ya será razon que se perfeccionen los empleos y se mejoren los libros. »

Admirable es Sor Juana contestando al Obispo; y si son de aplaudirse en la monja su pasmosa erudicion, sus profundos conocimientos en las letras sagradas y profanas y sus ideas avanzadas y trascendentales respecto de la educacion de la mujer; no puede uno ménos que aplaudirla y venerarla al ver la dignidad con que defiende sin embozo y sin que la arredren las

preocupaciones de su siglo, su libertad de pensar, la de exponer sus ideas y la de emitir sus juicios. ¡Qué arranque tan noble y elevado el de esta mujer prodigiosa, cuando exclama con el valor que le presta su genio : « Mi entendimiento, tal cual, ¿no es tan libre como el del Padre Vieyra, pues viene de un solar? »

La contestacion de la monja fué victoriosa; y, sin embargo de todo, dejándose Sor Juana arrastrar por la fogosidad de su espíritu y por la exaltacion religiosa de su época, hace una confesion general de sus culpas, manda que se vendan sus instrumentos científicos, diversos objetos de arte con que habia sido obsequiada por sus admiradores, y más de cuatro mil volúmenes que formaban su querida biblioteca, distribuyéndose el producto entre los pobres; escribe y firma con su propia sangre dos fervorosas protestas de su fé católica, y se encierra en su celda, de la que no sale sino para concurrir á los ejercicios religiosos de la comunidad, no dejando en su triste habitacion más que un crucifijo, ante quien llorar, cilicios y disciplinas con que mortificarse y dos ó tres libros ascéticos que le recuerden á cada momento la miseria y vanidad del mundo y los eternos goces del cielo, prometidos á los que han regado la tierra con sus lágrimas.

Sólo un espíritu levantado como el de nuestra monja, y el que haya sentido como ella esa inclinacion irresistible al estudio, que vino á ser el carácter distintivo de la poetisa, podrán comprender todo el valor, toda la abnegacion que necesitó Sor Juana para consumir su inmenso sacrificio. Y lloró tanto la enorme culpa de haberse consagrado á las ciencias y á las letras, y se entregó con tanto ardor á la penitencia, que su confesor se creyó obligado á moderar

su exaltacion religiosa y á contenerla en sus duras y rigurosas mortificaciones.

Más de tres años trascurrieron de esta manera : años de sufrimientos en que se acrisoló la virtud monástica de Sor Juana, y en que arrancando de sus sienes la corona de laurel que las refrescaba, se ciñó la de espinas, y marchó con paso firme á la cima de su Calvario. ¡Ay! el genio se redime con él martirio, y la inmortal poetisa tuvo que desgarrar su corazon, como precio de la fama y gloria que la rodeaban.

El cielo se compadeció de tanto dolor : el tifo que se enseñoreó de Méjico durante la primavera de 1695, invadió el monasterio de San Gerónimo, y muchas religiosas se vieron acometidas de la peste. Entónces Sor Juana, como un ángel de bondad, vela, asiste y consueta á las febricitantes ; no abandona la cabecera de sus hermanas que sufren, y en su obra de ardiente amor, cae tambien ella herida por la peste, y muere, víctima de su celo caritativo, en la mañana del 17 de Abril de 1695.

El alma de la mártir voló á descansar al seno de Dios; la fama y gloria de la poetisa serán inmortales en la tierra.

Para juzgar imparcialmente las obras de Sor Juana Inés de la Cruz, preciso es tener en cuenta lo que fué la literatura española en el siglo xvii, durante los reinados de Felipe IV y Carlos II.

Con las glorias militares de España habian desaparecido tambien sus altas glorias literarias; y en pos de Herrera y Fray Luis de Leon, de Cervántes y Lope, de Ruiz de Alarcon y Moreto, de los Argensolas y Calderon, habia presentádose en el palenque de las

letras un ingenio, notable sin duda, pero que pretendiendo dar á la poesía castellana más tono y vigor de los que hasta entónces hubiera tenido, no consiguió otra cosa que depravar el gusto literario de la Península española con la introduccion de un lenguaje extravagante é ininteligible. Don Luis de Góngora y Argote, fundador del *culteranismo*, fué el corruptor de las letras castellanas; y las innovaciones por él introducidas, y adoptadas y seguidas por la mayor parte de sus contemporáneos y sucesores, trajeron consigo las más tristes y lamentables consecuencias, conduciendo á la literatura patria á su mayor degradacion y envilecimiento.

El gusto literario se había perdido así en España como en sus colonias, cuando apareció en la escena nuestra célebre poetisa : no es de extrañar, por lo mismo, que sus obras, fruto de una época de degeneracion política y literaria, estén marcadas con el sello característico de su siglo y de la escuela en que nacieron. El *culteranismo* es lo que en ellas domina; y al lado de bellezas de primer orden que prueban el altísimo ingenio de Sor Juana, se encuentran el falso brillo, el retruécano y la profusion de adornos que distinguen la escuela de Góngora, envueltos en un lenguaje embrollado, ampuloso y enigmático.

El Sr. Arróniz, al hablar de nuestra celebrada poetisa, dice con mucho acierto : « Las obras de Sor Juana revelan en parte el agudo ingenio, la gran lectura, la viveza de carácter y las demas preciosas dotes que la adornaban; pero como se escribieron en la época de la corrupcion de la literatura española, empresa debida en su mayor parte al ingenioso y osado Góngora, así es que abundan en retruécanos, alambicamiento de ideas, sutilezas, amaneramiento, trivialidad; y de

tal manera, que apénas bastan á compensar tantos defectos las cualidades magníficas de su gran talento; pero buscando el verdadero punto de vista para considerarlas, colocándose en la época en que se escribieron, y pesando los recursos con que contó su autora, son una prueba maravillosa y un monumento inmortal de su larga y merecida celebridad. »

Los defectos del *culteranismo* son los que se notan en la mayor parte de las obras de nuestra monja. Sor Juana fué una admiradora entusiasta de Góngora, y no es extraño que lo tomase por modelo y lo siguiese no sólo en sus aciertos y bellezas, sino tambien en sus errores y extravagancias. Pagó así el tributo debido á su siglo; y, ademas, ¿« qué escuela, ni qué ejemplos — como dice muy bien un entendido crítico de nuestros días — podia tener Sor Juana en un rincón de la tierra, y en el estrecho recinto de un claustro, rodeada generalmente de personas vulgares y limitadas, en una época de censura y represion, sin más mundo donde extenderse que las tardías comunicaciones con la metrópoli, y sin otro horizonte que la pared de las casas vecinas? »

Sin embargo de todo, las poesías de esta mujer prodigiosa abundan en ingenio y agudeza, son ricas en su forma y notables en el colorido : algunas no carecen de sentimiento, y en todas es de admirarse esa difícil facilidad que nos encanta en los verdaderos poetas.

Tiempo es ya de que hagamos notar, siquiera sea de paso, algunas de las bellezas que recomiendan las obras de Sor Juana, ya que tanto hemos hablado de sus extravíos y defectos.

El soneto, género tan difícil en la poesía lírica, mereció de nuestra monja una particular predilección; y

es verdad que pocos sonetos suyos son los que no logran llamar la atención de los lectores. No podemos ménos que copiar aquí el que dedicó á Lucrecia.

¡ Oh famosa Lucrecia, gentil dama,
De cuyo ensangrado noble pecho
Salió la sangre que extinguió, á despecho
Del rey injusto, la lasciva llama!

¡ Oh, con cuánta razon el mando aclama
Tu virtud, pues por premio de tal hecho,
Aún es para tus sienes cerco estrecho
La amplísima corona de tu fama!

Pero si el modo de tu fin violento
Puedes borrar del tiempo y sus anales,
Quita la punta del puñal sangriento

Con que pusiste fin á tantos males;
Que es mengua de tu honrado sentimiento
Decir que te ayudaste de puñales.

Moral es el pensamiento que encierra esta composición, y está expresado con maestría y como debe hacerlo un poeta cristiano; porque si bien es de aplaudirse y admirar la heroica honestidad de la dama romana, se lamenta y reprueba el suicidio á que apeló Lucrecia, como á supremo remedio de sus males.

Fáciles, ingeniosos, bellísimos son casi generalmente los romances de nuestra celebrada Sor Juana Sirva de prueba el siguiente :

Finjamos que soy feliz,
Triste pensamiento, un rato;
Quizá podreis persuadirme,
Aunque yo sé lo contrario.
Que, pues sólo en la aprension
Dicen que estriban los daños,
Si os imaginais dichoso,
No sereis tan desdichado.
Sirvame el entendimiento
Alguna vez de descanso,

Y no sienpre esté el ingenio
Con el provecho encontrado.
Todo el mundo es opiniones,
De pareceres tan varios,
Que lo que el uno cree negro,
El otro prueba que es blanco.
A unos sirve de atractivo
Lo que otro concibe enfado;
Y lo que éste por alivio,
Aquel tiene por trabajo.
El que está triste, censura
Al alegre de liviano;
Y el que está alegre, se burla
De ver al triste penando.
Los dos filósofos griegos
Bien esta verdad probaron,
Pues lo que en el uno risa,
Causaba en el otro llanto.
Célebre su oposicion
Ha sido, por siglos tantos,
Sin que cual acertó esté
Hasta ahora averiguado.
Antes en sus dos banderas
El mundo todo alistado,
Conforme el humor le dicta,
Sigue cada cual el bando.
Uno dice que de risa
Sólo es digno el mundo vario;
Y otro, que sus infortunios
Sólo son para llorados.
Para todo se halla prueba
Y razon en que fundarlo;
Y no hay razon para nada,
De haber razon para tanto.
Todos son iguales jueces,
Y siendo iguales y varios,
No hay quien pueda decidir
Cuál es lo más acertado;
Pues si no hay quien lo sentencie,
¿Por qué pensáis vos, errado,
Que os cometió Dios á vos
La decision de los casos?
¿O por que, contra vos mismo,
Severamente inhumano,
Entre lo amargo y lo dulce
Queréis elegir lo amargo?

Si es mio mi entendimiento,
¿Por qué siempre he de encontrarlo
Tan torpe para el alivio,
Tan agudo para el daño?
El discurso es un acero
Que sirve por ambos cabos :
De dar muerte por la punta,
Por el pomo de resguardo.
Si vos sabiendo el peligro,
Quereis por la punta usarlo,
¿Qué culpa tiene el acero
Del mal uso de la mano?
No es saber, saber hacer
Discursos sùtiles, vanos,
Que el saber consiste sólo
En elegir lo más sano.
Especular las desdichas
Y examinar los presagios,
Sólo sirve de que el mal
Crezca con anticiparlo.
En los trabajos futuros
La atención sutalizando,
Más formidable que el riezo
Suele fugir el amago.
¿Qué feliz es la ignorancia
Del que indoctamente sabio,
Halla de lo que padece
En lo que ignora, sagrado!
No siempre suben seguros
Vuelos de ingenio osados,
Que buscan trono en el fuego
Y hallan sepulcro en el llanto.
Tambien es vicio el saber,
Que si no se va atajando,
Cuando ménos se conoce
Es más nocivo el estrago.
Y si el vuelo no le abaten,
En sutilezas cebado
Por cuidar de lo curioso
Olvida lo necesario.
Si culta mano no impide
Crecer al árbol copado,
Quitan la sustancia al fruto
La locura de los ramos.
Si andar á nave ligera
No estorba lastre pesado;

Sirve el vuelo de que sea
El precipicio más alto.
En amenidad inútil
¿Qué importa al florido campo,
Si no halla fruto el otoño,
Que ostente flores el mayo?
¿De qué le sirve al ingenio
El producir muchos partos,
Si á la multitud le sigue
El malogro de abortarlos?
Y á esta desdicha, por fuerza,
Ha de seguirse el fracaso
De quedar el que produce,
Si no muerto, lastimado.
El ingenio es como el fuego
Que con la materia ingrato,
Tanto la consume más
Cuanto él se ostenta más claro.
Es de su propio señor
Tan rebelado vasallo,
Que convierte en sus ofensas
Las armas de su resguardo.
Este pésimo ejercicio,
Este duro afan pesado,
Á los hijos de los hombres
Dió Dios para ejercitarlos.
¿Qué loca ambicion nos lleva
De nosotros olvidados?
Si es para vivir tan poco
De qué sirve saber tanto?
¡Oh, si como hay de saber,
Hubiera algun seminario,
O escuela, donde á ignorar
Se enseñaran los trabajos!
¡Qué felizmente viviera
El que flojamente cauto
Burlara las amenazas
Del influjo de los astros!
Aprendamos á ignorar
Pensamientos, pues hallamos
Que cuanto añado al discurso,
Tanto le usurpo á los años.

Defectos tiene sin duda el romance anterior; pero exceden á estos las bellezas, y nadie podrá negar que es una composicion de mérito notable.

Conocidas son de todos los amantes de lo bello las valientes, ingeniosas y sonoras redondillas que nuestra monja consagró á la defensa de la mujer. No podemos resistir á la tentacion de copiarlas :

Hombres necios, que acusais
A la mujer sin razon,
Sin ver que sois la ocasion
De lo mismo que culpais ;

Si con ansia sin igual
Solicitais su desden,
¿ Porqué quereis que obren bien
Si las incitais al mal ?

Lombatis su resistencia,
Inégo con gravedad
Decís que fué liviandad
Que hizo la diligencia.

Parecer quiere el denuedo
De vuestro parecer loco
Al niño que pone el coco
Y luego le tiene miedo.

Quereis con presuncion necia
Hallar á la que buscais
Para pretendida, Thais,
Y en la profesion Lucrecia.

¿ Qué humor puede ser más raro
Que el que, falto de consejo,
El mismo empaña el espejo,
Y siente que no esté claro ?

Con el favor y el desden
Teneis condicion igual,
Quejándoos si os tratan mal,
Burlándoos si os quieren bien.

Opinion ninguna gana,
Pues la que más se recata,
Si no os admite, es ingrata,
Y si os admite, es liviana.

Siempre tan necios andais,
Que con desigual nivel,

A una culpáis por cruel
Y á otra por fácil culpáis.

¿Pues cómo ha de estar templada
La que vuestro amor pretende,
Si la que es ingrata ofende,
Y lo que es fácil, enfada?

Más entre el enfado y pena,
Que vuestro gusto refiere,
Bien haya la que no os quiere,
Y quejaos enhorabuena.

Dan vuestras amantes penas
A sus libertades alas,
Y despues de hacerlas malas,
Las quereis hallar muy buenas.

¿Cuál mayor culpa ha tenido
En una pasión errada,
La que cae de rogada,
O el que ruega de caído?

¿Ó cuál es de más culpar
Aunque cualquiera mal haga,
La que peca por la paga,
Ó el que paga por pecar?

¿Pues para qué os espantáis
De la culpa que teneis?
Queredlas cual las haceis,
Ó hacedlas cual las buscáis.

Dejad de solicitar,
Y despues con más razon
Acusareis la aficion
De la que os fuere á rogar.

Bien con muchas armas fundo
Que lidia vuestra arrogancia,
Pues en promesa é instancia
Juntáis diablo, carne y mundo.

En «el divino Narciso», composición, en su conjunto, bastante defectuosa, se hallan trozos poéticos de una belleza verdaderamente admirable. En efecto, cuánto sabor de buen gusto, á vuelta de algunos pequeños

resabios de la época en que fuéron escritas, se encuentra, en las estrofas que á continuacion copiamos! Tal nos parece, al leerlas, que al pié de ellas vamos á encontrar el nombre de San Juan de la Cruz, ó el de algun otro poeta místico del afamado siglo xvi, de ese siglo llamado, con razon, de oro para la literatura española :

Ovejuela perdida,
De tu dueño olvidada,
¿Á dónde vas errada?
Mira que dividida

De mi, tambien te apartas de tu vida.

En mis finezas piensa;
Verás que siempre amante
Te guardo vigilante,
Te libro de la ofensa,

Y que pongo la vida en tu defensa.

Mira que mi hermosura
De todos es amada,
De todos es buscada
Sin reservar criatura,

Y sólo á ti te elige tu ventura.

Yo tengo de buscarte,
Y aunque tema perdida,
Por buscarte, la vida,
No tengo de dejarte,

Que ántes quiero perderla por hallarte.

Pregunta á tus mayores
Los beneficios míos,
Los abundantes ríos,
Los pastos y verdores

En que te aposentaron mis amores.

En un campo de abrojos,
En tierra no habitada
Te hallé solo, arriesgada
Del lobo á ser despojos,

Y te guardé cual niña de mis ojos.

Trájetete á la verdura
Del más ameno prado,

Donde te ha apacentado
De la miel la dulzura
Y aceite que manó de peña dura.

Del trigo generoso
La médula escogida
Te sustentó la vida,
Hecho manjar sabroso,
Y el licor de las uvas oloroso.

Engordaste, y lozana,
Soberbia y engreida
De verte tan lucida,
Altivamente vana
Mi belleza olvidaste soberana.

Buscaste otros pastores
Á quien no conocieron
Tus padres, ni los vieron,
Ni honraron tus mayores,
Y con esto incitaste mis furores.

Y prorumpí enojado :
Yo esconderé mi cara:
A cuyas luces pára
Su cara el sol dorado,
De este ingrato, perverso, infiel ganado.

Yo haré que mis furores
Los campos les abrasen,
Y la yerba que pacen;
Y talen mis ardores
Aún los montes que son más superiores.

Mis saetas ligeras
Les tiraré, y el hambre
Corte el vital estambre;
Y de aves carniceras
Serán mordidos y de bestias fieras.

Probarán los furores
De arrastradas serpientes;
Y en muertes diferentes
Obrarán mis rigores,
Fuera el cuchillo y dentro los temores.

Mira que soberano
Soy, que no hay más fuerte,
Que yo doy vida y muerte.

Que yo hiero, yo sano,
Y que nadie se escapa de mi mano.

Varios lunares encontramos en la anterior composición; pero preciso es confesar que son superiores las bellezas que en ella nos seducen y cautivan.

Sin quererlo y casi sin sentirlo hemos dejado correr la pluma al emitir nuestro humilde juicio crítico sobre las bellezas y los defectos literarios de nuestra celebrada poetisa. No se nos podrá tachar de indulgentes, pero ménos todavía de severos en nuestras apreciaciones: pertenecemos á una escuela que se complace más en encontrar motivos de alabanza que ocasiones de censura en las producciones del hombre; y sin buscar en ellas la perfeccion absoluta, celebramos, aplaudimos y admiramos las bellezas del ingenio, y procuramos, hasta donde nos es posible, dejar inadvertidas las faltas que son como el distintivo característico de las obras de la humanidad.

Ingeniosas, agudas, sentidas á veces, pero siempre ricas en la forma y en el colorido, las poesías de Sor Juana Inés de la Cruz se resienten de los errores y defectos de la época en que fuéron escritas. Nadie, sin embargo, se ha atrevido hasta hoy á poner siquiera en duda, que la monja mejicana logró ceñir á sus sienes la corona inmarchesible del poeta; que su ilustre nombre es un timbre de gloria para el suelo privilegiado en que se nació su cuna, y que sus obras serán siempre la admiración de los que saben cuántas vigiliás, contrariedades y amarguras debieron costar á esa mujer prodigiosa la vasta erudición, la abundante doctrina y el no despreciable saber que nos ha legado en sus escritos.

R. B. DE LA COLINA.

Puebla, Junio de 1881.

POESÍAS LÍRICAS

Inés de la Cruz.

Esos versos, lector mio,
Que á tu deleite consagro
Y sólo tienen de buenos
Conocer yo que son malos,

No disculpártelos quiero,
Ni quiero recomendarlos,
Porque eso fuera querer
Hacer de ellos mucho caso.

No agradecido te busco,
Pues no debes, bien mirado,
Estimar lo que yo nunca
Juzgué que fuera á tus manos.

En tu libertad te pongo
Si quisieres conservarlos,
Pues de que al cabo te estás
En ella estoy muy al cabo.

No hay cosa más libre que
El entendimiento humano;
Pues lo que Dios no violenta,
¿ Por qué yo he de violentarlo ?

Dí cuanto quisieres de ellos,
Que cuando más inhumano

Me los mordieres, entónces
Me quedas más obligado;

Pues le debes á mi Musa
El más sazonado plato,
Que es el murmurar, segun
Un adagio cortesano.

Y siempre te sirvo, pues
O te agrado ó no te agrado?
Si te agrado, te diviertes;
Murmuras si no te cuadro.

Bien pudiera yo decirte
Por disculpa, que no ha dado
Lugar para corregirlos
La priesa de los traslados;

Que van de diversas letras,
Y que algunas, de muchachos,
Matan de suerte el sentido,
Que es cadáver el vocablo;

Y que cuando los he hecho,
Ha sido en el corto espacio
Que dieron al ocio las
Precisiones de mi estado;

Que tengo poca salud
Y continuados trabajos,
Tales, que aún diciendo esto,
Llevo la pluma trotando.

Pero todo eso no sirve,
Pues pensarás que me jacto
De que quizás fueran buenos
Á haberlos hecho despacio.

Y no quiero que tal creas,
Sino sólo que es el dárlos
Á la luz tan sólo por
Obedecer un mandato.

Esto es, si gustas creerlo,
Que en probarlo no me afano,
Pues, al cabo, harás lo que
Se te pusiere en los cascós.

Y adios, que esto no es más de
Darte la muestra del paño :
Si no te agrada la pieza,
No desenvuelvas el fardo.

SONETO

A LA EXCMA. SRA. CONDESA DE PARÉDES

El hijo que la esclava ha concebido
Dice el derecho que le pertenece
Al legítimo dueño, que obedece
La esclava madre de quien es nacido.

El que retorna, el campo agradecido,
Opimo fruto, que obediente ofrece,
Es del Señor, pues si fecundo crece,
Se lo debe al cultivo recibido.

Así, Lisi divina, estos borrones
Que hijos del alma son, partos del pecho,
Será razon que á tí te restituya ;

Y no lo impidan sus imperfecciones,
Pues vienen á ser tuyos de derecho
Los conceptos de un alma que es tan tuya.

SONETO

Este que ves engaño colorido,
Que del arte ostentando los primores,
Con falsos silogismos de colores
Es cauteloso engaño del sentido ;

Este en quien la lisonja ha pretendido
Excusar de los años los horrores,
Y venciendo del tiempo los rigores
Triunfar de la vejez y del olvido,

Es un vano artificio del cuidado,
Es una flor al viento delicada,
Es un resguardo inútil para el hado,

Es una necia diligencia errada,
Es un afán caduco, y bien mirado
Es cadáver, es polvo, es sombra, es nada.

SONETO

Que no me quiera Fabio al verse amado,
Es dolor sin igual, en mi sentido;
Más que me quiera Silvio aborrecido,
Es menor mal, mas no menor enfado.

¿ Qué sufrimiento no estará causado
Si siempre le resuenan al oído,
Tras la vana arrogancia de un querido
El cansado gemir de un desdenado ?

Si de Silvio me cansa el rendimiento,
A Fabio canso con estar rendida;
Si de este busco el agradecimiento,

A mi me busca el otro agradecida ;
Por activa y pasiva es mi tormento
Pues padezco en querer y en ser querida.

SONETO

Al que ingrato me deja busco amante,
Al que amante me sigue dejo ingrata;
Constante adoro á quien mi amor maltrata,
Maltrato á quien mi amor busca constante.

Al que trato de amor hallo diamante,
Y soy diamante al que de amor me trata;
Triunfante quiero ver al que me mata,
Y mato á quien me quiere ver triunfante.

Si á éste pago, padece mi deseo;
Si ruego á aquel, mi pundonor enojo:
De entrambos modos infeliz me veo;

Pero yo por mejor partido escojo
De quien no quiero, ser violento empleo,
Que de quien no me quiere, vil despojo.

SONETO

Feliciano me adora, y le aborrezco,
Lisardo me aborrece, y yo le adoro;
Por quien no me apetece ingrato, lloro,
Y á quien me llora tierno, no apetezco.

A quien más me desdora, el alma ofrezco,
A quien me ofrece víctimas, desdoro;
Desprecio al que enriquece mi decoro,
Y al que le hace desprecios, enriquezco.

Si con mi ofensa al uno reconvengo,
Me reconviene el otro á mí ofendido,
Y á padecer de todos modos vengo;

Pues ambos atormentan mi sentido,
Aqueste con pedir lo que no tengo,
Y aquel con no tener lo que le pido.

SONETO

Fabio, en el ser de todas adoradas,
Son todas las beldades ambiciosas,
Porque tienen las aras por ociosas,
Si no las ven de víctimas colmadas;

Y así si de uno solo son amadas,
Viven de la fortuna querellosas,
Porque piensan que más que ser hermosas,
Constituye deidad el ser rogadas.

Más yo soy en aquesto tan medida,
Que en viendo á muchas, mi atencion zozobra,
Y sólo quiero ser correspondida

De aquel que de mi amor réditos cobra,
Porque es la sal del gusto ser querida,
Que daña lo que falta y lo que sobra.

SONETO

¿ En perseguirme, mundo, qué interesas?
¿ En qué te ofendo, cuando sólo intento
Poner bellezas en mi entendimiento,
Y no en el entendimiento en las bellezas?

Yo no estimo tesoros, ni riquezas,
Y, así, siempre me causa más contento
Poner riquezas en mi entendimiento
Que no mi entendimiento en las riquezas.

Yo no estimo hermosura, que, vencida,
Es despojo civil de las edades;
Ni riqueza me agrada fementida;

Teniendo por mejor, en mis verdades,
Consumir vanidades de la vida,
Que consumir la vida en vanidades.

SONETO

¿ Tan grande, ¡ ay hado!, mi delito ha sido,
Que por castigo de él, ó por tormento,
No basta el que adelanta el pensamiento,
Sino el que le previenes al oído?

Tan severo en mi contra has procedido,
Que me persuado de su duro intento
De que sólo me diste entendimiento
Porque fuese mi daño más crecido.

Dísteme aplausos para más baldones,
Subir me hiciste para penas tales,
Y aún pienso que me dieron tus traiciones

Penas á mi desdicha desiguales,
Porque, viéndome rica de tus dones,
Nadie tuviese lástima á mis males.

SONETO

Miró Celia una rosa que en el prado
Ostentaba feliz la pompa vana,
Y con afeites de carmin y grana
Bañaba alegre el rostro delicado ;

Y dijo : goza, sin temor del hado,
El curso breve de tu edad lozana,
Pues no podrá la muerte de mañana
Quitarte lo que hubieres hoy gozado ;

Y aunque llega la muerte presurosa,
Y tu fragante vida se te aleja,
No sientas el morir tan bella y moza :

Mira que la experiencia te aconseja
Que es fortuna morirte siendo hermosa,
Y no ver el ultraje de ser vieja.

SONETO

¡ Oh famosa Lucrecia, gentil dama,
De cuyo ensangrentado noble pecho,
Salió la sangre, que extinguió, á despecho
Del rey injusto, la lasciva llama !

¡ Oh ! ¡ con cuánta razon el mundo aclama
Tu virtud ; pues premio de tal hecho,
Aún es para tus sienes cerco estrecho
La amplísima corona de tu fama !

Pero si el modo de tu fin violento
Puedes borrar del tiempo, y tus anales,
Quita la punta del puñal sangriento,

Con que pusiste fin á tantos males ;
Que es mengua de tu honrado sentimiento
Decir que te ayudaste de puñales.

SONETO

Intenta de Tarquino el artificio
A tu pecho, Lucrecia, dar batalla ;
Ya amante llora, ya modesto calla,
Ya ofrece toda el alma en sacrificio,

Y cuando piensa ya que más propicio
Tu pecho á tanto imperio te avasalla,
El premio, como Sísifo, que halla,
Es empezar de nuevo el ejercicio.

Arde furioso, y la amorosa tema
Crece en la resistencia de tu honra,
Con tanta privacion más obstinada.

¡Oh Providencia de deidad suprema!
Tu honestidad motiva tu deshonra ;
Y tu deshonra te eterniza honrada !

SONETO

La heroica esposa de Pompeyo alliva,
Al ver su vestidura en sangre roja,
Con generosa cólera se enoja
De sospecharlo muerto, y estar viva.

Rinde la vida, en que el sosiego estriba
De esposo y padre, y con mortal congoja
La concebida sucesion arroja,
Y de la paz con ella á Roma priva.

Si el infeliz concepto que tenia
En las entrañas Julia, no abortara,
La muerte de Pompeyo excusaria.

¡Oh tirana Fortuna! ¡Quién pensara
Que con el mismo amor que la tenia,
Con ese mismo amor se la causara!

SONETO

¿Qué pasión, Pórcia, qué dolor tan ciego
Te obliga á ser de tí fiera homicida?
¿Ó, en qué te ofende tu inocente vida
Que así le das batalla á sangre y fuego?

Si la fortuna airada al justo ruego
De tu esposo se muestra endurecida,
Bástale el mal de ver su acción perdida,
No acabes con tu vida su sosiego.

Deja las brasas, Pórcia, que mortales
Impaciente tu amor elegir quiere,
No al fuego de tu amor el fuego iguales,

Porque si bien de tu pasión se infiere,
Mal morirá á las brasas materiales
Quien á las llamas del amor no muere.

SONETO

De un funesto moral la negra sombra
De horrores mil y confusiones llena,
En cuyo hueco tronco, aún hoy, resuena
El eco que doliente á Tisbe nombra ;

Cubrió la verde matizada alfombra,
En que Piramo amante abrió la vena
Del corazón, y Tisbe de su pena
Dió la señal, que aún hoy, al mundo asombra

Más viendo del amor tanto despecho,
La muerte, entónces de ellos lastimada,
Sus dos pechos juntó con lazo estrecho.

¡Más, ay de la infeliz y desdichada
Que á su Piramo dar no puede el pecho
Ni aún por los duros filos de una espada !

SONETO

¿ Vesme, Alcino, que atada á la cadena
De amor, paso, en sus hierros aherrojada,
Mísera esclavitud, desesperada,
De libertad y de consuelo agena?

¿ Ves de dolor y angustia el alma llena,
De tan fieros tormentos lastimada,
Y entre las vivas llamas abrasada
Juzgarse por indigna de su pena?

¿ Vesme seguir sin alma un desatino,
Que yo misma condeno por extraño?
¿ Me vés sangre verter en el camino,

 Siguiendo los vestigios de un engaño?
¿ Muy admirado estás? Pues ves, Alcino,
Mas merece la causa de mi daño.

SONETO

Mandas, Anarda, que sin llanto asista
A ver tus ojos, de lo cual sospecho
Que el ignorar la causa es quien te ha hecho
Querer que emprenda yo tanta conquista.

Amor, señora, sin que me resista,
Que tiene en fuego el corazón deshecho,
Como hace huir la sangre allá en el pecho,
Vaporiza en ardores por la vista.

Buscan luego mis ojos tu presencia,
Que centro juzgan de su dulce encanto,
Y cuando mi atención te reverencia,

Los visuales rayos entretanto,
Como hallan en tu nieve resistencia,
Lo que salió vapor se vuelve llanto.

SONETO

El ausente, el celoso, se provoca,
Aquel con sentimiento, éste con ira.
Presume éste la ofensa, que no mira,
Y siente aquel la realidad, que toca;

Este templa, tal vez, su furia loca
Cuando el discurso en su favor delira,
Y sin intermision aquel suspira,
Pues nada á su dolor la fuerza apoca.

Este aflije dudoso su paciencia,
Y aquel padece ciertos sus desvelos.
Este al dolor opone resistencia.

Aquel, sin ella, sufre desconsuelos.
Y si es pena de daño, al fin, la ausencia
Luégo es mayor tormento que los celos.

REDONDILLAS

Dos dudas en que escoger
Tengo, y no sé á cual prefiera,
Pues vos sentis que no quiera,
Y yo sintiera querer

Con que, si á cualquiera lado
Quiero inclinarme, es forzoso,
Quedando el uno gustoso,
Que otro quede disgustado.

Si daros gusto me ordena
La obligacion, es injusto
Que por daros á vos gusto
Haya yo de tener pena.

Y no juzgo que habrá quien
Apruebe sentencia tal,
Como que me trate mal
Por trataros á vos bien.

Más por otra parte siento
Que es tambien mucho rigor,
Que lo que os debo en amor,
Pague en aborrecimiento.

Y aún irracional parece
Este rigor, pues se infiere
Si aborrezco á quien me quiere,
¿Que haré con quien aborrezco?

No sé como despacharos,
Pues hallo al determinarme,
Que amaros es disgustarme,
Y no amaros, disgustaros.

Pero dar un medio justo
En estas dudas pretendo,
Pues no queriendo, os ofendo,
Y queriéndoos, me disgusto.

Y sea esta la sentencia,
Porque no os podais quejar,
Que entre aborrecer y amar,
Se parta la diferencia.

De modo, que entre el rigor,
Y el llegar á querer bien,
Ni vos encontreis desden,
Ni yo pueda hallar amor.

Esto el discurso aconseja,
Pues con esta conveniencia
Ni yo quedo con violencia,
Ni vos os partís con queja.

Y que estarémos, infiero,
Gustosos con lo que ofrezco ;

Vos de ver que no aborrezco ;
Yo, de saber que no quiero.

Sólo este medio es bastante
A ajustarnos, si os contenta,
Que vos me logreis atenta,
Sin que yo pase á lo amante.

Y así quedo, en mi entender,
Esta vez bien con los dos,
Con agradecer, con vos ;
Conmigo, con no querer.

Que aunque á nadie llega á darse
En esto gusto cumplido,
Ver que es igual el partido
Servirá de resignarse.

GLOSA

En vano tu canto suena,
Pues no advierte en su desdicha
Que será el fin de tu dicha
El principio de tu pena.

El loco orgullo refrena,
De que tan ufano estás,
Sin advertir cuando dás.

Cuenta al aire de tus bienes,
Que si ahora dichas tienes,
Presto celos llorarás.

En lo dulce de tu canto
El justo temor te avisa
Que en un amante no hay risa
Que no se alterne con llanto.

No te desvanezca tanto
El favor, que te hallarás
Burlado, y conocerás

Cuanto es necio un confiado,
Que si hoy blasonas de amado,
Presto celos llorarás.

Advierte, que el mismo estado
Que al amante venturoso
Le constituye dichoso,
Le amenaza desdichado;

Pues le da tan alto grado
Por derribarle no más;
Y así tú, que ahora estás

En tal altura, no ignores
Que si hoy ostentas favores,
Presto celos llorarás.

La gloria más levantada,
Que amor á tu dicha ordena,
Contéplala como agena,
Y tenla como prestada.

No tu ambicion engañada
Piense que eterno serás
En las dichas, pues verás

Que hay áspid entre las flores,
Y que si hoy cantas favores,
Presto celos llorarás,

ROMANCE

Si es causa amor productivo
De diversidad de afectos,
Que, con producirlos todos,
Se perfecciona á sí mismo;
Y si el uno de los más
Naturales son los celos,
¿Cómo sin tenerlos puede
El amor estar perfecto?
Son ellos, de que hay amor,
El signo más manifiesto,
Como la humedad del agua,
Y como el humo del fuego.
No son, que dicen, de amor
Bastardos hijos groseros,
Sino legítimos, claros
Sucesores de su imperio.
Son crédito y prueba suya,
Pues sólo pueden dar ellos
Auténticos testimonios
De que es amor verdadero.
Porque la fineza, que es
De ordinario el tesorero
Á quien remite las pagas,
Amor, de sus libramientos,
¿Cuántas veces, motivada
De otros impulsos diversos,

Ejecuta por amor,
Decretos del galanteo?
¿El cariño cuántas veces,
Por dulce entretenimiento,
Fingiendo quilatés, crece
La mitad del justo precio?
¿Y cuántas más el discurso,
Por ostentarse discreto,
Acredita por amor
Partos del entendimiento?
¿Cuántas veces hemos visto
Disfrazada en rendimientos
Á la propia conveniencia,
A la tema, ó al empeño?
Sólo los celos ignoran
Fábricas de fingimientos,
Que como son locos, tienen
Propiedad de verdaderos.
Los gritos que ellos dan, son,
Sin dictámen de su dueño,
No hilaciones del discurso,
Sino abortos del tormento.
Como de razon carecen,
Carecen del instrumento
De fingir, que aquello sólo
Es en lo irracional bueno.
Desbocados ejercitan
Contra sí el furor violento;
Y no hay quien quiera en su daño
Mentir, sino en su provecho.
Del frenético que, fuera

De su natural acuerdo,
Se despedaza, no hay quien
Juzgue que finge el extremo.
En prueba de esta verdad
Mírense cuantos ejemplos
En bibliotecas de siglos
Guarda el archivo del tiempo.
A Dido fingió el troyano,
Mintió á Ariadna Teseo,
Ofendió á Mínos Pasife,
Y engañaba á Marte Vénus.
Semíramis mató á Nino,
Elena deshonoró al Griego,
Jason agravió á Medea
Y dejó á Olimpia Vireno.
Bersabé engañaba á Urías,
Dalila al caudillo hebreo,
Jael á Sisara horrible,
Judit á Holoférnes fiero;
Estos, y otros, que mostraban
Tener amor, sin tenerlo;
Todos fingieron amor,
Más ninguno fingió celos.
Porque aquel puede fingirse
Con otro color, mas éstos
Son la prueba del amor,
Y la prueba de sí mismos.
Si ellos no tienen más padre
Que el amor, luego son ellos
Sus más naturales hijos
Y más legítimos dueños.

Las demas demostraciones,
Por más que finas las vemos,
Pueden no mirar á amor,
Sino á otros varios respectos.
Ellos solos se hán con él
Como la causa y efecto ;
¿ Hay celos? luego hay amor ;
¿ Hay amor? luego habrá celos.
De la fiebre ardiente suya
Son el delirio más cierto,
Que, como están sin sentido,
Publican lo más secreto.
El que no los siente amando,
Del indicio más pequeño,
En tranquilidad de tibio
Goza bonanzas de necio.
Que asegurarse en las dichas
Solamente puede hacerlo
La villana confianza
Del propio merecimiento.
Bien sé que tal vez furiosos
Suelen pasar desatentos
Á profanar de lo amado
Osadamente el respeto.
Más no es esto esencia suya,
Sino un accidente anexo
Que, tal vez, los acompaña,
Y, tal vez, deja de hacerlo.
Más doy que siempre, aún debiera
El más soberano objeto,
Por la prueba de lo fino,

Perdonarles lo grosero.
Mas no es, vuelvo á repetir,
Preciso que el pensamiento
Pase á ofender del decoro
Los sagrados privilegios.
Para tener celos, basta
Sólo el temor de tenerlos
Que ya está sintiendo el daño,
Quien está sintiendo el riesgo.
Temer yo que haya quien quiera
Festejar á quien festejo,
Aspirar á mi fortuna,
Y solicitar mi empleo;
No es ofender lo que adoro,
Antes es un alto aprecio
De pensar que deben todos
Adorar lo que yo quiero.
Y este es un dolor preciso,
Por más que divino el dueño
Asegure en confianzas,
Prerogativas de exento.
Decir, que este no es cuidado
Que llegue á desasosiego,
Podrá decirlo la boca,
Más no comprobarlo el pecho;
Persuadirme á que es lisonja
Amar lo que yo apetezco,
Aprobarme la eleccion,
Y calificar mi empleo;
A quien tal tiene á lisonja
Nunca le falte este obsequio.

Que yo juzgo que aquí sólo
Son duros los lisonjeros.
Pues sólo fuera, á poder
Contenerse estos afectos
En la línea del aplauso,
Ó en el coto del cortejo.
Pero ¿quién con tal medida
Les podrá tener el freno,
Que no rompan desbocados
El alácran del consejo?
Y aunque ellos en sí no pasen
El término de lo cuerdo,
¿Quién los podrá persuadir
A quien los mira con miedo?
Aplaudir lo que yo estimo
Bien puede ser sin intento
Segundo, mas ¿quién podrá
Tener mis temores quedos?
Quien tiene enemigos, suelen
Decir, que no tenga dueño,
Pues ¿cómo ha de sosegarle
El que los tiene tan ciertos?
Quien en frontera enemiga
Descuidado ocupa el lecho,
Sólo parece que quiere,
Ser del contrario, trofeo.
Aunque inaccesible sea
El blanco, si los flecheros
Son muchos, ¿quién asegura
Que alguno no tenga acierto?
Quien se alienta á competirme

Aún en menores empeños,
Es un dōgal que compone
Mis ahogos de su aliento.
Pues¿ qué será, el que pretende
Excederme los afectos,
Mejorarme las finezas,
Y aventajar los deseos?
¿Quién puede usurpar mis dichas?
¿Quién puede ganarme el premio?
Y¿ quién en galas del alma,
Quiere quedar más bien puesto?
¿Quién para su exaltacion
Procura mi abatimiento,
Y quiere comprar sus glorias
A costa de mis desprecios?
¿Quién pretende, con los suyos,
Deslucir mis sentimientos,
Que en los desaires del alma
Es el más sensible duelo?
Al que este dolor no llega
Al más reservado seno
Del alma, apueste insensible
Competencias con el hielo.
La confianza ha de ser
Con proporcionado medio,
Que deje de ser molestia,
Sin pasar á ser despego.
El que es discreto, á quien ama
Le ha de mostrar que el recelo
Lo tiene en la voluntad,
Y no en el entendimiento.

Un desconfiar de sí,
Y un estar siempre temiendo
Que podrá exceder al mío
Cualquiera mérito ageno;
Un temer, que la fortuna
Podrá, con airado ceño,
Despojarme, por indigno
Del favor, que no merezco;
No sólo no ofende, ántes
Es el esmalte más bello
Que á las joyas de lo fino
Les puede dar lo discreto.
Y aunque algo exceda la queja,
Nunca queda mal, supuesto
Que es gala, de lo sentido,
Exceder de lo modesto.
Lo atrevido en un celoso,
Lo irracional, y lo terco,
Prueba es de amor, que merece
La beca de su colegio.
Y aunque muestre que se ofende,
Yo sé que, por allá dentro,
No le pesa á la más alta
De mirar tales extremos.
La más airada deidad,
Al celoso más grosero
Le está aceptando servicios,
Los que riñe atrevimientos.
La que se queja oprimida
Del natural más estrecho,
Hace ostentacion de amada

El que parece lamento.
De la triunfante hermosura
Tiran el carro soberbio,
El desdichado con quejas,
Y el celoso con despechos.
Uno de sus sacrificios
Es este dolor acerbo,
Y ella ambiciosa, no quiere
Nunca tener uno ménos.
Oh doctísimo Montoro!
Asombro de nuestros tiempos,
Injuria de los Virgilio,
Afrenta de los Homeros:
Cuando de amor prescindiste
Esté inseparable afecto,
Precision que sólo pudo,
Formarla tu entendimiento,
Bien se ve que sólo fué
La empresa de tus talentos
El probar lo más difícil,
No, persuadir á creerlo.
Al modo de aquellos que
Sútilmente defendieron
Que de la nube los ampos
Se visten de color negro.
De su sutileza fué
Airoso, galan empeño,
Sofística bazarria
De tu soberano ingenio,
Probar lo que no es probable.
Bien se ve que fué el intento

Tuyo ; porque lo evidente
Probado se estaba ello.
Acudiste al partido
Que hallaste más indefenso,
Y á la opinion desvalida,
Ayudaste, caballero.
Este fué tu fin ; y así,
Debajo de este supuesto,
No es esta, ni puede ser,
Réplica de tu argumento,
Sino sólo una obediencia
Mandada de gusto ageno,
Cuya insinuacion en mí
Tiene fuerza de precepto.
Confieso que de mejor
Gana siguiera mi genio
El extravagante rumbo
De tu no hollado sendero
Pero, sobre ser difícil,
Inaccesible lo has hecho,
Pues el mayor imposible
Fuera ir en tu seguimiento.
Rumbo que estrenan las alas
De tu remontado vuelo,
Aún determinado al daño,
No lo intentará un despecho.
¿La opinion que yo quería
Seguir, seguiste primero ;
Dísteme celos, y tuve
La contraria con tenerlos.
Con razon se reservó

Tanto asunto á tanto ingenio,
Que á fuerzas sólo de Atlante
Fía la esfera su peso.
Ténla, pues que si consigues
Persuadirla al universo,
Colgará el género humano
Sus cadenas en tu templo.
No habrá quejosos de amor,
Y en tus dulces prisioneros,
Serán las cadenas oro,
Y no dorados los yerros.
Sera la sospecha inútil,
Estará ocioso el recelo,
Desterará el rindicio,
Y perderá el sér el miedo.
Todo será dicha, todo
Felicidad y contento,
Todo venturas; y, en fin,
Pasará el mundo á ser cielo.
Deberánle los mortales
A tu valeroso esfuerzo,
La más dulce libertad
Del más duro cautiverio.
Mucho te deberán todos,
Y yo, más que todos, debo
Las discretas instrucciones
A las luces de tus versos.
Dálos á la estampa, porque
En caractères eternos
Viva tu nombre, y con él
Se extienda al comun provecho.

LIRAS

A estos peñascos rudos,
Mudos testigos del dolor que siento,
Que sólo, siendo mudos,
Pudiera yo fiarles mi tormento,
Si acaso de mis penas lo terrible
No infunde lengua y voz en lo insensible;
Quiero contar mis males,
Si es que yo sé los males de que muero,
Pues son mis penas tales,
Que si contarlas, por alivio, quiero,
Le son una con otra atropellada,
Dogal á la garganta, al pecho espada.
No envidio dicha agena,
Que el mal eterno que en mi pecho lidia
Hace incapaz mi pena
De que pueda tener tan alta envidia;
Es tan mísero estado en él que peno,
Que como dicha envidio el mal ageno.
No pienso yo si hay glorias,
Porque estoy de pensarlo tan distante,
Que aún las dulces memorias
De un pasado bien, tan ignorante
Las mira de mi mal el desengaño,
Que ignoro si fué bien, y sé que es daño.

Estéense allá en su esfera
Los dichosos, que es cosa en mi sentido
 Tan remota, tan fuera
De mi imaginacion, que sólo mudo,
Entre lo que padecen los mortales,
Lo que distan sus males de mis males.
 ¡ Quién tan dichosa fuera,
Que de un agravio indigno se quejara!
 ¡ Quién un desden llorara!
 ¡ Quién un alto imposible pretendiera!
 ¡ Quién llegara, de ausencia, ó de mudanza,
Casi á perder de vista la esperanza!
 ¡ Quién en agenos brazos
Viera á su dueño, y con dolor rabioso
 Se arrancara á pedazos.
Del pecho ardiente el corazon celoso!
Pues fuera menor mal, que mis desvelos,
El infierno insufrible de los celos.
 Pues todos estos males
Tienen consuelo, ó tienen esperanza,
 Y los más son iguales,
Solicitan, ó animan la venganza,
Y sólo de mi fiero mal se aleja
La esperanza, venganza, alivio y queja.
 Porque ¿ á quién, sino al cielo
Que me robó mi dulce prenda amada,
Podrá mi desconsuelo
Dar sacrilega queja destemplada?
Y él con sordas rectísimas orejas
A cuenta de blasfemias pondrá quejas.
 Ni Fabio fué grosero,

Ni ingrato, ni traidor, ántes amante.

Con pecho verdadero ;

Nadie fué más leal ni más constante,

Nadie más fino supo, en sus acciones,

Finezas añadir á obligaciones.

Sólo el cielo envidioso

Mi esposo me quitó ; la Parca dura,

Con ceño riguroso,

Fué sólo autor de tanta desventura.

¡ Oh cielo riguroso ! ¡ Oh triste suerte,

Que tantas muertes dás con una muerte !

¡ Ay dulce esposo amado !

¿ Para qué te ví yo ? ¿ Porque te quise,

Y porqué tu cuidado

Me hizo con las venturas infelice ?

¡ Oh dicha fementida, y lisonjera,

Quién tus amargos fines conociera !

¿ Qué vida es esta mía,

Que rebelde resiste á dolor tanto ?

¿ Porque necia porfía,

Y en las amargas fuentes de mi llanto,

Atenuada no acaba de extinguirse,

Si no puede en mi fuego consumirse ?

ENDECHAS

Ahora, que conmigo
Sola en este retrete,
Por pena, ó por alivio,
Permite amor que quede.

Ahora, pues, que hurtada
Estoy, un rato breve,
De la atencion de tantos
Ojos impertinentes.

Salgan del pecho, salgan
En lágrimas ardientes,
Las represadas penas
De mis ansias crueles.

Afuera ceremonias
De atenciones corteses
Alivios afectados,
Consuelos aparentes.

Salga el dolor de madre,
Y rompa vuestras fuentes,
Del raudal de mi llanto
El rápido torrente.

En exhalados rayos
Salgan, confusamente,
Suspiros que me abrasen,
Lágrimas que me aneguen.

Corran de sangre pura,
Que mi corazón vierte,
De mis perennes ojos
Las dolorosas fuentes.

Dé voces mi dolor,
Que empañen indecentes
Estos espejos puros
De la esfera celeste.

Publique con los gritos
Que ya sufrir no puede,
Del tormento inhumano
Las cuerdas inclementes

Ceda al amor el juicio,
Y con extremos muestre
Que es sólo de mi pecho
El duro presidente.

En fin, murió mi esposo;
Pues, ¿cómo indignamente,
Yo la suya pronuncio,
Sin pronunciar mi muerte?

¡ El sin vida! ¿ Y yo animo
Este compuesto débil?

¿ Yo con voz, y él difunto?
¿ Yo viva, cuando él muere?

No es posible; sin duda,
Que con mi amor, aleve,
Ó la pena me engaña,
Ó la vida me miente!

Si él era mi alma y vida,
¿ Cómo podrá creerse,
Que sin alma me anime,
Que sin vida me aliente?

¿ Quién conserva mi vida?
¿ Ó de adónde le viene
Aire con que respire
Calor que la fomenta?

Sin duda que es mi amor,
El que mi pecho enciende,
Estas señas que en mí
Parecen de viviente.

Y como en un madero
Que abrasa el fuego ardiente,
Nos parece que luce
Lo mismo que padece;

Y cuando el vegetable
Humor en él perece,
Nos parece que vive,
Y no es sino que muere;

Así, yo en las mortales
Ansias que el alma siente,
Me animo con las mismas
Congojas de la muerte.

¡Oh! de una vez acabe,
Y no cobardemente,
Por resistirme de una,
Muera tantas veces!

¡Oh! caiga sobre mí
La esfera trasparente,
Desplomados del polo
Sus diamantinos ejes!

¡Oh! el centro en sus cavernas
Me preste oscuro albergue,
Cubriendo mis desdichas
La máquina terrestre!

¡Oh! el mar entre sus ondas
Sepultada me entregue,
Por mísero alimento,
A sus voraces peces!

¡Niegue el sol á mis ojos
Sus rayos refulgentes,
Y el aire á mis suspiros
El necesario ambiente!

¡Cúbrame eterna noche,
Y el siempre oscuro lete

Borre mi nombre infausto
Del pecho de las gentes.

Mas ; ay de mí ! que todas
Las criaturas crüeles
Solicitan que viva,
Porque gustan que pene !

Pues ¿ qué espero ? mis propias-
Penas de mí vengan,
Y á mi garganta sirvan
De funestos cordeles ;

Diciendo con mi ejemplo.
Á quien mis penas viere :
Aquí murió una vida,
Porque un amor viviese

ROMANCE

Finjamos que soy feliz,
Triste pensamiento, un rato;
Quizá podreis persuadirme,
Aunque yo sé lo contrario.
Que, pues sólo en la aprension
Dicen que estriban los daños;
Si os imagináis dichoso,
No sereis tan desdichado.
Sírname el entendimiento
Alguna vez de descanso,
Y no siempre esté el ingenio
Con el provecho encontrado.
Todo el mundo es opiniones,
De pareceres tan varios
Que lo que el uno cree negro,
El otro prueba que es blanco,
Á unos sirve de atractivo,
Lo que otro concibe enfado;
Y lo que éste por alivio,
Aquél tiene por trabajo.
El que está triste, censura,
Al alegre, de liviano;
Y él que está alegre, se burla,
De ver al triste penando.

Los dos filósofos griegos
Bien esta verdad probaron ;
Pues lo que en el uno risa
Causaba en el otro llanto.
Célebre su opocision
Ha sido, por siglos tantos,
Sin que cual acertó esté
Hasta ahora averiguado.
Antes en sus dos banderas,
El mundo todo alistado,
Conforme el humor le dicta
Sigue cada cual el bando.
Uno dice que de risa
Sólo es digno el mundo vario ;
Y otro, que sus infortunios
Son sólo para llorados.
Para todo se halla prueba
Y razon en que fundarlo ;
Y no hay razon para nada,
De haber razon para tanto.
Todos son iguales jueces,
Y siendo iguales, y varios,
No hay quien pueda decidir
Cual es lo más acertado.
Pues si no hay quien lo sentencie,
¿Porqué pensais vos, errado,
Que os cometió Dios á vos
La decision de los casos?
¿Ó porqué, contra vos mismo,
Severamente inhumano,
Entre lo amargo y lo dulce,

Quereis elegir lo amargo?
Si es mio mi entendimiento,
¿Porqué siempre he de encontrarlo,
Tan torpe para el alivio,
Tan agudo para el daño?
El discurso es un acero,
Que sirve por ambos cabos,
De dar muerte por la punta,
Por el pomo, de resguardo.
Si vos, sabiendo el peligro,
Quereis por la punta usarlo,
¿Qué culpa tiene el acero
Del mal uso de la mano?
No es saber saber hacer
Discursos fútiles, vanos;
Que el saber consiste sólo
En elegir lo más sano.
Especular las desdichas,
Y examinar los presagios
Sólo sirve de que el mal
Crezca con anticiparlo.
En los trabajos futuros,
La atencion sutilizando,
Más formidable que el riesgo,
Suele fingir el amago.
¡Qué feliz es la ignorancia,
Del que, indoctamente sabio,
Halla de lo que padece
En lo que ignora, sagrado!
No siempre suben seguros
Vuelos del ingenio osados,

Que buscan trono en el fuego,
Y hallan sepulcro en el llanto.
Tambien es vicio el saber,
Que si no se vá atajando,
Cuanto ménos se conoce,
Es más nocivo el estrago.
Y si el vuelo no le abaten,
En sutilezas cebado,
Por cuidar de lo curioso,
Olvida lo necesario.
Si culla mano no impide
Crecer al árbol copado,
Quitan la sustancia al fruto
La locura de los ramos.
Si andar á nave ligera
No estorba lastre pesado,
Sirve el vuelo de que sea
El precipicio más alto.
En amenidad inútil,
¿Qué importa al florido campo,
Sino halla fruto el Otoño,
Que ostente flores el Mayo?
¿De qué le sirve al ingenio
El producir muchos partos,
Si á la multitud se sigue
El malogro de abortarlos?
Y á esta desdicha, por fuerza,
Ha de seguirle el fracaso,
De quedar el que produce,
Sinó muerto, lastimado.
El ingenio es como el fuego,

Que con la materia ingrato,
Tanto la consume más,
Cuanto él se ostenta más claro.
Es de su propio señor
Tan rebelado vasallo,
Que convierte en sus ofensas
Las armas de su resguardo.
Este pésimo ejercicio,
Este duro afan pesado,
A los hijos de los hombres
Dió Dios, para ejercitarlos.
¿ Qué loca ambicion nos lleva,
De nosotros olvidados ;
Si es para vivir tan poco,
De qué sirve saber tanto ?
¡ Oh ! ¡ si como hay de saber,
Hubiera algún seminario,
Ó escuela, donde á ignorar
Se enseñáran los trabajos !
¡ Qué felizmente viviera,
El que flojamente cauto
Burlara las amenazas
Del influjo de los astros !
Aprendamos á ignorar,
Pensamientos, pues hallamos
Que cuanto añado al discurso,
Tanto le usurpo á los años.

SONETO

Diuturna enfermedad de la esperanza,
Que así entretienes mis cansados años,
Y en el fiel de los bienes y los daños
Tienes en equilibrio la balanza.

Que siempre suspendida, en la tardanza
De inclinarse, no dejan tus engaños,
Que lleguen á excederse en los tamaños
La desesperacion, ó la confianza;

¿Quién te ha quitado el nombre de homicida⁶
Pues lo eres más severa, si se advierte,
Que suspendes el alma entretenida;

Y entre la infausta, ó la felice suerte,
No lo haces tú, por conservar la vida,
Sino por dar más dilatada muerte.

OVILLEJOS

El pintar de Lisarda la belleza,
En que así se excedió naturaleza,
 Con un estilo llano,
Se me viene á la pluma, y á la mano.
 Y cierto que es locura
El querer retratar su hermosura,
Sin haber en mi vida dibujado,
Ni saber que es azul ó colorado,
Que es regla, que es pincel, oscuro ó claro,
Aparejo, retoque, ni reparo.
El diablo me ha metido en ser pintora;
Dejémosle, mi Musa, por ahora,
 Á quien sepa el oficio;
Más esta tentacion me quita el juicio.
 Y sin dejarme pizca,
Ya no sólo me tienta, me pellizca,
 Me cosca, me hormigüea,
Me punza, me empuja, y me aporrea.
Yo tengo de pintar, dé donde diere,
 Salga como saliere,
 Aunque saque un retrato
Tal que despues le ponga : aqueste es gato.
 Pues no soy la primera
Que con hurtós de Sol, y Primavera,

Echan, con mil primores,
Una mujer, en infusion de flores;
Y despues que muy bien alambicada
Sacan una belleza destilada,
Cuando el hervor se entibia,
Pensaban que es rosada, y es endibia.
Más no pienso robar yo sus colores;
Descansen, por aquesta vez, las flores,
Que no quiere mi Musa, ni se mete,
En hacer su hermosura ramillete.
Más ¿con qué he de pintar, si ya la vena
No se tiene por buena,
Si no forma, hortelana en sus colores,
Un gran cuadro de flores?
¡Oh siglo desdichado, y desvalido,
En que todo lo hallamos ya servido!
Pues que no hay voz, equívoco, ni frase,
Que por común no pase;
Y digan los censores:
Eso, ya lo pensaron los mayores.
Dichosos los antiguos, que tuvieron
Paño de que cortar, y así vistieron
Sus conceptos de albores,
De luces, de reflejos y de flores;
Que entónces era el Sol nuevo flamante,
Y andaba tan valido lo brillante;
Que el decir que el cabello era un tesoro,
Valía otro tanto oro;
Pues las estrellas con sus rayos rojos,
Que aún no estaban cansadas de ser ojos;
Cuando eran celebradas,

Ó dulces luces, por mi mal halladas,
Dulces y alegres, cuando Dios quería;
Pues ya no os puede usar la Musa mía,
Sin que diga severo algun letrado,
Que Garcilaso está muy maltratado,
Y en lugar indecente;
Más si no, es á su Musa competente,
Y le ha de dar enojo semejante,
Quite aquellos dos versos, y adelante.
Digo, pues, que el coral entre los sabios
Se estaba con la grana aún en los labios,
Y las perlas con nítidos orientes
Andaban enseñándose á ser dientes;
Y alegaba la concha, no muy loca;
Que si ellos dientes son, ella es la boca;
Y así entónce, no hay duda,
Empezó la belleza á ser conchuda.
Pues las piedras, ay Dios, y qué riqueza!
Era una platería, una belleza,
Que llevaba por dote en sus facciones
Más de treinta millones;
Esto si era hacer versos descansado;
Y no en aqueste siglo desdichado,
Y de tal desventura,
Que está ya tan cansada la hermosura
De verse en los planteles,
De azucenas, de rosas, y claveles,
Ya del tiempo marchites,
Recogiendo humidades, y mosquitos
Que con enfado extraño,
Quisiera más un saco de ermitaño

Y así andan los poetas desvalidos,
Achicando las antiguallas de vestidos,
Y tal vez, sin mancilla,
Lo que es jubon ajustan á rópilla,
O hacen de unos centones,
De remiendos diversos los calzones,
Y nos quieren vender por extremada
Una belleza rota y remendada.
Pues que es ver las metáforas cansadas,
En que han dado las Musas alcanzadas;
No hay ciencia, arte, ni oficio,
Que con extraño vicio,
Los poetas con vana sutileza,
No anden acomodando á la belleza,
Y pensando que pintan de los cielos,
Hacen unos retablos de sus duelos.

Pero diránme ahora
Que quien á mí me mete en ser censora,
Que de lo que no entiendo es exceso;
Pero yo les respondo que por eso,
Que siempre el que censura y contradice,
Es quien ménos entiende lo que dice.

Más si alguno se irrita,
Murmúreme también, ¿quién se lo quita?
No haya miedo que en eso me fatigue,
Ni que á ninguno obligue
A que encargue su alma,
Tengasela en su palma,
Y haga lo que quisiere,
Pues su sudor le cuesta al que leyere.
Y si ha de disgustarse con leerlo,

Vénguese del trabajo con morderlo,
Y allá me las den todas,
Pues yo no me he de hallar en esas bodas.
¿Vén? Pues esto de bodas, es constante
Que lo dije por sólo el consonante,
Si alguno halla otra voz que más expresa,
Yo le doy mi poder, y quiteme esa.
Más volviendo á mi arenga comenzada,
Válgate por Lisarda retratada,
Y qué difícil eres!
No es mala propiedad en las mujeres.
Más ya lo prometí, cumplirlo es fuerza,
Aunque las manos fuerza,
Á acabar lo me obligo,
Pues tomo bien la pluma, y Dios conmigo.
Vaya, pues, de retrato;
Dénme un Dios te socorra de barato.
!Ay! con toda la trompa,
Que una Musa de la ampa
Á quien ayuda tan propicio Apolo,
Se haya rozado con Jacinto Polo,
En aquel conceptillo desdichado,
Y pensarán que es robo muy pensado!
Es, pues, Lisarda, es pues; ¡ay Dios! qué
No sé quien es Lisarda, les prometo; [aprieto!
Que mi atención sencilla
Pintarla prometió, no definirla.
Digo, pues, ó que puses tan socces!
Todo el papel ha de llenar de puses.
¡Jesús! que mal empiezo;
Principio iba á decir, ya lo confieso,

Y acordéme al instante
Que principio no tiene consonante ;
 Perdónen que esta mengua
Es de que no me ayuda bien la lengua.
 ¡Jesús! y que cansados
Estarán de estar desesperados,
 Los tales mis oyentes ;
Más si esperar no gustan impacientes,
Y juzgarán que es largo, y que es pesado,
Vayan con Dios, que ya esto se ha acabado ;
Que quedándome sola, y retirada,
Mi borrador haré más descansada,
Por el cabello empiezo, esténse quedos,
Que aquí hay que pintar muchos enredos ;
No hallo comparacion que bien le cuadre
Qué para poco me parió mi madre!
¿Rayos del sol? ya aquello se ha pasado,
La pragmática nueva lo ha quitado.
¿Cuerda de arco de amor, en dulce trance?
Eso es llamarlo cerda, en buen romance.
 Que linda ocasion era
De tomar la ocasion por la mollera ;
Pero aquesta ocasion ya se ha pasado,
Y calva está de haberla repelado.
 Y así en su calva lisa,
Su cabellera irá tambien postiza ;
 Y el que llega á cogella,
Se queda con el pelo, y no con ella ;
Y, en fin, despues de tanto dar en ello,
¿Qué tenemos, mi Musa, de cabello?
El de Absalon viniera aquí nacido,

Por tener mi discurso suspendido ;
Más no quiero meterme yo en hondura,
Ni hacerme que entiendo de escritura.
En ser cabello de Lisarda quede,
Que es lo que encarecerse más se puede,
Y bájese á la frente mi reparo,
Gracias á Dios que salgo hácia lo claro,
Que me pude perder en su espesura,
Si no, saliera por la comisura.

Tendrá, pues, la tal frente
Una caballería largamente,
Según está de limpia y despejada ;
Y si temen por esto verla arada,
Pierdan ese recelo,
Que estas caballerías son del cielo.
¿Qué apostamos que ahora piensan todos
Que he perdido los modos
Del estilo burlesco,

Pues que ya por los cielos encarezco?
Pues no fué ese mi intento,
Que yo no me acordé del firmamento,
Porque mi estilo llano
Se tiene acá otros cielos más á mano,
Que á ninguna belleza se le veda
El que tener dos cielos juntos pueda.
Y como uno en su boca, otro en la frente,
Por Dios que lo he enmendado lindamente.

Las cejas son, ¿ahora diré arcos?
No, que es su consonante luégo zarcos,
Y si yo pinto zarca su hermosura,
Dará Lisarda al diablo la pintura,

Y me dirá que sólo algun demonio,
Levantara tan falso testimonio.
Pues yo lo he de decir, y en esto ahora
Conozco que del todo soy pintora,
Que mentir de un retrato en los primores,
Es el último exámen de pintores.
En fin, ya con ser arcos se han salido,
¿Más que piensan que digo de Cupido,
 Ó el que es la paz del día?
Pues no son sino de una cañería,
Por donde encaña el agua á sus enojos,
Por más señas que tiene allí dos ojos.
 Esto ¿quién lo ha pensado?
Me dirán que esto es viejo y es trillado
Más ya que los nombré, fuerza es pintarlos,
Aunque no tope verso en que colgarlos.
 ¡Nunca yo los mentara!
Que quizás al lector se le olvidara.
Empiezo á pintar, pues; nadie se ría
De ver que titubea mi Talía,
 Que no es hacer buñuelos,
Pues tienen su pimienta los ojuelos,
 Y no hallo en mi conciencia
Comparacion que tenga conveniencia
 Con tantos arreboles;
¡Jesús! ¿no estuve en un tris de decir soles?
 Qué grande barbarismo!
Apolo me defienda de sí mismo,
Que á los que son de luces sus pecados,
Los veo condenar de alucinados,
Y temerosa yo, viendo su arrojo,

Trato de echar mis luces en remojo.
Tentacion solariega en mi es extraña,
Que se vaya á tentar á la montaña ;
En fin, yo no hallo símil competente.
Por más que doy palmadas en la frente,
Y las uñas me como ;
¿Dónde el viste estará, y el así como,
Que siempre tan activos
Se andan á principiar comparativos?
Más ay! que donde vistes hubo antaño,
No hay así como ogaño ;
Pues váyanse sin ellos muy serenos,
Que no por eso dejan de ser buenos,
Y de ser manantial de perfecciones,
Que no todo ha de ser comparaciones ;
Y ojos de una beldad tan peregrina,
Razon es ya que salgan de madrina,
Pues á sus niñas fuera hacer ultraje,
Querer tenerlas siempre en pupilaje.
En fin, nada les cuadra, que es locura
Al círculo buscar la cuadratura.
Síguese la nariz, y es tan seguida
Que ya quedó con esto definida ;
Que hay nariz torticosa, tan tremenda,
Que no hay geómetra alguno que la entienda.
Pásome á las mejillas,
Y aunque es su consonante maravillas,
No las quiero yo hacer predicadores
Que digan : Aprended de mí á las flores ;
Más si he de confesarles mi pecado,
Algo el carmin y grana me han tentado,

Mas ahora ponérsela no quiero,
Si ella lo quiere, gaste su dinero ;
 Que es grande bobería
El quererla afeitar á costa mfa.
Ellas, en fin, aunque parecen rosa,
Lo cierto es que son carne, y no otra cosa.
; Válgame Dios! lo que se sigue ahora,
Haciéndome está cocos el Aurora,
Por ver si la comparo con tu boca,
Y el Oriente con perlas me provoca ;
 Pero no hay que mirarme,
Que ni una sed de Oriente ha de costarme.
 Es, en efecto, tan fina
Que parece bocado de cecina,
Y no he dicho muy mal, pues de salada
Dicen que se le ha puesto colorada.
; Ven cómo sé hacer comparaciones
Muy propias en algunas ocasiones?
Y es que donde no piensa el que es más vivo,
 Falta el comparativo,
Y si alguno dijere que es grosera
Una comparacion de esta manera,
Respóndame la Musa más ufana
; Es mejor el gusano de la grana,
Ó el clavel, que si el gusto los apura,
Hara echar las entrañas su amargura?
 Con todo, Númen mio,
Aquesto de la boca va muy frio :
 Yo digo mi pecado,
Ya está el pincel cansado ;
Pero pues tengo ya frialdad tanta,

Gastemos esta nieve en la garganta,
Que la tiene tan blanca y tan helada,
Que le sale la voz garapiñada.
Más por sus pasos yendo á paso llano,
Sé me vienen las manos á la mano;
Aquí habré menester grande cuidado,
Que ya toda la nieve se ha gastado,
Y para la blancura que atesora,
No me ha quedado ni una cantimplora ;
Y fué la causa de esto

Que como iba sin sal, se gastó presto.
Más puesto que pintarla solícito,
Por la Virgen que esperen un tantito,
Mientras la pluma tajo
Y me alivio un poquito del trabajo ;
Y por decir verdad, mientras suspensa
Mi imaginacion piensa

Algun concepto que á sus manos venga
¡ Oh, si Lisarda se llamara Menga,
Qué equívoco tan lindo me ocurría,
Que sólo por el nombre se me enfria !

Ello fuí desgraciada
En estar ya Lisarda bautizada :
Acabemos, que el tiempo nunca sobra ;
Á las manos, y manos á la obra.

Empiezo por la diestra,
Que aunque no es ménos bella la siniestra,
A la pintura, es llano,
Que se le ha de asentar la primer mano.
Es, pues, blanca y hermosa con exceso,
Porque es de carne y hueso,

No de marfil, ni plata, que es quimera,
Que á una estatua servir sólo pudiera ;
Y con esto, aunque es bella,
Sabe su dueño bien servirse de ella,
Y la estima bizarra
Más no porque luce, porque agarra.
Pues no le queda en fuga la siniestra,
Porque aunque no es tan diestra,
Y es algo ménos en su ligereza,
No tiene un dedo ménos de belleza.
Aquí viene rodada
Una comparacion acomodada ;
Porque, no hay duda, es llano,
Que es la una mano como la otra mano ;
Y si alguno dijere que es friolera
El querer comparar de esta manera,
Respondo á su censura
Que el tal no sabe lo que se murmura ;
Pues pudiera muy bien naturaleza
Haber sacado manca esta belleza ;
Que yo he visto bellezas muy amponas,
Que si mancas no son, son mancarronas.
Ahora falta á mi Musa la estrechura
De pintar la cintura :
En ella he de gastar poco caprichio,
Pues con decir lo breve, se está dicho ;
Porque ella es tan delgada,
Que en una línea queda ya pintada.
El pié yo no lo he visto, y fuera engaño
Retratar el tamaño,
Ni mi Musa sus puntos considera,

Porque no es zapatera ;
Pero segun airoso el cuerpo mueve,
Debe el pié de ser breve,
Pues que es, nadie ha ignorado,
El pié de arte mayor, largo y pesado ;
Y si en cuenta ha de entrar la vestidura,
Que ya es el traje parte en la hermosura,
Hasta aquí del garbo y de la gala
Á la suya no ignala,
De fiesta, ó de revuelta,
Porque está bien prendida, y más bien suelta.
Un adorno garboso, y no afectado,
Que parece descuido, y es cuidado ;
Un aire, con que arrastra la tal niña,
Con ascado desprecio la basquiña
En que se van pegando
Las almas entre el polvo que vá hollando.
Un arrojar el pelo por un lado,
Como que la acongoja por copado ;
Y al arrojar el pelo,
Descubrir un : por tanto digo cielo,
Quebrantando la ley ; más ¿ qué importara
Que yo la quebrantara ?
Á nadie cause escándalo, ni espanto,
Pues no es la ley de Dios la que quebranto ;
Y con tanto, si á Ustedes les parece,
Será razon que ya el retrato cese,
Que no quiero cansarme,
Pues ni aún el costo de él han de pagarme ;
Veinte años de cumplir en Mayo acaba :
Juana Inés de la Cruz la retrataba.

REDONDILLAS

Hombres necios, que acusáis
A la mujer sin razon,
Sin ver que sois la ocasion
De lo mismo que culpáis,

Si con ansia sin igual
Solicitais su desden,
¿Por qué quereis que obren bien
Si las incitais al mal?

Combatis su resistencia,
Y luégo con gravedad
Decís que fué liviandad
Lo que hizo la diligencia.

Parecer quiere el denuedo
De vuestro parecer loco
Al niño que pone el coco,
Y luégo le tiene miedo.

Quereis con presuncion necia
Hallar á la que buscáis,
Para pretendida, Tais,
Y en la profesion, Lucrecia.

¿Qué humor puede ser más raro
Que el que, falto de consejo,
El mismo empaña el espejo,
Y siente que no esté claro?

Con el favor y el desden,
Teneis condicion igual,
Quejándoos, si os tratan mal,
Burlándoos, si os quieren bien.

Opinion ninguna gana,
Pues la que más se recata,
Si no os admite, es ingrata,
Y si os admite, es liviana.

Siempre tan necios andais,
Que, con desigual nivel,
A una culpais por cruel,
Y á otra por fácil culpais.

¿Pues cómo ha de estar templada
La que vuestro amor pretende,
Si la que es ingrata ofende,
Y la que es fácil enfada?

Más entre el enfado y pena
Que vuestro gusto refiere,
Bien haya la que no os quiere
Y quejaos enhorabuena.

Dan vuestras amantes penas
A sus libertades alas,

Y despues de hacerlas malas
Las quereis hallar muy buenas.

¿Cuál mayor culpa ha tenido
En una pasion errada,
La que cae de rogada
Ó el que ruega de caído?

¿Ó cuál es más de culpar,
Aunque cualquiera mal haga,
La que peca por la paga,
Ó el que paga por pecar?

¿Pues para qué os espantais
De la culpa que teneis?
Queredlas cual las haceis,
Ó hacedlas cual las buscais.

Dejad de solicitar,
Y despues, con más razon,
Acusaréis la aficion
De la que os fuere á rogar.

Bien con muchas armas fundo
Que lidia vuestra arrogancia,
Pues en promesa é instancia
Juntais diablo, carne y mundo.

DÉCIMAS

CELEBRA LOS AÑOS DE LA CONDESA DE PARÉDES

Vuestros años que la esfera
A luces cuenta, Señora,
Numera á perlas la aurora,
Y á flores la primavera,
Hoy la luciente carrera
Del círculo iluminado
Cierran, que ha sido cuidado
Atentamente advertido,
Bello, luciente y florido,
Del alba, el cielo y el prado.

Círculos, que vais girando.
Los va, miétras vais viviendo,
Vuestro rostro floreciendo
Y vuestros ojos dorando.
Con que vais encadenando
Cuando esparcis las centellas
De vuestras lucientes huellas,
Con rosas y resplandores,
Una cadena de flores
Con eslabones de estrellas.

Como allá vuestra persona
Digna de tal majestad,

En círculos vuestra edad
Os vá haciendo la corona,
Y en luceros que eslabona
Para la mayor grandeza,
Corona vuestra cabeza
En el solio de la esfera,
Porque ella sólo pudiera
Coronar vuestra belleza.

Yo, pues, que dichosa veo
La edad, que adorar no excuso,
Por no medirla, rehuso
Aún medirla á mi deseo;
Deidad os miro, y os creo,
Y así vuestra duracion,
No la mido á mi intencion,
Porque deseo que en todo
Vivais allá á vuestro modo,
Y no á mi limitacion.

ROMANCE

Salud y gracia, sepades,
Señor, que estas danriseías,
Que dan con el imposible
Mejor garbo á la belleza;
Por no olvidar tan del todo,
Ceremonias palaciegas,
Entendidos desahogos
De cortesanas empresas,
Donde el amor y el recato
Se avienen con tal decencia,
Que pasando á ser cariño
No dejan de ser decencia,
Ó porque este año nuevo
Las pusiese como nuevas,
Y salir de veinticinco,
Aunque salgamos de ochenta ;
Que ya sabeis que componen
En la aritmética nuestra,
Rendimientos, y no días
Los años de la belleza.
Ó porque el favor, que vive
Del desden en la aspereza
Atado, un día en el año
Tenga una poca de suelta.

Ó porque la voluntad,
Saliendo del ocio, pueda
Con un poco de ejercicio
Legitimarse potencias;
Quisieron sacar galanes,
En que cada Vénus tenga
A quien amar como Adónis,
Quien como Marte la quiera.
Más porque no pareciese
Que pasaba esta licencia
A profanar del recato
Las leyes siempre severas,
Ó que de la voluntad,
Por razon ó por estrella,
Se inclinaba aquella esquivada
Soberana indiferencia,
Y que de la damera
Se ajaban las preeminencias,
Que en México tambien hay
Su poquito de etiqueta,
Sometieron á la suerte,
Que compromisaria recta
A cada dama le diese
Amante, quiera ó no quiera.
Y ella que árbitro se vió
Y dueña de tanta exenta
Libertad, que aún del amor
Ignora la dulce fuerza,
Echó por esos galanes,
Y viendo sus gentilezas
Y que eran todos sin peros,

Escogidos, como en peras,
Dijo : salga el que saliere,
Pues á la dama más bella
Aunque cualquiera la salga,
La habrá de salir cualquiera.
Empezó á sacar las suertes,
Con tal ajuste y destreza,
Que hizo entónces el acaso
Más que la eleccion pudiera
A don Juan salió Matilde,
Cuyas dulces niñas bellas
Son acreedoras de amor
De las más doradas flechas.
A don Miguel, Amarilis,
Beldad en cuya cadena
En dulce esclavitud gimen
Tantas libertades presas.
A don Carlos salió Julia,
Para que en mejor esfera
Sepa nuestra astrología
Que se incluye en dos estrellas.
Silvia, á Guevara ; con cuya
Belleza, donaire y prendas,
Es un desairado el garbo,
La discrecion una necia.
A don Luis le cupo Lisi ;
A don Alonso, Marcela ;
A don Teobaldo, Felisa,
Y á don Manuel, salió Celia.
Y á vos, por el más galán,
Dicho en paz de todos sea,

Pues no es bien llegue a los hombres
La mujeril competencia.
Os cupo, claro se estaba,
Lo peor, que es cosa cierta,
Que no se aviene fortuna
Jamás con naturaleza ;
Antes, enemiga siempre
Y á su dictámen opuesta,
Lo que ella desdeña, ampara ;
Lo que ella ampara, desdeña.
Yo pienso que lo hace adrede,
Y no acaso, como piensan,
Y que tiene en hacer mal
Su poquita de advertencia.
Pues, al uso de las lindas,
Anda forjando soberbia
De méritos ultrajados
Los triunfos de su grandeza.
Ella es Faláris de gustos,
Ella es Nerona de haciendas,
Que hace de abrasadas Romas
Luminarias en sus fiestas.
Más no quiero murmurarla,
Que no es razón que se entienda,
Que á quien debo un beneficio
Le pago con una ofensa.
En la suerte, en fin, Señor,
Ella, como siempre ciega,
Por serme á mí favorable,
Anduvo con vos adversa.
Salieron parecidas

Las suertes, de esta manera,
La vuestra, como mi cara,
La mia, como la vuestra.
No os ofendió en esto nada,
Pero ántes dispuso cuerda,
Que á vista de un mal empleo
Resalten más vuestras prendas.
No fuera el sol tan lucido,
Si á su dorada madeja
Tal vez por negras lazadas
No adornaran nubes densas.
No ostentara el monte altivo
Su robusta corpulencia,
Si la bajeza del valle
No adorara su grandeza.
No saliera tan hermosa
La aurora vertiendo perlas,
Si no avivaran las luces
Los léjos de las tinieblas.
No campara de florida
Lozana la primavera,
Si no viniera el estío
Pisando sus verdes huellas.
No presumiera en el prado
De cándida la azucena,
Si no la hiciera lucir
Lo oscuro de la violeta.
No fuera del fuego tanta
La ferocidad hambrienta,
Si la oposicion del frío
No esforzara su violencia.

Tened, pues, conformidad
Con lo que la suerte ordena,
Si os da lo que mereceis
Dándoos á quien no os merezca.
Pues, para daros ejemplo,
La tienen, sin resistencia,
Sol, primavera y aurora,
Fuego, monte y azucena.
Ella, en fin, quiso, comparando
Mi gloria con vuestra pena,
Que vuestro mérito baje
Porque suba mi bajeza.
Y yo, por el beneficio
En debida recompensa,
Ofrecí en sus sacras aras
Un secretario de cera.
Ofrecí más, en memoria
Del año feliz que empieza,
Los que se siguen, volver
A contarlos por las eras.
De las suertes, la memoria,
Sumariamente, es aquesta,
Si fortuna os la dió mala
Dios os la depare buena.

ROMANCE

Grande duquesa de Aveyro,
Cuyas soberanas partes
Informa cabado el bronce,
Publica esculpido el jaspe.
Alto honor de Portugal,
Pues le dan mayor realce
Vuestras prendas generosas
Que no sus quinas reales.
Vos, que esmaltáis de valor
El oro de vuestra sangre,
Y siendo tan fino el oro,
Son mejores los esmaltes.
Vénus del mar lusitano,
Digna de ser bella madre
De amor, más que la que á Chipre
Debió cuna de cristales.
Gran Minerva de Lisboa,
Mejor que la que triunfante
De Neptuno, impuso á Aténas
Sus insignias literales.
Digna sólo de obtener
El áureo pomo flamante
Que dió á Vénus tantas glorias
Como infortunios á Páris.

Cifra de las nueve Musas
Cuya pluma es admirable
Arcaduz, por quien respiran
Sus nueve acentos suaves.
Claro honor de las mujeres,
De los hombres docto ultraje,
Que probais que no es el sexo
De la inteligencia parte.
Primogénita de Apolo
Que de sus rayos solares
Gozando las plenitudes
Mostrais las actividades.
Presidenta del Parnaso,
Cuyos medidos compases
Hacen señal á las Musas
Á que entonen ó que pausen.
Clara sibila española
Más docta y más elegante
Que las que en diversas tierras
Veneraron las edades.
Alto asunto de la fama
Para quien hace, que afanes
Del martillo de Vulcano
Nuevos clarines os labren.
Oid una musa que
Desde donde fulminante
A la Tórrida dá el sol
Rayos perpendiculares,
Al eco de vuestro nombre,
Que llega á lo más distante,
Medias sílabas responde

Desde sus concavidades,
Y al imán de vuestras prendas,
Que lo más remoto atrae,
Con amorosa violencia
Obedece acero fácil.
Desde la América enciendo
Aromas á vuestra imágen,
Y en este apartado polo
Templo os erijo y altares.
Desinteresada os busco,
Que el afecto que os aplaude,
Es aplauso á lo entendido
Y no lisonja á lo grande.
Porque, ¿para qué, Señora,
En distancia tan notable
Habrán vuestras altiveces
Menester mis humildades?
Yo no he menester de vos
Que vuestro favor me alcance
Favores en el consejo,
Ni amparo en los tribunales.
Ni que acomodeis mis deudos,
Ni que ampareis mi linaje,
Ni que mi alimento sean
Vuestras liberalidades.
Que yo, Señora, nací
En la América abundante,
Compatriota del oro,
Paisana de los metales.
Adonde el comun sustento
Se da casi tan de balde.

Que en ninguna parte más
Se ostenta la tierra madre,
De la comun maldicion
Libre parece que nacen
Sus hijos, segun el pan
No cuesta al sudor afanes.
Europa mejor lo diga,
Pues ha tanto que insaciable
De sus abundantes venas
Desangra los minerales,
Y a cuántos el dulce Lotos
De sus riquezas les hace
Olvidar los propios nidos,
Despreciar los pátrios lares.
Pues entre cuantos la han visto
Se ve con claras señales,
Voluntad en los que quedan
Y violencia en los que parten.
Demás, de que en el estado
Que Dios fué servido darme,
Sus riquezas solamente
Sirven para despreciarse,
Que para volar segura
De la religion la nave,
Ha de ser la carga poca,
Y muy crecido el velámen,
Porque si algun contrapeso,
Pide para asegurarse,
De humildad, no de riquezas
Ha menester hacer lastre.
Pues ¿de qué cargar sirviera

De riquezas temporales,
Si en llegando la tormenta
Era preciso alijarse?
Conque por cualquiera de estas
Razones, pues es bastante
Cualquiera, estoy de pedirlos.
Inhibida por dos partes.
¿Pero adónde de mi patria
La dulce afición me hace
Remontarme del asunto
Y del intento alejarme?
Vuelva otra vez, gran Señora,
El discurso á recobrase,
Y del hilo del discurso
Los dos rotos cabos ate.
Digo, pues, que no es mi intento,
Señora, más que postrarme
A vuestras plantas, que beso
Apesar de tantos mares.
La siempre divina Lisi,
Aquella en cuyo semblante,
Ríe el día, que oscurece
A los días naturales,
Mi señora la condesa
De Parèdes; aquí calle
Mi voz, que dicho su nombre
No hay alabanzas capaces.
Esta, pues, cuyos favores
Grabados en el diamante
Del alma, como su efigie,
Vivirán en mí inmortales;

Me dilató las noticias
Ya ántes dadas de los padres
Misioneros, que pregonan
Vuestras cristianas piedades
Publicando como sois
Quien con celo infatigable
Solicita que los triunfos
De nuestra fé se dilaten.
Esta, pues, que sobre bella,
Ya sabeis que en su lenguaje
Vierte flores Amaltea,
Y destila amor panales;
Me informó de vuestras prendas
Cómo son, y cómo sabe,
Siendo sólo tanto Homero
A tanto Aquiles bastante.
Sólo en su boca el asunto
Pudiera desempeñarse,
Que de un ángel sólo puede
Ser el cronista otro ángel.
A la vuestra, su hermosura
Alaba, porque envidiarse
Se concede en las bellezas,
Y desdice en las deidades.
Yo, pues, con esto movida
De un impulso dominante,
De resistir imposible,
Y de ejecutar no fácil;
Con pluma en tinta, no en cera,
En alas de papel frágil
Las ondas del mar no temo.

Las pompas piso del aire,
Y venciendo la distancia,
Porque suele á lo más grave,
La gloria de un pensamiento
Dar dotés de agilidades,
A la dichosa region
Llego, donde las señales
De vuestras plantas me avisan
Que allí mis labios estampe.
Aquí estoy á vuestros piés,
Por medio de estos cobardes
Rasgos, que son podatarios
Del afecto que en mí arde.
De nada puedo serviros,
Señora, porque soy nadie,
Más quizá por aplaudiros
Podré aspirar á ser alguien.
Hacedme tan señalado
Favor, que de aquí adelante
Pueda de vuestros criados
En el número contarme.

SONETO

¿Qué es esto, Alcino, cómo tu cordura
Se deja así vencer de un mal celoso,
Haciendo con extremos de furioso
Demostraciones más que de locura?

¿En qué te ofendió, Celia? si se apura,
¿Ó porqué al amor culpas de engañoso,
Si no aseguró nunca poderoso
La eterna posesion de su hermosura?

La posesion de cosas temporales,
Temporal es, Alcino, y es abuso
El querer conservarlas siempre iguales.

Con que tu error ó tu ignorancia acuso,
Pues Fortuna y Amor, de cosas tales
La propiedad no han dado, sino el uso,

SONETO

Yo no dudo, Lisarda, que te quiero,
Aunque sé que me tienes agraviado;
Más estoy tan amante y tan airado,
Que afectos que distingo no prefiero.

De ver que odio y amor te tengo, infiero,
Que ninguno estar puede en sumo grado,
Pues no le puede el odio haber ganado
Sin haberle perdido amor primero.

Y si piensas que el alma que te quise
Ha de estar siempre á tu afición ligada,
De tu satisfacción vana te aviso;

Pues si el amor al odio ha dado entrada,
El que bajó de sumo á ser remiso,
De lo remiso pasará á ser nada,

SONETO

EN LA MUERTE DE LA MARQUESA DE MANCERA

Mueran contigo, Laura, pues moriste,
Los afectos que en vano te desean,
Los ojos á quien privas de que vean
La hermosa luz que á un tiempo concediste

Muera mi lira infausta en que influiste
Ecos que lamentables te vocean,
Y hasta estos rasgos mal formados sean
Lágrimas negras de mi pluma triste.

Muévase á compasion la misma muerte
Que precisa no pudo perdonarte,
Y lamente el amor su amarga suerte;

Pues si ántes, ambicioso de gozarte,
Descó tener ojos para verte,
Ya le sirvieran sólo de llorarte.

DÉCIMAS

Los buenos días me allano
A que os dé un reloj, señor.
Por que fué lo que mi amor
Acaso halló más á mano;
Corto es el don, mas ufano
De que sirve á tus auroras,
Admítele, pues no ignoras
Que mal las caricias mías
Te pudieran dar los días
Sin dar primero las horas.

Raro es del arte portento
En que su poder más luce,
Que á breve espacio reduce
El celestial movimiento,
E imitando al sol, atento
Mide su veloz carrera,
Con que, si se considera,
Pudiera mi obligacion
Remitirte mayor don
Más no de mejor esfera.

No tiene sonido en nada,
Que fuera accion indecente

Que tan pequeño presente
Quisiera dar campanada ;
Sólo por señas le agrada
Decir el intento suyo,
Con que su hechura concluyo
Con decir de su primor
Que fué muestra de mi amor,
Más ya es de sol siendo tuyo.

Y no pienses que me agrada
Poner mesura á tu vida,
Que no es querer la medida
Pedírtela regulada,
Y en aciertos dilatada,
Solicita mi cuidado,
Para que el mundo admirado
Pondere al ver tu cordura,
El vivir muy sin mesura,
Y el obrar, muy mesurado.

El delito de callado
Disculpar habeis querido,
Y quedais más convencido
Con lo que habeis alegado ;
El delito he sustanciado
Con vuestra declaracion,
Pues quien con tal discrecion
Habla, muestra claramente
Que el callar fué solamente
Empeño, y no precision.

Cuando discreto excusais
La causa por que callásteis,
De lo que de hablar dejásteis
La pérdida me acordais,
El dolor me acrecentais
Que en aquel día que os ví,
Tuve, de que no os oí,
Pues prosiguiendo el callar,
No pudiera yo pesar
Cuanto fué lo que perdí.

Tulio español, mal al veros,
Podrá mi pluma elogiaros,
Por que querer alabaros
Es presumir entenderos ;
Aún que quien llega á atenderos
Llega á conocer que es tanta
Vuestra discrecion, que espanta,
Con que en vuestra sutileza
Conocerá que hay grandeza,
Más no medirá cuanta.

Un mar sois que al contemplarlo,
Sin poder comprenderlo.
Todos se admiran de verlo,
Más nadie puede sondearlo ;
Sólo al llegar á admirarlo,
De su gran capacidad
Se infiere su inmensidad,
Por que, si, en lo que se mira,

Con la superficie admira,
¿Qué hará la profundidad?

Y aunque lo que llevo á ver
Me da tanta admiracion,
Bien sé que su perfeccion
No se puede comprender;
Más pues no llevo á entender.
Tal grandeza, ni comprendo
Lo mismo que estoy oyendo,
A elogiarlo me abalanzo,
Con la razon lo que alcanzo,
Y con fé lo que no entiendo.

El paje os dirá discreto,
Como luego que leí
Vuestro secreto rompí,
Por no romper el secreto;
Y aún hice más, os prometo,
Los fragmentos, sin desden,
Del papel, tragué tambien
Que secretos que venero,
Aún en pedazos no quiero
Que fuera del pecho estén.

DECIMAS

SOBRE UN RETRATO

Este retrato que ha hecho
Copiar mi cariño ufano,
Es, sobre escribir la mano
Lo que tiene dentro el pecho;
Que, como éste viene estrecho
Á tan alta perfeccion,
Brotó fuera la aficion,
Y en el índice la emplea
Para que con verdad sea
Índice del corazon.

Éste, que á la luz más pura
Quiso imitar la beldad,
Representa su deidad,
Más no copia su hermosura ;
En él mi culto asegura
Su veneracion mayor,
Más no muestres el error
De pincel tan poco sabio,
Que para Lisi es agravio
El que para mí es favor.

DÉCIMAS

SOBRE EL MISMO TEMA

Copia divina en quien veo
Desvanecido al pincel,
De ver que ha llegado él
Donde no pudo el deseo;
Alto soberano empleo
De más que humano talento,
Exenta de atrevimiento,
Pues tu beldad increíble,
Como excede á lo posible,
No la alcanza el pensamiento;

¿Qué pincel tan soberano
Fué á copiarte suficiente?
¿Qué númen movió la mente?
¿Qué virtud rigió la mano?
No se alabe el arte vano
Que te formó peregrino,
Pues en tu beldad convino,
Para formar un portento,
Fuese humano el instrumento,
Pero el impulso divino.

Tan espíritu te admiro
Que cuando deidad te creo,

Hallo el alma que no veo,
Y dudo el cuerpo que miro;
Todo el discurso retiro
Admirada en tu beldad,
Que muestra con realidad,
Dejando el sentido en calma,
Que puede copiarse el alma,
Que es visible la deidad.

Mirando perfeccion tal
Cual la que en tí llego á ver,
Apénas puedo creer
Que puedes tener igual:
Y á no haber original,
De cuya perfeccion rara,
La que hay en tí se copiara,
Perdida por tu aficion,
Segundo Pigmaleon,
La animacion te impetrara.

Toco, por ver si escondido
Lo viviente en tí parece;
¿Posible es que de él carece
Quién roba todo el sentido?
¿Posible es que no ha sentido
Esta **mano** que le toca
Y á que atiendas te provoca
Á mis rendidos despojos?
¿Qué no hay luz en esos ojos?
¿Qué no hay voz en esa boca?

Bien puedo formar querella
Cuando me dejas en calma,
De que me robas el alma
Y no te animas con ella;
Y cuando altivo atropella
Tu rigor mi entendimiento,
Apurando el sufrimiento,
Tanto tu piedad se aleja,
Que se me pierde la queja,
Y se me logra el tormento.

Tal vez pienso que piadoso
Respondes á mi afición,
Y otras teme el corazón
Que te esquivas desdeñoso.
Ya alienta el pecho dichoso,
Ya infeliz al rigor muere,
Pero, como quiera, adquiere,
La dicha de poseer;
Porque al fin en mi poder
Serás lo que yo quisiere.

Y aunque ostentes el rigor
De tu original fiel,
A mí me ha dado el pincel
Lo que no puede el amor.
Dichosa vivo al favor
Que me ofrece un bronce frío,
Pues aunque muestras desvío,
Podrás, cuando más terrible,
Decir que eres imposible,
Pero no que no eres mío.

DÉCIMAS

Juzgo, aunque os canse mi trato,
Que no os ofendo en rigor,
Pues en cansaros, señor,
Cumplo con vuestro mandato;
Y pues éste fué el contrato,
Sufrid mis necias porfías
De escuchar todos los días
Tan continuas peticiones,
Que aquestas mis rogaciones
Se han vuelto ya letanías.

Una viuda desdichada
Por una casa pleitea,
Y basta que viuda sea
Sin que sea descasada;
De vos espera amparada,
Hallar la razon propicia,
Para vencer la malicia
De la contraria eficacia,
Esperando en vuestra gracia
Que le habeis de hacer justicia.

DÉCIMAS

Hoy que á vuestras plantas llego
Con el debido decoro,
Como á deidad os adoro,
Y como á deidad os ruego.
No direis que el culto os niego,
Pretendiendo el beneficio
De vuestro amparo propicio,
Pues á la deidad mayor
Le es invocar su favor
El más grato sacrificio.

Samuel, á vuestra piedad
Recurre, por varios modos,
Pues donde la pierden todos,
Quiere hallar la libertad.
Su esclavitud rescatad,
Señora, que los motivos
Son justos y compasivos
De tan adversa fortuna,
Y haced libres vez alguna
De cuantas haceis cautivos.

Dos cosas pretende aquí
Contraria mi voluntad,

Para el ingles, libertad,
Y esclavitud para mí;
Pues aunque indigna nací
De que este nombre me deis,
En vano resistireis
De mi esclavitud la muestra;
Pues yo tengo de ser vuestra
Aunque vos no me acepteis.

Contraria es la peticion
De uno y otro, si se apura,
Que él la libertad procura,
Y yo busco la prision;
Pero vuestra discrecion
Á quien nunca duda impide,
Podrá, si los fines mide,
Hacernos dichosos hoy,
Con admitir lo que os doy
Y conceder lo que él pide.

REDONDILLAS

Señora, si la belleza
Que en vos llevo á contemplar,
Es bastante á conquistar
La más inculta dureza,

¿ Porqué haceis que el sacrificio
Que debo á vuestra luz pura,
Debiéndose á la hermanura
Se atribuya al beneficio ?

Cuando es bien que glorias cante,
De ser vos, quien me ha rendido,
¿ Quereis qué lo agradecido
Se equivoque con lo amante ?

Vuestro favor me condena
A otra especie de desdicha,
Pues me quitais con la dicha
El mérito de la pena.

Si no es que dais á entender
Que favor tan singular,
Aunque se pueda lograr,
No se puede merecer.

Con razon, pues la hermosura
Aún llegada á poseerse,
Si llegara á merecerse,
Dejara de ser ventura.

Que estar un digno cuidado
Con razon correspondido,
Es premio de lo servido,
Y no dicha de lo amado.

Que dicha se ha de llamar
Sola la que, á mi entender,
Ni se puede merecer,
Ni se pretende alcanzar.

Ya quo este favor excede
Tanto á todos, al lograrse,
Que no sólo no pagarse,
Más ni agradecer se puede.

Pues desde el dichoso día
Que vuestra belleza ví,
Tan del todo me rendí,
Que no me quedó accion mía.

Con lo cual, Señora, nuestro,
Y á decir mi amor se atreve,
Que nadie pagaros debe,
Que vos honreis lo que es vuestro.

Bien sé que es atrevimiento,
Pero el amor es testigo

Que no sé lo que me digo
Por saber lo que me siento.

Y en fin, perdonad por Dios,
Señora, que os hable así,
Que si yo estuviera en mí,
No estuvierais en mí vos.

Sólo quiero suplicaros
Que de mí recebáis hoy,
No sólo el alma que os doy,
Más la que quisiera daros.

ROMANCE

En hora buena el gran Cárlos
Sus felices años cumpla ;
Dichosos, porque los vive,
Grandes, porque los ocupa.
En hora buena, en obsequio
De su majestad augusta,
De su resplandor, ministros
Todos los astros concurren.
En hora buena, en su rostro
Que los dos mundos ilustran,
Brillen encendidas flores,
Florecientes rayos luzcan.
En hora buena, su mano
Gloriosamente introduzca,
En los dos mundos su yugo,
A los dos mares coyunda.
De América, en hora buena
Huelle la cerviz robusta,
Que adora en el pié, que besa,
La mano que la sojuzga.
Su vida en buen hora sea
De muchas vidas la suma,
Porque como muchas dure
La que vale más que muchas.

ROMANCE

Divina Lisi mía,
Perdona si me atrevo
A llamarte así cuando
Aún, de ser tuya, el nombre no merezco.
A esto, no osadía
Es llamarte así, puesto
Que á tí te sobran rayos,
Si en mí pudiera haber atrevimientos.
Error es de la lengua,
Que lo que dice imperio
Del dueño, en el dominio,
Parezcan posesiones en el siervo.
Mi rey, dice el vasallo,
Mi cárcel, dice el preso,
Y el más humilde esclavo,
Sin agraviarlo, llama suyo al dueño.
Así cuando yo mía
Te llamo, no pretendo
Que juzguen que eres mía,
Sino sólo que yo ser tuya quiero.
Yo te ví, pero basta,
Que á publicar incendios
Basta apuntar la causa
Sin añadir la culpa del efecto.

Que mirarte tan alta,
No impide á mi denuedo,
Que no hay deidad segura
Al altivo volar del pensamiento.
Y aunque otras más merezcan
En distancia del cielo,
Lo mismo dista el valle
Más humilde que el monte más soberbio.
En fin, yo de adorarte
El delito confieso;
Si quieres castigarme,
Ese mismo castigo será premio.

ROMANCE

¡ Qué bien, divina Lisi,
Tu sacra deidad sabe,
Para humillar mis dichas,
Mezclarme en los favores los pesares !
No esperar fué el delito
Que quieres castigarme ;
¿ Quién creará que fué culpa
No esperar lo que no puede esperarse ?
Casualidad fué sola
Quien pudo ocasionarme,
Que nunca á un infelice
Faltan para su mal casualidades.
En leyes de palacio,
El delito más grave
Es esperar, y en mí
Fué el delito mayor el no esperarte.
Acusas mi cariño,
Cómo si fuera fácil
Pensar yo que tu piensas
Que dejar de adorarte puede nadie.
Desconfiar de aquello
Que es preciso ignorarse,
Es gala de lo cuerdo
Y fuera imperfeccion en las deidades.

Más tú, divino dueño,
¿Cómo puedes negarme
Que sabes que te adoro,
Porque quién eres, de por fuerza, sabes?
Baste ya de rigores,
Hermoso dueño, baste,
Que tan indigno blanco
A tus sagrados tiros es desaire

COPLAS DE MÚSICA

Círculos de luces cumple
Hoy el mayor luminar,
Que en imperios de zafir
Huella campos de cristal.

Para celebrar de Carlos
El venturoso natal,
Si no son nuevos los rayos,
Parecen que lucen más.

Aunque es Cárlos mejor sol,
No llega el sol á envidiar
Su luz, que ignora la envidia
Exceso tan desigual.

Con demostracion luciente
Al mundo quiere mostrar
Que quien su deidad venera
No envidia su majestad.

Ambos el mundo poseen,
Más con tal disparidad,
Que el sol es para servir,
Y Cárlos para mandar.

ROMANCE

Excusado el daros años,
Señora, me ha parecido,
Pues quitarlos á las damas
Fuera mayor beneficio,
Y por esto no os los diera,
Pero despues he advertido
Que no impera en las deidades
El estrago de los siglos.
Y así más años vivais
Que aquel pájaro fenicio
Ha vivido, no en Arabia,
Sino en símiles prolijos.
Por erudicion primera
Esa avecilla os remito,
Que al festin de vuestros años
Puede servir de principio.
Más que dolores ardientes
Sintió en el leño encendido
De Ejea el amante tierno
Por la venganza del Tio,
Más que el cuello de Medusa
Vertió venenosos hilos
Que cayendo en rojas gotas
Levantaron basiliscos.

Más que el ciclope celoso
Dió al infeliz mozo gritos,
Que aún despues de trasformado
Se le escapó fugitivo.
Más que el doloroso acento
Del dulce de Tracia hijo,
Suspendió en canciones, furias
Desató en dulzuras, grillos.
Más que quien al sol se atrevió
A hurtar el rayo lucido,
Y en el Caúcase atormenta
Diuturno fiero ministro.
Más que al infeliz Facton
El fraternal llanto pío,
Lloró bálsamo oloroso
Si empezó humor cristalino.
Más que las cuarenta y nueve
Pagan en duros castigos
La obediencia al fiero padre
Contra los incautos primos.
Más que en estragos Medea
De sus músicos hechizos,
Probó los males que causa
El celoso precipicio.
Más que le costaron daños
Por el juvenil delirio,
Un hermoso robo á Troya
Y á España un honor perdido.
Más ya que estais cansada
De estos *mases*, imagino,
Que suele moler un más

Más que un mazo y un martillo.
Y así en cifra os lo diré
Por no dejar de decirlos,
Sed más que todos los *mases*
De los modernos y antiguos.
Y, en fin, en lo que viváis
Con vuestro consorte digno,
Vuestra fama sola pueda
Igualaros el guarismo.
Llevad la inmortalidad
A medias, como los hijos
De Leda hermosa, llevando
De más el lucir unidos.

SONETO

Cuando mi error y tu vileza veo,
Contemplo, Silvio, de mi amor errado,
Cuan grave es la malicia del pecado,
Cuan violenta la fuerza de un deseo.

A mi misma memoria apénas creo
Que pudiese caber en mi cuidado
La última línea de lo despreciado,
El término final de un mal empleo.

Yo bien quisiera cuando llego á verte,
Viendo mi infame amor poder negarlo,
Más luégo la razon justa me advierte

Que sólo se remedia en publicarlo;
Porque del gran delito de quererte,
Sólo es bastante pena, confesarlo.

SONETO

Silvio, yo te aborrezco y aún condeno
El que estés de esta suerte en mi sentido;
Que infama el hierro al escorpion herido
Y á quien lo huella mancha inmundo el cieno.

Eres como el mortifero veneno,
Que daña á quien lo vierte inadvertido;
Y, en fin, eres tan malo y fementido,
Que aún para aborrecido no eres bueno.

Tu aspecto vil á mi memoria ofrezco,
Aunque con susto me lo contradice,
Por darme yo la pena que merezco,

Pues cuando considero lo que hice,
No sólo á tí corrida te aborrezco,
Pero á mí, por el tiempo que te quise.

SONETO

Dices que yo te olvido, Célio, y mientes
En decir que me acuerdo de olvidarte,
Pues no hay en mi memoria alguna parte
En que, aún como olvidado, te presentes.

Mis pensamientos son tan diferentes
Y en todo tan ajenos de tratarte,
Que ni saben si pueden olvidarte,
Ni si te olvidan saben si lo sientes.

Si tú fueras capaz de ser querido,
Fueras capaz de olvido, y ya era gloria
Al ménos la potencia de haber sido

Más tan léjos estás de esta victoria,
Que aqueste no acordarme no es olvido,
Sino una negacion de la memoria.

SONETO

Dices que no te acuerdas, Clori, y mientes
En decir, que te olvidas de olvidarte,
Pues das ya en tu memoria alguna parte
En que por olvidado me presentes.

Si son tus pensamientos diferentes
De los de Albiro, dejarás tratarle,
Pues tú misma pretendes agraviarle
Con querer persuadir lo que no sientes.

Niégame ser capaz de ser querido,
Y tú misma concedes esa gloria;
Con que en tu contra tu argumento ha sido;

Pues si para alcanzar tanta victoria,
Te acuerdas de olvidarte del olvido,
Ya no das negacion en tu memoria.

DÉCIMA

Tenazmente porfiado
Intentas, Silvio, molesto,
Porque erraste lo compuesto
Componer lo que has errado;
Yerro cometes doblado,
Pues cuando mil tretas usas
Con que confesar rehusas
Y en no haber culpa te cierras,
Por excusar lo que yerras,
Yerras todo lo que excusas.

ROMANCE

Hermosa, divina Elvira,
Á cuyas plantas airosas
Los que á Apolo son laureles,
Aún no los sirven de alfombra
Á quien Vénus y Minerva
Reconocen envidiosas,
La Ateniense por más sabia,
La Cipria por más hermosa :
Á quien si el pastor Ideo
Diera la dorada poma,
Lo justo de la sentencia
Le excusara la discordia.
Pues á vista del exceso
De tus prendas generosas
Sin esperar á el exámen
Te cediera la corona.
Tú que impedirle pudieras
La tragedia lastimosa
Á Andromeda, y de Perseo
El asunto á la victoria,
Pues mirando tu hermosura
Las Nercidas ambiciosas,
Su belleza despreciaran
Y á ti te envidiaran sola.

Ese concepto oriental
Que del llanto de la aurora
Concebió, concha lucida,
A imitacion de tu boca,
En quien la naturaleza
Del arte competidora,
Siendo forma natural,
Finge ser artificiosa :
Quizá porque en su figura
Erudicion cierta y docta
A fascinantes contagios
Dá virtud preservadora.
Con justa razon ofrezec
A tus aras victoriosas,
Pues por tributo del mar
A Vénus sólo le toca.
Bien mi obligacion quisiera
Que excediera, por preciosa,
Á la que líquida en vino
Engrandeció egipcias bodas.
Ó aquella que, blason régio
De la grandeza española,
Nuestros católicos reyes
Guardan vinculada joya.
Pero me consuela el ver
Que si tu tocado adorna,
Con prestarle tú el Oriente
Será más rica que todas.
Que el lucir tanto los astros
Que del cielo son antorchas,
No es tanto por lo que son

Como donde se colocan.
Recíbela por ofrenda
De mi fineza amorosa,
Pues para ser sacrificio
No en vano quiso ser ostia :
Mientras yo para la prenda
De tu mano generosa
Como para mejor perla
Del corazon hago concha.

VILLANCICO

Hoy es del divino amor
La encarnacion amorosa,
Fineza que es tan costosa
Que á las demás da valor.

Que aunque el bien en los nacidos
Primero fué el ser formados,
¿Para qué era ser criados
Sin poder ser redimidos?

Ni el poder sólo gozar
El sér, pudo ser placer,
Porque ¿para qué era el sér
Si era el sér para penar?

Los misterios eslabona,
Y es para nuestro remedio
Del de la redencion medio
Y él de la creacion corona.

¿Qué bien al mundo no ha dado
La encarnacion amorosa,
Si aún la culpa fué dichosa
Por haberla ocasionado?

Ni ella sola ser podía
Causa, que si se repara,
Para que Dios encarnara
Bastaba sola María.

Lo contrario no lo admito,
Porque se me hace extrañeza
Poder más que su belleza
El remedio de un delito.

Que aunque este importó el consuelo
De un mundo en llanto profundo,
¿Cuánto valdrá más que un mundo
La que vale más que el cielo?

Aunque de haber encarnado
Pudo ser doble el motivo:
De todos por compasivo,
De ella por enamorado.

Y así el bajar este día
Al suelo por varios modos,
Fué por la culpa de todos
Y la gracia de María

ROMANCE

A SAN PEDRO

Del descuido de una culpa,
Un gallo, Pedro, os avisa,
Que aún lo irracional reprende
À quien la razon olvida.
Que poco la Providencia
De instrumentos necesita,
Pues un apóstol convierte
Con lo que un ave predica.
Exámen fué vuestra culpa
Para vuestra prelación,
Que pelagra de muy recto
Quien de frágil no pelagra
Tímido mueve el impulso
De la mano compasiva,
Quien en su castigo propio
Tiene del dolor noticia.
En las ajenas flaquezas
Siempre la vuestra se os pinta,
Y el estruendo del que cae
Os acuerda la caída.
Así templan vuestros ojos
Con la piedad la justicia,
Cuando lloran como reos
Los que como jueces miran.

SONETO

EN LA MUERTE DEL DUQUE DE VERAGUAS

Moriste, duque excelso, enfin moriste,
Sol de Veragua clara y refulgente,
Que apenas ilustrabas el oriente
Cuando en fatal ocaso te pusiste.

Tú que por tantas veces te ceñiste
El desden vencedor del sol ardiente,
Apareciste exhalacion luciente,
Llegaste aplauso, ejemplo feneciste.

Moriste, enfin ; pero mostraste osado
El valor de tu pecho no vencido,
De la propia nacion tan venerado,

De las contrarias armas tan temido,
Moriste de improviso, que aún el hado
No osara acometerte prevenido,

COPLAS

Celebrad criaturas
Las dichas que logro,
Aún que á mis venturas
Todo viene corto.

Sabed que mis bienes
Llegan á tal colmo,
Que aún á la esperanza
Exceden mis gozos.

Del Señor un ángel
Me asiste animoso,
Que con nímio celo
Guarda mi decoro.

Soy esclava humilde
Del Señor que adoro,
Y por ello ostento
Serviles despojos.

Con su santo sello
Señaló mi rostro
Para que no admita
Más que su amor sólo.

Del que ángeles sirven
Esposa me nombro,

A quien sol y luna
Admiran hermoso.

Desprecia por Cristo
Mi pecho amoroso
El reino del mundo
Con su fausto todo.

Ahora que sigo
Con paso amoroso
Al que ha deseado
El corazon todo.

¡Ay! no me confundas,
Señor, con enojo,
Sino obra conmigo
Cual siempre piadoso.

Dióme, en fe, su anillo
De su desposorio,
Y de inmensas joyas
Compuso mi adorno.

Vistióme con ropas
Tejidas con oro,
Y con su corona
Me honró como espeso.

Lo que he deseado
Ya lo ven mis ojos,
Y lo que esperaba
Ya feliz lo gozo.

SONETO

A LA MUERTE DEL REY FELIPE IV

¡Oh cuán frágil se muestra el sér humano
En los últimos términos fatales
Donde sirven aromas orientales
De culto inútil, de resguardo vano!

Sólo á tí respetó el poder tirano
¡Oh gran Felipe! pues con las señales
Que ha mostrado que todos son mortales,
Te ha acreditado á tí de soberano.

Conoces ser de tierra fabricado
Este cuerpo, y qué está con mortal guerra
El bien del alma en él aprisionado;

Y así subiendo al bien que el cielo encierra,
Que en la tierra no cabes has probado,
Pues aún tu cuerpo dejas por que es tierra,

SONETO

Rosa divina que en gentil cultura
Eres con tu fragante sutileza,
Magisterio purpúreo en la belleza,
Enseñanza nevada á la hermosura

Amago de la humana arquitectura,
Ejemplo de la vana gentileza
En cuyo sér unió naturaleza
La cuna alegre y triste sepultura

¡Cuán alliva en tu pompa presumida,
Soberbia el riesgo de morir desdeñas,
Y luego desmayada y encojida,

De tu caduco sér das mústias señas!
Con que docta muerte y necia vida,
Viviendo engañas y muriendo enseñas.

SONETO

Esta tarde, mi bien, cuando te hablaba,
Como en tu rostro y tus acciones veía
Que con palabras no te persuadía,
Que el corazón me vieses deseaba.

Y amor que mis intentos ayudaba
Venció lo que imposible parecía,
Pues entre el llanto que el dolor vertía,
El corazón deshecho destilaba.

Baste ya de rigores, mi bien, baste,
No te atormenten más celos tiranos,
Ni el vil recelo tu virtud contraste

Con sombras necias, con indicios vanos;
Pues ya en líquido humor viste y tocaste
Mi corazón deshecho entre tus manos.

SONETO

Deténte, sombra de mi bien esquivo,
Imagen del hechizo que más quiero,
Bella ilusion por quien alegre muero,
Dulce ficcion por quien penoso vivo.

Si al iman de tus gracias atractivo
Sirve mi pecho de obediente acero,
¿Para qué me enamoras lisonjero
Si has de burlarme luego fugitivo?

Más blasonar no puedes, satisfecho
De que triunfa de mí tu tiranía,
Que aún que dejas burlado el lazo estrecho,

Que tu forma fantástica ceñía,
Poco importa burlar brazos y pecho
Si te labra prision mi fantasía.

SONETO

Yo adoro á Lisi, pero no pretendo
Que Lisi corresponda mi fineza,
Pues si juzgo posible su belleza,
Á su decoro y mi aprension ofendo.

No emprender solamente es lo que emprendo
Pues sé que á merecer tanta grandeza do
Ningun mérito basta, y es simpleza
Obrar contra lo mismo que yo entiendo.

Como cosa concibo tan sagrada
Su beldad, que no quiere mi osadía
Á la esperanza dar ni aún leve entrada;

Pues cediendo á la suya mi alegría,
Por no llegarla á ver mal empleada,
Aún pienso que sintiera verla mía.

LIRAS

Amado dueño mio,
Escucha un rato mis cansadas quejas,
Pues al viento las fio
Que breve las conduzca á tus orejas,
Si no se desvanece el triste acento
Como mis esperanzas en el viento.
Oyéme con los ojos,
Ya que están distantes los oídos,
Y de ausentes enojos
En ecos de mi pluma mis gemidos;
Y ya que á tí no llega mi voz ruda
Oyéme sordo, pues me quejo muda.
Si del campo te agradas
Goza de sus frescuras venturosas,
Sin que aquestas cansadas
Lágrimas te detengan enfadosas,
Que en él verás, si atento te entretienes,
Ejemplos de mis males y mis bienes.
Si al arroyo parlero
Ves galan de las flores en el prado
Que amante y lisonjero
A cuantas mira intima su cuidado,
En su corriente mi dolor te avisa
Que á costa de mi llanto tiene risa.

Si ves que triste llora
Su esperanza marchita en ramo verde
 Tórtola gemidora,
En él y en ella mi dolor te acuerde,
Que imitan con verdor y con lamento
El mi esperanza y ella mi tormento.
 Si la flor delicada,
Si la peña que altiva no consiente
 Del tiempo ser hollada,
Ambas me imitan aún que variamente,
Ya con fragilidad, ya con dureza,
Mi dicha aquélla y ésta mi firmeza.
 Si ves el ciervo herido,
Que baja por el monte acelerado,
 Buscando dolorido
Alivio al mal en un arroyo helado,
Y sediento al cristal se precipita,
No en el alivio, en el dolor me imita.
 Si la fiebre encojida
Huye medrosa de los galgos fieros,
 Y por salvar la vida
No deja estampa de los piés ligeros :
Tal mi esperanza en dudas y recelos
Se ve acosada de villanos celos.
 Si ves el cielo claro,
Tal es la sencillez del alma mía,
 Y si de luz avaro
De tinieblas emboza el claro día,
Es con su oscuridad y su inclemencia
Imágen de mi vida en esta ausencia.
 Así que, Fabio amado,

Saber puedes mis males sin costarte
La noticia cuidado,
Pues puedes de los campos informarte,
Y pues yo á todo mi dolor ajusto,
Saber mi pena, sin dejar tu gusto.
¿Mas cuándo ¡ ay gloria mía!
Mereceré gozar tu luz serena?
¿Cuándo llegará el día
Qué pongas dulce fin á tanta pena?
¿Cuándo veré tus ojos, dulce encanto,
Y de los míos quitarás el llanto?
¿Cuándo tu voz sonora
Herirá mis oídos delicada,
Y el alma que te adora
De inundación de gozos anegada,
A reciberte con amante prisa
Saldrá á los ojos desatada en risa?
¿Cuándo tu luz hermosa
Revestirá de gloria mis sentidos?
¿Y cuándo yo dichosa
Mis suspiros daré por bien perdidos,
Teniendo en poco el precio de mi llanto,
Que tanto ha de penar quien goza tanto?
¿Cuándo de tu apacible
Rostro alegre veré la luz afable,
Y aquel bien indecible
A toda humana pluma inexplicable?
¿Que mal se ceñirá á lo definido
Lo que no cabe en todo lo sentido?
Ven, pues, mi prenda amada,
Que ya fallece mi cansada vida

De esta ausencia pesada ;
Ven, pues, que mientras tarda tu venida,
Aunque me cueste, su verdor enojos ;
Regaré mi esperanza con mis ojos.

GLOSA

Si de mis mayores gustos.
Mis gustos han nacido,
Gustos al cielo le pido,
Aunque me cuesten disgustos.

¡Qué mal, Fabio, resiste
Mi amor mi suerte penosa,
Pues la estrella que me asiste,
De una causa muy gustosa
Produce un efecto triste!

Porque mis pesados sustos,
Que padezco desiguales
En mis pesares injustos,
No nacieron de mis males,
Sí de mis mayores gustos

Y de manera me ordena
Los sucesos mi desdicha,
Que como los encadena,
Lo futuro de una dicha
Es posesion de una pena.

Todo lo debo á Cupido,
Pues de un favor que me dá,

Que es siempre de prometido,
Aún no está engendrado, y ya
Más disgustos han nacido.

Y aún han hecho efectos tales
De mi estrella los desdenes
Con efectos desiguales,
Que aborrezco ya á los bienes
Como á causas de los males.

Y así no llora el sentido
El ver que carezco aquí
De las dichas que he tenido,
Porque sólo para tí
Gustos al cielo le pido.

Pues te quiero de manera,
Y el bien así me limitó,
Que al cielo le agradeciera
Si el gusto que á mí me quitó
A tí, Fabio, te le diera.

Que estimo tanto tus gustos,
Que sin mirar ni pesar,
O sean justos ó injustos,
Tus gustos he de comprar,
Aunque me cuesten disgustos.

DÉCIMAS

Dime, vencedor rapáz,
Vencido de mi constancia,
¿Qué ha sacado tu arrogancia
De alterar mi firme paz?
Que aunque de vencer capaz
Es la punta de tu harpon
El más duro corazon,
¿Qué importa el tiro violento
Si á pesar del vencimiento
Queda viva la razon?

Tienes grande señorío,
Pero tu jurisdicción
Domina la inclinación,
Más no pasa al albedrío;
Y así librarne confío
De tu loco atrevimiento,
Pues aunque rendida siento
Y presa la libertad,
Se rinde la voluntad,
Pero no el consentimiento.

En dos partes dividida
Tengo el alma en confusión.

Una, esclava á la pasión,
Y otra á la razón medida.
Guerra civil encendida
Allije el pecho importuna,
Quiere vencer cada una,
Y entre fortunas tan varias
Morirán ambas contrarias,
Pero vencerá ninguna.

 Cuando fuera, amor, te veía,
No merecí de ti palma,
Y hoy que estás dentro del alma,
Es resistir valentía.
Córrese, pues, tu porfía
De los triunfos que te gano,
Pues cuando ocupas tirano
El alma sin resistillo,
Tienes vencido el castillo,
É invencible el castellano.

 Invicta razón alienta
Armas contra tu vil saña,
Y el pecho es corta campaña
A batalla tan sangrienta;
Y así, amor, en vano intenta
Tu esfuerzo loco ofenderme,
Pues podré decir, al verme
Esperar sin entregarme,
Que conseguiste matarme,
Más no pudiste vencerme.

REDONDILLAS

A UNA PRESUMIDA

Que te dan en la hermosura
La palma, dices, Leonor,
La de vírgen es mejor,
Que tu cara la asegura.

No te precies con descoco
Que á todos robas el alma,
Que si te han dado la palma
Es, Leonor, porque eres coco.

REDONDILLAS

A UN BORRACHO LINAJUDO

Por que tu sangre se sepa
Cuentas á todos, Alfeo,
Que es de reyes, y yo creo
Que eres de muy buena cepa.

Y que pues á cuantos topas
Con esos reyes enfadas,
Que más que reyes de espadas
Debieron de ser de copas.

REDONDILLAS

A UN SOBERBIO

El no ser de padre honrado
Fuera defecto á mi ver,
Si como recibí el sér
De él, se lo hubiera yo dado.

Más piadosa fué tu madre,
Que hizo que á muchos sucedas,
Para que entre tantos puedas
Tomar al que más te cuadre.

REDONDILLAS

Silvio, tu opinion va errada,
Que en lo común, si se apura,
No admiten por hermosura
Hermosura enamorada.

Pues si hacen de la extrañeza
El atractivo más grato,
Es el agrio de lo ingrato
La sazen de la belleza.

Porque gozando excepciones
De perfeccion más que humana,
La acredita soberana
Lo libre de las pasiones.

Que no se conserva bien,
Ni tiene seguridad
La rosa de la beldad
Sin la espina del desden.

Más si el amor hace hermosuras,
Pudiera excusar ufana,
Con merecer la manzana,
La contienda de las diosas.

Belleza llevo á tener
De mano tan generosa,
Que dices, que seré hermosa
Solamente con querer.

Y así, en la lid contenciosa
Fuera siempre la triunfante,
Que pues nadie tan amante,
Luégo nadie tan hermosa.

Más si de amor el primor
La belleza me asegura,
Te deberé la hermosura,
Pues me causas el amor.

Del amor tuyo confío
La beldad que me atribuyo
Porque, siendo obsequio tuyo
Resulta en provecho mío.

Pero á todo satisfago
Con ofrecerte de nuevo
La hermosura que te debo,
Y el amor con que te pago.

REDONDILLAS

Este amoroso tormento
Que en mi corazon se ve,
Se que lo siento, y no sé
La causa por que lo siento.

Siento una grande agonía
Por lograr un devaneo,
Que empieza como deseo
Y pára en melancolía.

Y cuando con más terneza
Mi infeliz estado lloro,
Sé que estoy triste, é ignoro
La causa de mi tristeza.

Siento un anhelo tirano
Por la ocasion á que aspiro,
Y cuando cerca la miro,
Yo misma aparto la mano.

Porque si acaso se ofrece,
Despues de tanto desvelo,
La desazona el recelo,
ó el susto la desvanece.

Y si alguna vez sin susto
Consigo tal posesion,
Cualquiera leve ocasion
Me malogra todo el gusto.

Siento mal del mismo bien
Con receloso temor,
Y me obliga el mismo amor
Tal vez á mostrar desden.

Cualquier leve ocasion labra
En mi pecho de manera
Que el que imposibles venciera,
Se irrita de una palabra.

Con poca causa ofendida
Suelo en mitad de mi amor
Negar un leve favor
A quien le diera la vida.

Ya sufrida, ya irritada,
Con contrarias penas lucho,
Que por él sufriré mucho,
Y con él sufriré nada.

No sé en que lógica cabe
El que tal cuestion le pruebe,
Que por él, lo grave es leve,
Y con él, lo leve es grave.

Sin bastantes fundamentos,
Forman mis tristes cuidados

De conceptos engañados
Un monte de sentimientos.

Y en aquel fiero conjunto
Hallo, cuando se derriba,
Que aquella máquina altiva
Sólo estribaba en un punto.

Tal vez el dolor me engaña,
Y presumo sin razon
Que no habrá satisfaccion
Que pueda templar mi saña.

Y cuando á averiguar llego
El agravio porque riño,
Es como espanto de niño,
Que pára en burlas y juego.

Y aún que el desengaño loco,
Con la misma pena lucho
De ver que padezco mucho,
Padeciendo por tan poco.

A vengarle se abalanza
Tal vez el alma ofendida,
Y después arrepentida
Toma de mí otra venganza.

Y si al desden satisfago,
Es con tan ambiguo error,
Que yo pienso que es rigor
Y se remata en halago.

Hasta el labio desatento
Suele equívoco tal vez,
Por usar de la altivez
Encontrar el rendimiento.

Cuando por soñada culpa
Con más enojo me incito
Yo le acrimino el delito,
Y le busco la disculpa.

No huyo el mal, ni busco el bien,
Porque, en mi confuso error,
Ni me asegura el amor,
Ni me despecha el desden.

En mi ciego devaneo,
Bien hallada con mi engaño,
Solicito el desengaño,
Y no encontrarlo deseo.

Si alguno mis quejas oye,
Más á decir las me obliga,
Porque me las contradiga
Que no por que las apoye

Porque si con la pasión
Algo contra mi amor digo,
Es mi mayor enemigo
Quien me concede razón.

Y si acaso en mi provecho
Hallo la razón propicia,

Me embaraza la justicia
Y ando cediendo el derecho.

Nunca hallo gusto cumplido
Porque entre alivio y dolor,
Hallo culpa en el amor
Y disculpa en el olvido.

Esto de mi pena dura
Es algo del dolor fiero,
Y mucho más no refiero,
Porque pasa de locura.

Si acaso me contradigo
En este confuso error,
Aquel que tuviere amor
Entenderá lo que digo.

ROMANCE

Gallardo jóven ilustre,
Que en bien logrados abril
De sazón temprana ofreces
Frutos que el otoño envidie.
Tú que en gloriosa palestra
De las literarias lides
Al alto honor de la ciencia
Nuevo añades sacro timbre.
Tú porque el tiempo nunca
En sus anales te olvide,
Con los instantes que logras,
Eternos espacios mides.
Cuyo nombre será siempre
En inscripciones plausibles,
Fatiga honrosa á los bronce,
Dulce afán á los buriles.
Cuyas cláusulas sonoras
Dan ocupación felice
Á la fama, que las canta
Y al eco, que las repite.
Porque impedido el aliento
Del bronce que lo comprime,
Pisó de la eternidad
Imaginarios confines.

Hoy que doctoral insignia
Tu dichosa frente ciñe,
Y que de la amarga siembra
Gustosos frutos percibes,
Goza el laurel, goza el premio
Que tu fama te apercibe,
Puro blason que te adorne,
Cándido honor que te anime.
Gózale honroso, aunque corto,
Desigualmente compite,
El que tus sienes halaga
Al que tus méritos pide.
Goza el tan debido premio,
Y ese candor que te viste,
Si no corona tu ciencia,
Por lo ménos la publique.
Aguila del sol más alto
Registre sus rayos lince,
No ménos que á tanto objeto
Tanto espíritu se incline.
Gózate excepcion del tiempo,
Y porque el mundo te admire;
Vive tanto como sabes,
Goza tanto como vives.

ROMANCE

Si el día en que tu naciste,
Bellísima excelsa Elvira,
Es ventura para todos,
¿Porqué no lo será mía?
¿Nací yo acaso en las yerbas,
Ó criéme en las hortigas?
¿Fué mi ascendiente algun riscó,
Ó mi cuna alguna sima?
¿No soy yo gente? ¿No es forma
Racional la que me anima?
¿No desciendo, como todos,
De Adán por mi recta línea?
¿No hay sindérisis en mí
Con que lo mejor elija,
Y ya que bien no lo entienda
Por lo ménos lo percibas?
¿Pues porqué no he de ir á verte
Cuando todos te visitan?
¿Soy ave nocturna para
No poder andar de día?
Si porque estoy encerrada
Me tienes por impedida,
Para estos impedimentos
Tiene el afecto sus limas;

Para el alma no hay encierro,
Ni prisiones que la impidan,
Porque sólo la aprisionan
Las que se forma ella misma.
Sútil y ágil el deseo,
No hay cuando sus plumas gira
Solidez que no penetre,
Ni distancia que no mida.
Mejorados van mis ojos
Cuando á verte se destinan,
Pues para que ellos te vean
Retiró el alma la vista.
Contento con mi carencia
Mi respeto sacrifica,
Por el culto que te doy,
El gusto que se me priva.
Entre el gusto y el decoro
Quiere la razon que elija
Lo que es adoracion tuya
Antes que la fruicion mía.
Yo me alegro de no verte,
Porque fuera grosería
Que te cueste una indecencia
El que yo logre una dicha.
Á objeto tanto ella sola
Llegara ménos indigna,
Porque nunca á la deidad
Los ojos mortales miran.
Allá voy á verte, pero
Perdóname la mentira,
Que mal puede ir á un lugar

El que siempre en él habita.
Yo siempre de tu asistencia
Soy la mental estantigua,
Que te asisto y no me sientes,
Que te sirvo y no me miras.
Yo, envidiosa de la esfera
Dichosa que tu iluminas,
Formo de mis pensamientos
Las alfombras que tu pisas,
Y aunque invisible, allí el alma
Te venera tan rendida,
Que apénas logra el deseo
Desperdicios de tu vida.
Más cierto que del asunto
Estoy más de cuatro millas,
Que leguas dijera á no
Ser el asonante en ía,
Revístome de dar años
Que aunque tan no parecida
Dádiva en las damas, es
De la que tu necesitas.
Pues es tan breve el espacio
De tu juventud florida,
Que á otras se les darán años,
Pero á tí se te dán días.
Yo te los doy, y no pienses
Que voy desapercibida
De las alhajas que observa
Hoy la etiqueta precisa.
Pues si de los años es
Una cadena la insignia,

Yo tengo la de tu esclava,
Mira si hay otra más rica.
Por joyel un corazón
Que en vez de diamantes brilla
El fondo de mi fineza,
El resplandor de mi dicha.
Gózeslos como desco,
Como mercedes los vivas,
Que en lo que quiero y mercedes
Dos infinitos se cifran.
Que pues vives de lucir
De los lustros la medida,
Pues que se dijo *á lustrando*,
Sólo en tí se verifica.
No quiero cansarte más,
Porque de que estés, es día,
Hermosa, á más no poder,
Y de adrede desabrida.

ROMANCE

Afuera, afuera, ansias mías,
No el respeto se embaraze,
Que es lisonja de la pena
Perder el miedo á los males.
Salga el dolor á las voces
Si quiere mostrar lo grande,
Y acredite lo insufrible
Con no poder ocultarse.
Salgan signos á la boca
De lo que el corazon arde,
Que nadie creerá el incendio
Si el humo no da señales.
No á impedir el grito sea
El miramiento bastante,
Que no es muy valiente el preso
Que no quebranta la cárcel.
Él que su cuidado estima
Sus sentimientos no calle,
Que es agravio del motivo
No hacer del dolor alarde.
Mayor es, que yo, mi pena,
Y, esto supuesto, más fácil
Será que ella á mí me venza
Que no que yo en ella mande.

ROMANCE

Seguro me juzga Gila;
Porque no la pido celos,
Cuando el no pedirlos es
Indicio de que los tengo.
Vela mi sospecha, y cuanto
Más padezco en mi silencio,
Me quita el dolor el habla,
Y ella piensa que es el sueño.
Mis agravios disimulo,
Temiendo su rompimiento,
Con que en mi boca es mordaza
Lo que en ella juzgo freno.
Pérdida de mi caudal
Es tu amoroso comercio,
Pues lo que me cuesta más
Me lo paga á ménos precio.
Pierdo con su compañía,
Pues siendo el trato uno mismo,
Pasa ella los contrabandos
Y yo los indultos debo.
En fin, yo muero callando,
Y ella juzga que en mi pecho,
Le debe á mi confianza
Los obsequios de mi miedo.

ROMANCE

Si el desamor ó el enojo
Satisfacciones admiten,
Y si tal vez los rigores
De urbanidades se visten
Escucha, Fabio, mis males,
Cuyo dolor si se mide
Aún él mismo padecerlo
No lo sabrá hacer creible.
Oye mi altivez postrada,
Porque son incompatibles
Un pundonor que se ostente
Con un amor que se humille.
Escucha de mis afectos
Las tiernas voces humildes,
Que en enfáticas razones
Dicen más de lo que dicen.
Que si despues de escucharme
Rigor en tu pecho asiste,
Informaciones de bronce
Te acreditan de insensible.
No amarte tuve propuesto,
Más proponer de qué sirve,
Si á persuasiones sirenas
No hay propósitos Ulises.

Pues es, aunque se prevenga
En las amorosas lides,
El griego ménos prudente
Y más engañosa Circe.
¿Ni qué importa que en un pecho
Donde la pasión reside,
Se resista la razón
Si la voluntad se rinde?
En fin, me rendí; ¿qué mucho
Si mis errores conciben
La esclavitud como gloria,
Y como pensión lo libre?
Aún en mitad de mi enojo
Estuvo mi amor tan firme,
Que á pesar de mis alientos,
Aunque no quise, te quise.
Pensé desatar el lazo
Que mi libertad oprime,
Y fué apretar la lazada
El intentar desasirme.
Si de tus méritos nace
Esta pasión que me aflige,
¿Cómo el efecto podrá
Cesar si la causa existe?
¿Quién no admira que el olvido
Tan poco del amor diste
Que quien camina el primero
El segundo se avecine?
No, pues, permitais, mi Fabio,
Si en ti el mismo afecto vive,
Que un leve enojo blasone

Contra un amor invencible.
No hagas que un amor dichoso
Se vuelva en afecto triste,
Ni que las aras de Anteros
A Cupido se dediquen.
Deja que nuestras dos almas,
Pues un mismo amor las rije,
Teniendo la union en poco
Amantes se identifiquen.
Un espíritu amoroso
Nuestras dos vidas anime,
Y Lachesis al formarlos
De un solo copo los hile.
Nuestros dos conformes pechos
Con solo un aura respiren,
Un destino nos gobierne
Y una inclinacion nos guie.
Y, en fin, á pesar del tiempo
Pase nuestro amor felice,
De las puertas de la Parca,
Unidad indivisible.
Donde siempre amantes formas
Nuestro eterno amor envidien
Los Leandros y las Eros,
Los Piramos y las Tisbes.

ENDECHAS

Divino dueño mio,
Si al tiempo de apartarme
Tiene mi amante pecho
Alientos de quejarse,
Oye mis penas, mira mis males.

Aliéntese el dolor,
Si puede lamentarse,
Y á vista de perderte
Mi corazon exhale
Llanto á la tierra, quejas al aire.

Apénas de tus ojos
Quise al sol elevarme,
Cuando mi precipicio
Dá, en sentidas señales,
Venganza al fuego, nombre á los manes.

Apénas tus favores
Quisieron coronarme
Dichoso más que todos,
Felice como nadie,
Cuando los gustos fueron pesares.

Sin duda el ser dichoso
Es la culpa más grave,
Pues mi fortuna adversa
Dispone que la pague,
Con que á mis ojos tus luces falten.

¡ Ay dura ley de ausencia !
¿ Quién podrá derogarte
Si adonde yo no quiero
Me llevas, sin llevarme,
Con alma muerto vivo cadáver ?

Será de tus favores
Sólo el corazón cárcel,
Por ser aún el silencio,
Si quiero que los guarde,
Custodio indigno, sigilo frágil.

Y puesto que me ausento
Por el último vale,
Te prometo rendido
Mi amor, y sé, constante,
Siempre quererte, nunca olvidarte.

ROMANCE

Traigo conmigo un cuidado,
Y tan esquivo, que creo
Que aunque sé sentirlo tanto
Aún yo mismo no lo siento.
Es amor, pero es amor
Que, faltándole lo ciego,
Los ojos que tiene son
Para darle más tormento.
El término no es *á quo*.
Que causa el pesar que veo,
Que siendo el término el bien
Todo el dolor es el medio.
Si es lícito y aún debido
Este cariño que tengo,
¿ Porqué me han de dar castigo
Porqué pago lo que debo?
¡ Oh cuánta fineza, oh cuántos
Cariños he visto tiernos !
Que amor que se tiene en Dios
Es calidad sin opuestos.
De lo lícito no puede
Hacer contrarios conceptos,
Con que es amor que al olvido
No puede vivir expuesto.

Yo me acuerdo (¡ oh nunca fuera !)
Que he querido en otro tiempo
Lo que pasó de locura
Y lo que excedió de extremo.
Más como era amor bastardo
Y de contrarios compuesto,
Fué fácil desvanecerse
De achaque de su sér mesmo.
Más ahora (¡ ay de mí !) está
Tan en su natural centro
Que la virtud y razon
Son quien aviva su incendio.
Quien tal oyere dirá
Que si es así ¿ porqué peno ?
Más mi corazon ansioso
Dirá que por eso mesmo.
¡ Oh humana flaqueza nuestra
Adónde el más puro afecto
Aún no sabe desnudarse
Del natural sentimiento !
Tan precisa es la apetencia,
Que á ser amados tenemos
Que aún sabiendo que no sirve.
Nunca dejarla sabemos.
Que corresponda á mi amor
Nada añade, más no puedo
Por más que lo solicito
Dejar yo de apetecerlo.
Si es delito, ya lo digo,
Si es culpa, ya lo confieso ;
Más no puedo arrepentirme

Por más que hacerlo pretendo.
Bien ha visto quien penetra
Lo interior de mis secretos,
Que yo misma estoy formando
Los dolores que padezco,
Bien sabe que soy yo misma
Verdugo de mis deseos ;
Pues muertos entre mis ansias
Tienen sepulcro en mi pecho.
Muerdo (¿ quién lo creerá ?) á manos
De la cosa que más quiero,
Y el motivo de matarme
Es el amor que le tengo.
Así alimentando triste
La vida con el veneno,
La misma muerte que vivo
Es la vida con que muerdo.
Pero valor, corazón,
Por que en tan dulce tormento
En medio de cualquier fuerte
No dejar de amar protesto.

ROMANCE

Miéntras la gracia me excita
Por elevarme á la esfera,
Más me abate hasta el profundo
El peso de mis miserias.
La virtud y la costumbre
En el corazon pelean,
Y el corazón agoniza
En tanto que lidian ellas.
Y aunque es la virtud tan fuerte,
Temo que tal vez la venzan,
Que es muy grande la costumbre,
Y está la virtud muy tierna.
Oscurécese el discurso
Entre confusas tinieblas;
¿Pues quién podrá darme luz
Si está la razon á ciegas?
De mí misma soy verdugo
Y soy cárcel de mí misma;
¿Quién vió que pena y penante
Una propia cosa sean?
Hago disgusto á lo mismo
Que más agradar quisiera,
Y del disgusto que doy
En mí resulta la pena.

Amo á Dios y siento en Dios,
Y hace mi voluntad misma
De lo que es alivio, cruz,
Del mismo puerto, tormenta.
Padezca pues Dios lo manda ;
Más de tal manera sea
Que si son penas las culpas,
Que no sean culpas las penas.

DÉCIMA

Fuerza es que os llegue á decir
Que sin salud llevo á estar
De vivir para estudiar
Y no estudiar el vivir,
Y así el llegar á escribir
De agena letra, no hacer
Novedad os pueda al ver
Que haya resuelto al serviros
Por no poder escribiros
Escribiros por poder.

OBRAS DRAMATICAS.

LOS EMPEÑOS DE UNA CASA

COMEDIA FAMOSA

INTERLOCUTORES

DON CARLOS.
DON JUAN.
DON PEDRO.
CELIA.
HERNANDO.
CASTAÑO.

BON RODRIGO.
DOÑA LEONOR.
DOÑA ANA.
Dos Embozados.
Coros de música.

JORNADA PRIMERA

SALEN DOÑA ANA Y CELIA.

DOÑA ANA.

Hasta que venga mi hermano,
Celia, le hemos de esperar.

CELIA.

Pues eso será velar,
Porque él juzga que es temprano
La una ó las dos : y á mi ver
Aunque es grande ociosidad
Viene á decir la verdad,
Pues viene al amanecer.
¿Más porqué ahora te dió
Esa gana de esperar,
Si te entras siempre á acostar
Tú, y le espero sola yo?

DOÑA ANA.

Has de saber, Celia mía,
Que aquesta noche ha fiado
De mí todo su cuidado,
Tanto de mi afecto fía.
Bien sabes tú que él salió
De Madrid dos años há,
Y á Toledo donde está
Á una cobranza llegó,
Pensando luégo volver,
Y así en Madrid me dejó,
Donde estando sola yo,
Y poder ser vista y ver,
Me vió don Juan y le ví,
Y me solicitó amante,
Á cuyo pecho constante
Atenta correspondí;
Cuando, ó por no ser tan llano
Como el pleito se juzgó,
Ó lo cierto porque no
Quería irse mi hermano
Por que vive aquí una dama
De perfecciones tan sumas
Que dicen que faltan plumas
Para alabarla á la Fama,
De la cual enamorado
Aunque no correspondido,
Por conseguirla perdido
En Toledo se ha quedado,
Y por que yo no estuviere
Sola en la corte sin él,

Ó por que á su amor cruel
De algun alivio le fuese,
Dispuso que venga aquí
Á vivir yo, que al instante
Dé cuenta á Don Juan, que, amante,
Vino á Toledo tras mí;
Fineza á que agradecida
Toda el alma estar debiera,
Si ya; ¡ ay de mí! no estuviera
Del empeño arrepentida,
Porque el amor que es villano
En el trato y la bajeza
Se ofende de la fineza.
Pero, volviendo á mi hermano,
Sábeta que él ha inquirido
Con obstinada porfia
Que motivo haber podía
Para no ser admitido,
Y hallando que es otro amor,
Aunque yo no sé de quien,
Sintiendo más que el desden
Que otro gozase el favor,
Que como este fiero engaño
Es envidioso veneno,
Se siente el provecho ageno
Mucho más que el propio daño :
Sobornando, ¡ oh vil costumbre
Que así la razon estraga !
¡ Qué es tan ciego amor, que paga
Porque le den pesadumbre !
Una criada que era

De quien ella se fiaba,
En el estado que estaba
Su amor con el fin que espera
Y con los demás que pasa,
Supo de la infiel criada,
Que estaba determinada
Á salirse de su casa
Esta noche con su amante;
De que mi hermano furioso,
Como á quien está celoso
No hay peligro que le espante,
Con unos hombres trató
Que finjiéndose justicia,
Mira que astuta malicia,
Prendán al que la robó,
Y que al pasar por aquí
Al galan y dama bella,
Como en depósito; á ella
Me la entregasen á mí,
Y que luégo al apartarse,
Como que acaso ellos van
Descuidados, al galan
Dén lugar para escaparse,
Con lo cual claro se arguye
Que él se valdrá de los piés
Huyendo, pues piensa que es
La justicia de quien huye;
Y mi hermano con la traza
Que su amor ha discurrido,
Sin riesgo habrá conseguido
Traer su dama á su casa,

Y en ella es bien fácil cosa
Galantearla abrasado
Sin que él parezca culpado,
Ni ella pueda estar quejosa,
Porque si tanto despecho
Ella llegase á entender,
Visto es que ha de aborrecer
Á quien tal daño le ha hecho.
Aquesto que te he contado,
Celia, tengo que esperar;
¿Mira como puedo entrar
Á acostarme sin cuidado?

CELIA.

Señora, nada me admira,
Que en amor no es novedad
Del color de la mentira;
Ni quien verá que se espante
Si lo que es llega á entender.
Temeridad de mujer,
Ni resolucion de amante,
Ni de traidoras criadas,
Que eso en todo el mundo pasa,
Y quizá dentro de casa
Hay algunas calderadas.
Sólo admirádome han,
Por las acciones que has hecho,
Los indicios que tu pecho
Dá en olvidar á Don Juan.
Y no sé porque el cuidado
Das en trocar en olvido,
Cuando ni causa has tenido

Tú, ni Don Juan te la ha dado.

DOÑA ANA.

Que él no me la dá, es verdad,
Que no la tengo, es mentira.

CELIA.

¿De qué modo?

DOÑA ANA.

¿Qué te admira?

Es ciega la voluntad;
Tras mí, como sabes, vino
Amante y fino Don Juan,
Quitándose de galan
Lo que se añade de fino
Sin dejar á que aspirar
Á la ley del albedrío,
Porque si él es ya tan mío
¿Qué tengo que desear?
Pero no es aquella sola
La causa de mi despego,
Sino porque ya otro fuego
En mi pecho se acrisola.
Suelo en esta calle ver
Pasar á un galan mancebo,
Que si no es el mismo Febo,
Yo no sé quien puede ser.
Á éste ¡ay de mí! Celia mía,
No sé si es gusto ó capricho,
Y... pero ya te lo he dicho
Sin saber que lo decía

CELIA.

¿Lloras?

DOÑA ANA.

¿Pues no hé de llorar?
¡Ay infeliz de mí! ¿cuándo
Conozco que estòy errando
Y no me puedo emendar?

CELIA (Aparte).

Que buenas nuevas me dan
Con esto que ahora he oido;
Para tener yo escondido
En su cuarto al tal Don Juan
Que, habiendo notado el modo
Con que le trata enfadada,
Quiere hacer la tarquinada
Y dar al traste con todo.
¿Y quién, señora, ha logrado
Tu amor?

DOÑA ANA.

Sólo decir puedo
Que es un Don Cárlos de Olmedo
El galan. Más han llamado
Mira quien es, que despues
Te hablaré, Celia.

CELIA.

¿Quién llama?

Dentro. — La justicia.

DOÑA ANA.

Esta es la dama;
Abre, Celia.

CELIA.

Entre quien es.

Entran embozados y Doña Leonor

EMBOZADOS.

Señora, aunque yo no ignoro
El decoro de esta casa,
Pienso que al entrar en ella
Ha sido más venerarla
Que ofenderla; y así, os ruego
Que me tengais esta dama
Depositada, hasta tanto
Que se averigüe la causa
Porque le dió muerte á un hombre
Otro que la acompañaba;
Y perdonad, que á hacer vuelvo
Diligencias no excusadas
En tal caso.

Vanse

DOÑA ANA.

¿Qué es aquesto?
Celia, á aquellos hombres llama
Que lleven esta mujer,
Que no estoy acostumbrada
A oír estas liviandades.

CELIA (Aparte).

Bien la deshecha mi ama
Hace de querer tenerla.

DOÑA LEONOR.

Señora, en la boca el alma
Tengo; ay de mí! si piedad
Mis tiernas lágrimas causan
En tu pecho, hablar no acierto,
Te suplico arrodillada
Que ya que no de mi vida,

Tengas piedad de mi fama,
Sin permitir, puesto que
Ya una vez entré en tu casa,
Que á otra me lleven adonde
Corra mayores borrascas
Mi opinion, que á ser mujer
Como imaginas, liviana,
Ni á tí te hiciera este ruego,
Ni yo tuviera estas ansias.

DOÑA ANA.

A lástima me ha movido
Tu belleza y tu desgracia.
Bien dice mi hermano, Celia.

CELIA.

Es belleza sobre humana
Y si está así en la tormenta,
¿Cómo estará en la bonanza?

DOÑA ANA.

Alzad del suelo, señora,
Y perdonad si turbada
Del repentino suceso,
Poco atenta y cortesana
Me he mostrado, que ignorar
Quien sois pudo dar la causa
A la extrañeza; más ya
Vuestra persona gallarda
Informa en vuestro favor,
De suerté que toda el alma
Ofrezco para serviros.

DOÑA LEONOR.

Déjame besar tus plante.

Bella deidad cuyo templo,
Cuyo culto, cuyas aras
De mi deshecha fortuna
Son el asilo.

DOÑA ANA.

Levanta,

Y cuéntame que sucesos
A tal desdicha te arrastran.
Aunque, si eres tan hermosa,
No es mucho ser desdichada.

CELIA (Aparte).

De la envidia que le tiene
No le arriendo la ganancia

DOÑA LEONOR.

Señora, aunque la vergüenza
Me pudiera ser mordaza
Para callar mis sucesos,
La que como yo se halla
En tan infeliz estado,
No tiene por que callarlos ;
Antes pienso que me abono
En hacer lo que me mandas,
Pues son tales los indicios
Que tengo de estar culpada,
Que por culpables que sean
Son más decentes sus causas ;
Y así, escúchame.

DOÑA ANA.

El silencio

Te responda.

CELIA.

Cosa brava.

¿Relacion á media noche
Y con vela? Que no valga.

DOÑA LEONOR.

Si de mis sucesos quieres
Escuchar los tristes casos
Con que ostentan mis desdichas
Lo poderoso y lo vario,
Escucha, por si consigo
Que divirtiendo tu agrado,
Lo que fué trabajo propio
Sirva de ageno descanso,
Ó porque en el desahogo
Hallen mis tristes cuidados
Á la pena de sentirlos
El alivio de contarlos.
Yo nací noble, este fué
De mi mal el primer paso,
Que no es pequeña desdicha
Nacer noble un desdichado:
Que aunque la nobleza sea
Joya de precio tan alto,
Es alhaja que en un triste
Sólo sirve de embarazo;
Porque estando en un sugeto
Repugnan como contrarios,
Entre plebeyas desdichas
Haber respetos honrados.
Decirte que nací hermosa
Presumo que es excusado,

Pues lo atestiguan tus ojos
Y lo prueban mis trabajos;
Sólo diré : aquí quisiera
No ser yo quien lo relato,
Pues en callarlo ó decirlo
Dos inconvenientes hallo :
Porque si digo que fuí
Celebrada por milagro
De discrecion, me desmiento
La necesidad del contarlo ;
Y si lo callo, no informo
De mí, y en un mismo caso
Me desmiento si lo afirmo,
Y lo ignoras si lo callo.
Pero es preciso al informe
Que de mis sucesos hago,
Aunque pase la modestia
La vergüenza de contarlo ;
Para que entiendas la historia
Presuponer asentado
Que mi discrecion la causa
Fué principal de mi daño.
Inclinéme á los estudios
Desde mis primeros años
Con tan ardientes desvelos,
Con tan ansiosos cuidados,
Que reduje á tiempo breve
Fatigas de mucho espacio.
Conmuté el tiempo industriosa
A lo intenso del trabajo,
De modo que en breve tiempo

Era el admirable blanco
De todas las atenciones;
De tal modo, que llegaron
 Avenerar como
Lo que fué adquirido lauro.
Era de mi patria toda
El objeto venerado
De aquellas adoraciones
Que forma el comun aplauso,
Y como lo que decía
Fuese bueno, ó fuese malo,
Ni el rostro lo deslucía,
Ni lo desairaba el garbo,
Llegó la superstición
Popular á empeño tanto,
Que ya adoraban deidad
El ídolo que formaron.
Voló la fama parlera,
Discurrió reinos extraños,
Y en la distancia segura
Acreditó informes falsos.
La pasión se puso antojos
De tan engañosos grados,
Que á mis moderadas prendas
Agradaban los tamaños.
Víctimas en mis aras eran
Devotamente postrados
Los corazones de todos
Con tan comprensivo lazo,
Que habiendo sido al principio
Aquel culto voluntario,

Llegó despues la costumbre
Favorecida de tantos,
Á hacer, como obligatorio,
El festejo cortesano;
Y si alguno disentia
Paradojo ó avisado,
No se atrevia á proferirlo
Temiendo que, por extraño,
Su dictámen no incurriese
Siendo de todos contrario,
En la nota de grosero,
O en la censura de vano.
Entre estos aplausos yo,
Con la atencion zozobrando
Entre tanta muchedumbre,
Sin hallar seguro blanco,
No acertaba á amar alguno,
Viéndome amada de tantos.
Sin temor en los concursos
Defendia mi recato
Con peligro del peligro
Y con el daño del daño.
Con una afable modestiá
Igualando el agasajo,
Quitaba lo general
Lo sospechoso al agrado.
Mis padres en mi mesura
Vanamente asegurados,
Se descuidaron conmigo :
¡ Qué dictámen tan errado !
Pues fué quitar por de fuera

Las guardas y los candados
Á una fuerza que en sí propia
Encierra tantos contrarios.
Y como tan neciamente
Conmigo se descuidaron,
Fué preciso hallarme el riesgo
Donde me perdió el cuidado.
Sucedió, pues, que entre muchos
Que de mi fama incitados
Contestar con mi persona
Intentaban mis aplausos,
Llegó acaso á verme ¡ay cielos!
¿Cómo permitís tiranos
Que un afecto tan preciso
Se forjase de un acaso?
Don Carlos de Olmedo, un jóven
Forastero, más tan claro
Por su origen, que en cualquiera
Lugar que llegue á hospedarlo
Podrá no ser conocido,
Pero no ser ignorado.
Aquí, que me dés te pido
Licencia para pintarlo,
Por disculpar mis errores,
Ó divertir mis cuidados,
Ó por que al ver de mi amor
Los extremos temerarios,
No te admire que el que fué
Tanto, mereciera tanto.
Era su rostro un enigma
Compuesto de dos contrarios,

Que eran valor y hermosura,
Tan felizmente hermanados
Que faltándole á lo hermoso
La parte de afeminado,
Hallaba lo más perfecto
En lo que estaba más falto;
Porque ajando las facciones
Con un varonil desgarro,
No sintió á la hermosura
Tener imperio asentado,
Tan remoto á la noticia,
Tan ageno del reparo

Que aún no le debió lo bello
La atencion de despreciarlo,
Que como en un hombre está
Lo hermoso como sobrado,
Es bueno para tenerlo,
Y malo para ostentarlo.
Era el talle como suyo,
Que aquel talle y aquel garbo
Aunque la naturaleza
Á otro dispusiera darlo,
Sólo le asentara bien
Al espíritu de Cárlos :
Que fué de su providencia
Esmero bien acertado,
Dar un cuerpo tan gentil
A espíritu tan gallardo;
Gozaba un entendimiento
Tan sútil, tan elevado,
Que la edad de lo entendido

Era un mentís en sus años.
Alma de estas perfecciones
Era el gentil desenfado
De un despejo tan airoso,
Un gusto tan cortesano,
Un recato tan amable,
Un tan atractivo agrado,
Que en el más bajo desecido
Se hallaba el primor más alto ;
Tan humilde en los afectos,
Tan tierno en los agasajos,
Tan fino en las persuaciones,
Tan apacible en el trato
Y en todó, en fin, tan perfecto,
Que ostentaba cortesano
Despojos de lo vendido,
Por galas de lo alentado.
En los desdenes sufrido,
En los favores callado,
En los peligros resuelto,
Y prudente en los acasos.
Mira, si con estas prendas,
Con otras más, que te callo,
Quedaría en la más cuerda
Defensa para el recato.
Enfin, yo le amé, no quiero
Cansar tu atencion contando
De mi temerario empeño
La historia caso por caso ;
Pues tu discrecion no ignora
De empeños enamorados,

Que es su ordinario principio
Desasosiego y cuidado,
Su medio, lances y riesgos,
Su fin, tragedias ó agravios.
Creció el amor en los dos
Recíproco, y deseando
Que nuestra feliz union
Lograda en tálamo casto
Confirmase de Himeneo
El indisoluble lazo,
Y porque acaso mi padre
Que ya para darme estado
Andaba entre mis amantes
Los méritos regulando,
Atento á otras conveniencias
No nos fuese de embarazo,
Dispusimos esta noche
La fuga, y atropellando
El cariño de mi padre,
Y de mi honor el recato,
Salí á la calle, y apénas
Entre cobardes recelos
De mi desdicha, fiando
La una mano á las basquiñas
Y á mi manto la otra mano,
Cuando á nosotros resueltos
Llegaron dos embozados :
¿ Qué gente ? dicen, y yo
Con el aliento turbado,
Sin reparar lo que hacia,
Porque suele en tales casos

Hacer publicar secretos
El cuidado de guardarlos,
¡Ay Cárlos! perdidos somos,
Dije, y apénas tocaron
Mis voces á sus oídos,
Cuando los dos arrancando
Los aceros, dijo el uno:
Matadlo, Don Juan, matadlo,
Que esa tirana que lleva,
Es Doña Leonor de Castro,
Mi prima. Sacó mi amante
El acero, y alentado,
Apénas con una punta
Llegó al pecho contrario,
Cuando diciendo: ¡ay de mí!
Dió en tierra, y viendo el fracaso
Dió voces el compañero,
Á cuyo estruendo llegaron
Algunos; y aunque pudiera
La fuga salvar á Cárlos,
Por no dejarme en el riesgo
Se detuvo temerario,
De modo que la justicia
Que acaso andaba rondando,
Llegó á nosotros, y aunque
Segunda vez obstinado
Intentaba defenderse,
Persuadido de mi llanto,
Rindió la espada á mi ruego
Mucho más que á sus contrarios.
Prendiéronle, en fin; y á mí,

Como á ocasion del estrago
Viendo que el que queda muerto
Era Don Diego de Castro,
Mi primo, en tu noble casa,
Señora, depositaron
Mi persona y mis desdichas,
Donde en un punto me hallo
Sin crédito, sin honor,
Sin consuelo, sin descanso,
Sin aliento, sin alivio ;
Y, finalmente esperando
La ejecucion de mi muerte
En la sentencia de Cárlos.

DOÑA ANA

¡ Cielos ! ¿ Qué es esto que escucho ?

(Aparte)

Al mismo que yo idolatro
Es al que quiere Leonor,
¡ Oh qué presto ha vengado
Amor á Don Juan ! ¡ Ay triste !
Señora, vuestros cuidados
Siento como es justo. Celia,
Lleva esta dama á mi cuarto
Mientras yo á mi hermano espero.

CELIA

Venid, Señora.

LEONOR

Tus pasos sigo.

¡ Ay de mí ! pues es fuerza

Obedecer á los hados.

Vanse Celia y Leonor.

DOÑA ANA

Si de Cárlos la gala y bizzarria
Pudo por sí mover á mi cuidado,
¿Cómo parecerá siendo envidiado
Lo que sólo por sí bien parecía?
Si sin triunfo rendirle pretendía,
Sabiendo ya que vive enamorado,
¿Qué victoria será verle apartado,
De quién ántes por suyo le tenía?
Pues perdone Don Juan, que aunque yo
[quiera
Pagar su amor, que á olvido condeno,
¿Cómo podré si ya en mi pena fiera
Introducen los celos su veneno?
Que es Cárlos más galan, y, aunque no fuera,
Tiene de más galan el ser ageno.

Sale Don Cárlos con la espada desnuda y Castaño.

DON CÁRLOS

Señora, si en vuestro amparo
Hallan piedad las desdichas,
Lograd el triunfo mayor
Siendo amparo de las mías.
Siguiendo viene mis pasos
No ménos que la justicia,
Y como huir de ella es
Generosa cobardía,
Al asilo de esos piés
Mi acosado aliento aspira,
Aunque si ya perdí el alma,
Poco me importa la vida.

CASTAÑO

Á mí si me importa mucho;
Y así, señora, os suplica
Mi miedo que me escondais
Debajo de las basquiñas.

DON CARLOS

Calla necio.

CASTAÑO

¿Pues será

La primera vez, si lo miras,
Ésta, que los sacristanes
Á los delincuentes libran ?

DOÑA ANA

Carlos es. ¡ Válgame el cielo !

(Aparte)

La ocasion á la medida
De deseo se me viene
De obligar con bizarrías
Su amor, sin hacer ultraje
Á mi presuncion altiva,
Pues amparándole aquí
Con generosas caricias,
Pues amparándole aquí
Cubriré lo enamorada
Con visos de compasiva.
Y sin ajar la altivez
Que en mi decoro es precisa,
Podré, sin rendirme yo,
Obligarle á que se rinda,
Que aunque sé que ama á Leonor,
Qué voluntad hay tan fina

En los hombres, que si vén
Que otra ocasion los convida
La dejen por la que quieren?
Pues alto amor, ¿qué vacilas,
Si de que puede mudarse
Tengo el ejemplo en mí misma?
Caballero, las desgracias
Suelen del valor ser hijas
Y cebo de las piedades;
Y así, si las vuestras libran
En mí su alivio, cobrad
La respiracion perdida,
Y en esta cuadra, que cae
Á un jardin, entrad aprisa,
Ántes que venga un hermano
Que tengo, y con la malicia
De veros conmigo solo
Otro riesgo os aperciba

DON CARLOS.

No quisiera yo, señora,
Que el amparo de mi vida
Á vos os costara un susto.

CASTAÑO.

¿Ahora en aquello miras?
Cuerpo de quien me parió.

DOÑA ANA.

Nada á mí me desanima,
Venid, que aquí hay una pieza
Que nunca mi hermano pisa
Por ser en la que se guardan
Alhajas, que en las visitas

De cumplimiento me sirven,
Como son, alfombras, sillas
Y otras cosas; y ademas
De aquello, tiene salida
Á un jardin por si algo hubiere,
Y porque nada os aflija
Venid, y os lo mostraré;
Pero ántes será precisa
Diligencia el que yo cierre
La puerta, porque advertida
Salga en llamando mi hermano.

CASTAÑO.

Señor, ¡qué casa tan rica
Y qué dama tan bizarra!
¿No hubieras, pese á mis tripas,
Que claro es que ha de pesarles,
Pues se han de quedar vacías,
Enamorado tú á aquesta
Y no á aquella pobrecita
De Leonor, cuyo caudal
Son cuatro bachillerías?

DON CARLOS.

Vive Dios, villano;

DONA ANA.

Vamos,

(Aparte).

Amor, pues que tú me brindas
Con la dicha, no le niegues
Despues el logro á la dicha.

(Vanse).

Salen Don Rodrigo y Hernando.

DON RODRIGO.

¿Qué me dices, Hernando?

HERNANDO.

Lo que pasa,

Que mi señora se salió de casa.

DON RODRIGO.

¿Y con quién, no has sabido?

HERNANDO.

¿Cómo puede,

Si, como sabes ya, todo Toledo

Y cuantos á él llegaban,

Su belleza é ingenio celebraban?

Con lo cual, conocerse no podía

Qual festejo éra amor, cual cortesía,

En que no sé si tú culpado has sido,

Pues festejarla tanto has permitido,

Sin advertir que aunque era recatada,

Es fuerte la ocasion, y el verse amada;

Y que es fácil que amante é importuno

Entre los otros le agradase alguno.

DON RODRIGO.

Hernando, no me apures la paciencia

Que aqúeste ya no es tiempo de advertencia.

¡Oh fiera! ¿Quién diría

De aquella mesurada hipocresía,

De aquel punto y recato que mostraba,

Qué liviandad tan grande se encerraba

En su pecho alevoso?

¡Oh mujeres! ¡Oh monstruo venenoso?

¿Quién en vosotras fía

Si con igual locura y osadía,

Con la misma medida

Se pierde la ignorante y la entendida?
Pensaba yo, hija vil, que tu belleza
Por la incomodidad de mi probeza,
 Con tu ingenio seria
 Lo que más alto dote te daría;
 Y ahora en lo que has hecho
Conozco que es más daño que provecho
Pues el ser conocida y celebrada
Y por nuevo milagro festejada,
 Me sirve, hecha la cuenta,
Sólo de que se sepa más tu afrenta.
¿Pero cómo á la queja se abalanza
Primero mi valor, que á la venganza?
¿Pero cómo ¡ay de mí! si en lo que lloro
La afrenta sé, y el agresor ignoro?
Y así ofendido sin saber me quedo,
Ni como, ni de quien vengarme puedo.

HERNANDO.

Señor, aunque no sé con evidencia
Quien puede de Leonor causar la ausencia,
 Por el rumor que había
De los muchos festejos que la hacía,
 Tengo por caso llano
Que la llevó Don Pedro de Arellano.

DON RODRIGO.

Pues si Don Pedro fuera,
Dí ¿qué dificultad hallar pudiera
En qué yo por mujer se la entregara
Sin que tan grande afrenta me causara?

HERNANDO.

Señor, como eran tantos los que amaban

Á Leonor y su mano deseaban,
Y á tí te la han pedido,
Temería no ser el elegido :
Que todo enamorado es temeroso,
Y nunca juzga que será el dichoso
Y aunque usando tal medio
Le alabo yo el temor y no el remedio ;
Sin duda por quitar la contingencia
Se quiso asegurar con el ausencia,
Y así, Señor, si tomas mi consejo,
Tú estás cansado y viejo ;
Don Pedro es mozo, rico, y alentado
Y sobre todo el mal ya está causado,
Pórtate con él cuerdo cual conviene
Y ofrécele lo mismo que él se tiene ;
Dile que vuelva á casa Leonor bella
Y luégo al punto cásale con ella,
Y él vendrá en ello, pues no habrá quien huya
Lo que ha de resultar en hora suya :
Y con lo que te ordeno
Vendrás á hacer antídoto el veneno.

DON RODRIGO.

¡ Oh Hernando ! ¡ qué tesoro es tan preciado
Un fiel amigo ó un leal criado !
Buscar á mi ofensor apúisa elijo
Por convertirle de enemigo en hijo.

HERNANDO.

Sí, Señor, que el remedio es bien se aplique
Ántes que el mal, que pasa, se publique.

(Vanse).

Sale Leonor retirándose de Don Juan.

DON JUAN.

Espera, hermosa homicida,
¿ De quién huyes? ¿ Quién te agravia?
¿ Qué harás de quien te aborrece
Si así á quien te adora tratas?
Mira que ultrajas huyendo
Los mismos triunfos que alcanzas,
Pues siendo el vencido yo
Tú me vuelves las espaldas,
Y que haces que se ejerciten
Dos acciones encontradas :
Tú huyendo de quien te quiere ;
Yo siguiendo á quien me mata.

LEONOR.

Caballero, ó lo que sois,
Si apénas en esta casa,
Que á su dueño ignoro, acabo
De poner la infeliz planta,
¿ Cómo quereis que yo pueda
Escuchar vuestras palabras,
Si de ellas entiendo sólo
El asombro que me causan?
Y así, si, como sospecho,
Me juzgais otra, os engaña
Vuestra pasion. Deténcos
Y conoced más cobrada
La atencion, que no soy yo
La que vos buscáis.

DON JUAN.

¡ Ah ingrata !
Sólo eso falta que finjas

Para no escuchar mis ansias,
Como que mi amor tuviera
Condicion tan poco hidalga
Que en escuchar mis lamentos
Tu decoro peligrara;
Pues bien para asegurarte
Las experiencias pasadas
Bastaban de nuestro amor
En que viste veces tantas
Que las olas de mi amor
Cuando más crespas llegaban
Á querer con los deseos
De amor anegar la playa,
Éra margen tu respeto
Al mar de mis esperanzas.

LEONOR.

Ya he dicho que no soy yo,
Caballero, y esto basta;
Idos, ó yo llamaré
Á quien oyendo esas ansias
Las premie por verdaderas,
Ó las castigue por falsas.

DON JUAN.

Escucha.

LEONOR.

No tengo que.

DON JUAN.

Pues, vive el cielo, tirana,
Que forzada me has de oír
Si no quieres voluntaria,

Y ha de escucharme grosero
Quien de lo atento se cansa.

(Cógela de un brazo.)

LEONOR.

¿Qué es esto ? ¡ Cielos, valedme !

DON JUAN.

En vano á los cielos llamas,
Que mal puede hallar piedad
Quien siempre piedad le falta.

LEONOR.

¡Ay de mí ! ¿ No hay quién socorra
Mi inocencia ?

(Salen Don Carlos, y Doña Ana deteniéndole,

DOÑA ANA.

Ténte, aguarda,
Que yo veré lo que ha sido
Sin que tú al peligro salgas
Si es que mi hermano ha venido.

DON CARLOS.

Señora, esta voz el alma
Me ha atravesado, perdona.

DOÑA ANA.

La puerta tengo cerrada,
Y así, de no ser mi hermano
Segura estoy ; más me causa
Inquietud el que no sea,
Que Carlos halle á su dama ;
Pero si ella está en mi cuarto
Y Celia fué á acompañarla,
¿Qué ruido puede ser este ?
Y á oscuras toda la cuadra

Está ¿ Quién va?

DON CARLOS.

Yo, señora,
¿ Qué me preguntas ?

DON JUAN.

Doña Ana,
Mi bien, señora, ¿ porqué
Con tanto rigor me tratas?
¿ Éstas eran las promesas?
¿ Éstas eran las palabras
Qué me distes en Madrid
Para alentar mi esperanza?
¿ Si obediente á tus preceptos,
De tus rayos salamandra,
Girasol de tu semblante,
Alicie de tus luces claras,
Dejé, sólo por servirte
El regalo de mi casa,
El respeto de mi padre,
Y el cariño de mi patria?
Si tú, si no de amorosa,
De atenta y de cortesana,
Diste con tácito agrado
Á entender lo que bastaba
Para que supiese yo
Que era ofrenda mi esperanza,
Admitida en el sagrado
Sacrificio de tus aras,
¿ Cómo ahora tan esquivada
Con tanto rigor me tratas?

DOÑA ANA.

¿Qué es esto que escucho?

¡Cielos!

(Aparte.)

¿No es este Don Juan de Vargas,

Que mi ingratitud ordena,

Y sus finezas ensalza?

¿Pues quién aquí le ha traído?

DON CÁRLOS.

Señora, escucha.

(Llega Don Carlos á Leonor.)

LEONOR.

Hombre, aparta,

Ya te he dicho que me dejes.

DON CÁRLOS

Escucha, hermosa Doña Ana.

Mira que Don Carlos soy,

Á quien tu piedad ampara.

LEONOR.

Don Carlos ha dicho, cielos,

Y hasta en el habla jurara

Que es Don Carlos; y es que como

Tengo á Carlos en el alma,

Todos Carlos me parecen,

Cuando él ¡ay prenda adorada!

En la prision estará.

DON CÁRLOS.

¿Señora?

LEONOR.

Apartad, que basta

Deciros que me dejeis.

DON CÁRLOS.

Si acaso estais enojada
Por que hasta aquí os he seguido,
Perdonad, pues fué la causa
Solamente el evitar
Si algun daño os amenaza.

LEONOR.

¡Valgame Dios, lo que á Cárlos
Parece!

DON JUAN.

¿Qué, en fin, ingrata
Con tal rigor me desprecias?
(Sale Celia con luz.)

CELIA.

Á ver si está aquí mi ama,
Para sacar á Don Juan
Que oculto dejé en su cuadra,
Vengo. ¿Más qué es lo que veo?

LEONOR.

¿Qué es esto? ¡El cielo me valga!
¿Cárlos no es éste que miro?

DON CÁRLOS.

Ésta es Leonor, ¿ó me engaña
La aprension?

DOÑA ANA.

¿Don Juan aquí?
Aliento y vida me faltan.

DON JUAN.

¿Aquí Don Cárlos de Olmeda?
Sin duda que de Doña Ana
Es amante, y que por él

Aleve, inconstante y falsa
Me trata á mí con desden.

LEONOR.

¡ Cielos! ¿ En aquesta casa
Cárlos, cuando amante yo
En la prision le lloraba?
¿ En una cuadra escondido,
Y á mí, pensando que hablaba
Con otra, decirme amores?
Sin duda que de esta dama
Es amante; pero cómo
¿ Si es ilusion lo que pasa
Por mí? ¿ Si á él llevaron preso
Y quedé depositada
Yo? Toda soy un abismo
De penas.

DON JUAN.

Fácil, liviana;
Estos eran los desdeñes,
¿ Tener dentro de su casa
Oculto un hombre? ¡ Ay de mí!
¿ Por esto me desdeñabas?
Pues, vive el cielo, traidora,
Que pues no puede mi saña
Vengar en tí mi desprecio,
Porque aquella ley tirana
Del respeto á las mujeres,
De mis rigores te salva,
Me he de vengar en tu amante.

DOÑA ANA.

Detente, Don Juan, aguarda.

DON CARLOS.

Son tantas las confusiones
En que mi pecho batalla,
Que en su varia confusion
El discurso se embaraza,
Y por discurrirlo todo
Acierto á discurrir nada.
¡Aquí Leonor, cielos! ¿Cómo?

DOÑA ANA.

Detente.

DON JUAN.

Aparta, tirana,
Que á tu amante he de dar muerte.

CELIA.

Señora, mi señor llama,

DOÑA ANA.

¿Qué dices, Celia? ¡Ay de mí!
Caballeros, si mi fama
Os mueve, débaos ahora
El ver que no soy culpada
Aquí en la entrada de alguno
A esconderos, que palabra
Os doy de daros lugar
De que averigüeis mañana
La causa de vuestras dudas;
Pues si aquí mi hermano os halla,
Mi vida y mi honor peligran.

DON CARLOS.

En mí bien asegurada
Está la obediencia, puesto

Que debo estar á tus plantas
Como á amparo de mi vida.

DON JUAN.

Y en mí, que no quiero, ingrata,
Aunque ofendido me tienes,
Cuando eres tú quien lo manda,
Que á otro porque te obedee,
Le quedes más obligada.

DOÑA ANA.

Yo os estimo la atencion ;
Celia, tú en distintas cuabras
Ocultas á los dos, supuesto
Que no es posible que salga,
Hasta la mañana, alguno.

CELIA.

Ya poco término falta,
Don Juan, conmigo venid.
Tú, señora, á esa fantasma
Entrála donde quisieres.

(Vanse Celia y Don Juan.)

DOÑA ANA.

Caballero, en esta cuadra
Vos entrad.

DON CARLOS.

Ya te obedezco.

¡ Oh, quiera el cielo que salga
De tan grande confusion !

(Vase.)

DOÑA ANA.

Leonor, tambien retirada
Puedes estar.

LEONOR.

Yo, señora,
Aunque no me lo mandarás,
Me ocultara mi vergüenza.
(Vase.)

DOÑA ANA.

¿Quién vió confusiones tantas
Como en el breve discurso
De tan pocas horas pasan?
¡Apénas estoy en mí!
(Sale Celia.)

CELIA.

Señora, ya en mi posada
Está. ¿Qué quieres ahora?

DOÑA ANA.

Á abrir á mi hermano baja,
Que es lo que ahora importa, Celia.

CELIA.

Ella está tan asustada,
Que se olvida de saber
Como entró Don Juan en casa;
Más ya pasado el aprieto,
No faltará una patraña
Que decir, y echar la culpa
Á alguna de las criadas,
Que es cierto que donde hay muchas
Se peca de confianza,
Pues unas á otras se culpan
Y una por otras se salva.
(Vase.)

DOÑA ANA.

¡Cielos, en qué empeño estoy!

De Cárlos enamorada,
Perseguida de Don Juan,
Con mi enemiga en mi casa,
Con criadas que me venden,
Y mi hermano que me guarda...
Pero él llega ; disimulo.

(Sale Don Pedro.)

DON PEDRO.

Señora, querida hermana,
Que bien tu amor se conoce,
Y que bien mi afecto pagas,
Pues te halló despierta el sol,
Y te ve vestida el alba.
¿Dónde tienes á Leonor?

DOÑA ANA.

En mi cuadra retirada
Mandé que estuviese, en tanto,
Hermano, que tú llegabas.
¿Más cómo tan tarde vienes?

DON PEDRO.

Porque al salir de su casa
La conoció un deudo suyo,
Á quien con una estocada
Dejó Cárlos casi muerto ;
Y yo viendo alborotada
La calle, aunque no sabian
Quien era y quien la llevaba,
Para que aquel alboroto
No declarara la causa,
Hice, que de los criados
Dos al herido cargaran,

Como de piedad movido,
Hasta llevarle á su casa,
Mientras otros á Leonor
Y á Carlos preso llevaban
Para entregártela á ti,
Y hasta dejar sosegada
La calle venir no quise.

DOÑA ANA.

Fué atencion muy bien lograda;
Pues excusaste mil riesgos
Sólo con esa tardanza.

DON PEDRO.

Eres en todo discreta,
Y pues Leonor sosegada
Está, si á tí te parece,
No será bien inquietarla,
Que para que oiga mis penas,
Teniéndola yo en mi casa,
Sobrado tiempo me queda;
Que no es amante el que trata
Primero de sus alivios
Que no del bien de su dama;
Y tambien para que tú
Te recojas, que ya basta
Por aliviar mis desvelos,
La mala vida que pasas.

DOÑA ANA.

Hermano, yo por servirte
Muchos más riesgos pasara,
Pues somos los dos tan uno
Y tan como propias trata

Tus penas el alma, que
Imagino al contemplarlas
Que tu desvelo y el mio
Nacen de una misma causa.

DON PEDRO.

De tu fineza lo creo.

DOÑA ANA.

Si entendieras mis palabras,

DON PEDRO.

Vámonos á recoger,
Si es que quien ama descansa

DOÑA ANA.

Voy á sosegar me un poco,
Si es que sosiega quien ama,

DON PEDRO.

Amor, si industrias alientas,
Anima mis esperanzas.

DOÑA ANA.

Amor, si tú eres cautelas,
Á mis cautelas ampara.

(Vanse.)

JORNADA SEGUNDA.

SALEN DON CÁRLOS Y CASTAÑO.

DON CÁRLOS.

Castaño, yo estoy sin mí.

CASTAÑO.

Y yo que en todo te sigo
Tan sólo he estado conmigo
Aquel rato que dormí.

DON CÁRLOS.

¿Sabes lo que me ha pasado?
Más juzgo que sueño fué.

CASTAÑO.

Si es sueño, muy bien lo sé;
Y yo también he soñado
Y dormido como dama
Pues los vestidos, Señor,
Que me dió al salir Leonor,
Son quien me sirvió de cama.

DON CÁRLOS.

¿Galas tuyas á llevarlas
Anoche Leonor te dió?

CASTAÑO.

Sí, Señor, si las lió,
¿No era preciso el liarlas?

DON CARLOS.

¿Dónde las tienes?

CASTAÑO.

Allí,

Y en cama quiero rompellas
Que pues yo las cargué á ellas
Ellas me carguen á mí.

DON CARLOS.

Yo he visto, pierdo el sentido,
En esta casa á Leonor.

CASTAÑO.

Aquesto será, Señor,
Que quien bueyes ha perdido,
Y así tú, que en tus amores
Te desvanece el furor,
Como has perdido á Leonor,
Sólo te aparecen Leonores.
Más dime, que te pasó
Con aquella dama bella,
Que así Dios se duela de ella
Como de mí se dolió;
Porque viendo que contigo
Empezaba á discurrir
Me traté yo de dormir
Por excusar un festigo.

DON CARLOS.

Castaño, aquesta es malicia;
Pero lo que paso fué
Que como sabes entré
Huyendo de la justicia;
Que ella atenta y cortesana

Ampararme prometió,
Y en esta cuadra me entró,
Y me dijo que era hermana
De Don Pedro de Arellano,
Y que aquí oculto estaria,
Porque si acaso venia
No me encontrara su hermano;
Y con tanta bizzarria
Me hizo una y otra promesa,
Que con ser tal su belleza
Es mayor su cortesía.
Y discreta y lisonjera,
Alabándome, añadió
Cosas que, á ser vano yo,
Á otro afecto atribuyera;
Pero son quimeras vanas
De jóvenes, altiveces
Que en mirándolas corteses
Luégo las juzgan livianas;
Y sus malicias erradas
En su mismo mal contentas,
Si no las vén desatentas,
No las tienen por honradas.
Y á un pensar tan desigual
Y aún no indigno del desden
Nunca ellas obran bien
Que cuando las tratan mal.
Pues al que se desvanece
Con cualquiera presuncion,
Le hace daño la atencion,
Y es porque no la merece.

Pero, volviendo al suceso
De lo que á mí me pasó,
Ella me favoreció,
Castaño, con grande exceso.
Yo mi historia le conté
Y ella con discreto modo
Quedó de ajustarlo todo
Con tal que yo aquí me esté,
Diciendo que no me diese
Cuidado, que ella lo hacía
Por el riesgo que tenía
Si yo en público saliese.
Condicion para mí que
Imposible hubiera sido,
Á no haberme sucedido
Lo que ahora te diré.
Estando de esta manera,
Oimos, al parecer,
Dar voces una mujer
En otra cuadra de afuera;
Y aunque Doña Ana impedir
Que yo saliese quería,
Venciéndola mi porfía
Por fuerza hube de salir.
Sacó una luz al rumor
Una criada, y con ella
Conocer á Leonor bella
Pude.

CASTAÑO.

¿A quién?

DON CARLOS.

Á mi Leonor.

CASTAÑO.

¿Á Leonor? ¿Hazlo soñado?
¡Ay tan grande bobería!
Yo por loco te tenía,
Pero no tan declarado.
De oirlo sólo me espanto,
Señor, véte poco á poco,
Mira, muy bueno es ser loco,
Más no es bueno serlo tanto.
La locura es conveniente
Por las entradas de mes,
Como Íuna, un si es no es
Cuanto ayude á ser valientes,
Más no, Señor, de manera
Que oyendo esos desatinos
Te me atizben los vecinos
Por que saben la tronera.

DON CARLOS

Pícaro, si no estuviera
Donde estoy...

CASTAÑO.

Tente, Señor,
Que yo tambien ví á Leonor.

DON CARLOS.

¿Adonde?

CASTAÑO.

En tu faltriguera,
Pintado con mil primores.
Y que era viva entendí,

Por que luégo que la ví
Le salieron los colores ;
Y aunque de razon escasa,
No me resolvió la duda,
Yo pensé, viéndola muda,
Que estaba puesta la pasa.

DON CÁRLOS.

¡Qué friolera!

CASTAÑO.

¿Qué te enfadas?

Si viva me pareció,
Algunas he visto yo
Que están vivas y pintadas.

DON CÁRLOS.

Si en belleza es sol Leonor,
¿Para qué afeites quería?

CASTAÑO.

Pues si es sol, ¿cómo podía
Estar sin resplandor?
Más si á Leonor viste, dí,
¿Qué determinas hacer?

DON CÁRLOS.

Quiero esperar hasta ver
Que causa la trajo aquí,
Pues si piadosa mi estrella
Aquí la dejó venir,
¿Adónde tengo de ir
Si aquí me la deajo á ella?
Y así, es mejor esperar
De todo resolucion,
Para ver si hay ocasion

De volvérmela á llevar.

CASTAÑO.

Bien dices ; más hácia acá,
Señor, viene enderezada
Una al parecer criada
De esta casa.

DON CÁRLOS.

¿ Qué querrá ?

(Sale Celia)

CELIA.

Caballero, mi señora
Os ordena que al jardin
Os retireis luégo, á fin
De que ha de salir ahora
Á esta cuadra mi señor,
Y no será bien que os vea ;

(Aparte.)

Aquesto es por que no sea,
Que él desde aquí vea á Leonor.

DON CÁRLOS.

Decidle que mi obediencia
La responde.

(Vase.)

CELIA.

Vuelvo á irme.

CASTAÑO.

¿ Oye V. ? ¿ y querrá oirme ?

CELIA.

¿ Qué he de oir ?

CASTAÑO.

De penitencia.

CELIA.

Por cierto lindos cuidados
Se tiene el muy socarrón.

CASTAÑO.

Pues digo, ¿no es confesion
El decirle mis pecados?

CELIA.

No á mi afecto se abalance
Que son lances excusados.

CASTAÑO.

Si nos tienes encerrados,
¿No te hé de querer de lance?

CELIA.

Ya le he dicho que no me quiera.

CASTAÑO.

¿Pues qué quiere tu rigor,
Si de mi encierro y tu amor
No me puedo hacer afuera?
¿Más siendo criada, te engries?

CELIA.

¿Criada á mí, el muy estropajo?

CASTAÑO.

Calla, que aqueste agasajo
Es porque no te deseries.

CELIA.

Yo me voy, que es fuerza, y luégo,
Si no es juego, volveré.

CASTAÑO.

Juego es; más bien sabé usted
Que tiene vueltas el juego.

(Salen Leonor y Doña Ana.)

DOÑA ANA.

¿Cómo la noche has pasado,
Leonor?

LEONOR.

Decirte, señora,
Que no me lo preguntarás
Quisiera.

DOÑA ANA.

¿Por qué?

(Aparte.)

¡Ah penosa
Atención, que me precisas
Á agradar á quien me enoja!

LEONOR.

Porque si me lo preguntas,
Es fuerza que te responda
Que la pasé bien ó mal,
Y en cualquiera de estas cosas
Encuentro un inconveniente;
Pues mis penas y tus horas
Están tan mal avenidas,
Que si te respondo ahora
Que mal, será grosería;
Y que bien, será lisonja.

DOÑA ANA.

Leonor, tu ingenio y tu cara
El uno á otro se malogra,
Que quien es tan entendida
Es lástima que sea hermosa.

LEONOR.

Como tú estás tan segura

De que ventajas á todas
Las hermosuras, te muestras
Fácilmente cariñosa
En alabarlas; porque
Quien no compite, no estorba.

DOÑA ANA.

Leonor, y de tus cuidados,
¿Cómo estás?

LEONOR.

Como quien toca,
Naufragio entre la borrasca
De las olas procelosas,
Ya con la quilla el abismo,
Y ya el cielo con la popa.

(Aparte.)

¿Cómo le preguntaré;
Pero está el alma medrosa,
Á qué vino anoche Cárlos?
Más; ¿qué temo si me ahoga
Despues de tantos tormentos
De los celos la ponzoña?

DOÑA ANA.

Leonor, ¿en qué te suspendes?

LEONOR.

Quisiera saber, perdona,
Que pues ya mi amor te dije,
Fuera cautela notoria
Querer no mostrar cuidado
De aquello que tú no ignoras,
Que es preciso que le tenga;
Y así, pregunto, señora,

Pues sabes ya que yo quiero
Á Carlos, y que su esposa
Soy, ¿cómo entró anoche aquí?

DOÑA ANA.

Deja que no te responda
Á esa pregunta tan presto.

LEONOR.

¿Por qué?

DOÑA ANA.

Porque quiero ahora
Que te diviertas, oyendo
Cantar.

LEONOR.

Mejor mis congojas
Se divirtieran sabiendo
Esto, que es lo que me importa,
Y así...

DOÑA ANA.

Con decirte, que
Fué una contingencia sola,
Te respondo; más mi hermano
Viene.

LEONOR.

Pues que yo me esconda
Será preciso.

DOÑA ANA.

Antes no,
Que ya yo de tu persona
Le dí cuenta, porque pueda
Aliviarte en tus congojas;
Que al fin los hombres mejor

Diligencian estas cosas,
Que nosotras.

LEONOR.

Dices bien;
Más no sé que me alborota.

(Sale Don Pedro.)

¡Más cielos qué es lo que miro!
¿Éste es tu hermano, señora?

DON PEDRO.

Yo soy, hermosa Leonor,
¿Qué os admira?

LEONOR.

¡Ay de mí! Toda
Soy de mármol; ¡ah fortuna,
Qué así mis males dispongas
Qué á la casa de Don Pedro
Me traigas!

DON PEDRO.

Leonor hermosa,
Segura estais en mi casa;
Porque aunque sea á la costa
De mil vidas, de mil almas,
Sabré librar vuestra honra
Del riesgo que os amenaza.

LEONOR.

Vuestra atencion generosa
Estimo, señor Don Pedro.

DON PEDRO.

Señora, ya que las olas
De vuestra airada fortuna
En esta playa os arrojan,

No habeis de decir que en ella
Os falta quien os socorra.
Yo, señora, he sido vuestro,
Y aunque siempre desdeñosa
Me habeis tratado, el desden
Más mi fineza acrisola,
Que es muy garboso desaire
El ser fino á toda costa.
Ya en mi casa estais ; y así
Sólo tratamos ahora
De agradaros y serviros.
Pues sois dueña de ella toda.
Divierte á Leonor, hermana.

DOÑA ANA.

Celia.

CELIA.

¿Qué mandas, señora?

DOÑA ANA.

Dí á Clori y Laura que canten.

(Aparte.)

Y tú, pues ya será hora
De lo que tengo dispuesto,
Porque mi industria engañosa
Se logre, saca á Don Carlos
Á aquella reja, de forma
Que nos mire, y que no todo
Lo que conversemos oiga
De este modo lograré
El que la pasion celosa
Empiece á entrar en su pecho ;
Que aunque los celos blasonan

De que avivan el amor,
Es su operacion muy otra,
En quien se vé como dama,
Ó se mira como esposa;
Pues en la esposa despecha
Lo que en la dama enamora.
¿No vas á decir que canten?

CELIA.

Voy á decir ambas cosas.

DON PEDRO.

Más con todo, Leonor bella,
Dadme licencia que rompa
Las leyes de mi silencio
Con mis quejas amorosas:
Que no siente los cordeles
Quien el dolor no pregona.
¿Qué defecto en mi amor visteis,
Que siempre tan desdeñosa
Me tratásteis? ¿Era ofensa
Mi adoracion decorosa?
Y si amaros fué delito,
¿Cómo otro la dicha goza,
É igualándonos la culpa,
La pena no nos conforma?
¿Cómo si es ley el desden
En vuestra beldad, forzosa
En mí la ley se ejecuta,
Y en el otro se deroga?
¿Qué tuvo para con vos
Su pasion de más airosa?
¿De más bien vista su pena?

¿Qué siendo una misma cosa
En mí os pareció culpable
Y en el otro meritoria?
Si él os pareció más digno,
¿No supliera en mi persona
Lo que de galán me falta,
Lo que de amante me sobra?
Más sin duda, mi fineza
Es quien el premio me estorba,
Que es quien la merece ménos
Quien siempre la dicha logra;
Más si yo os he de adorar
Eternamente, ¿qué importa
Qué vos me negueis el premio,
Pues es fuerza que conozca
Que me concedéis de fino
Lo que os negais de piadosa?

LEONOR.

Permitid, señor Don Pedro,
Ya que me haceis tantas honras,
Que os suplique, por quien sois,
Me hagais la mayor de todas,
Y sea, que ya que veis
Que la fortuna me postra
No apureis más mi dolor,
Pues me basta á mí por soga
El cordel de mi vergüenza,
Y el peso de mis congojas.
Y puesto que en el estado
Que veis que tienen mis cosas.
Tratarme de vuestro amor

Es una accion tan impropia,
Que ni es bien decirlo vos,
Ni justo que yo lo oiga,
Os suplico que calleis ;
Y si es venganza que toma
Vuestro amor de mi desden,
Elegidla de otra forma,
Que para que estéis vengado
Hay en mis penas de sobra.

(Hablan aparte y salen á una reja, Don Carlos, Celia y Castaño).

CELIA.

Hasta aquí podeis salir,
Que aunque mandó mi señora
Que os retirarais, yo quiero
Haceros esta lisonja,
De que desde aquesta reja
Oigais una primorosa
Música, que á cierta dama,
Á quien mi señor adora,
Ha dispuesto ; aquí os quedad.

CASTAÑO.

Oiga Usted.

CELIA.

No puedo ahora.

(Vase y sale por el otro lado).

CASTAÑO.

Fuése y cerrónos la puerta
Y dejónos como monjas
En reja, y sólo nos falta
Una escucha que nos oiga.
(Llega y mira).

Pero, Señor, ¡ vive Dios!
Que es cosa muy pegajosa
Tu locura, pues á mí
Se me ha pegado.

DON CÁRLOS.

¿ En qué forma ?

CASTAÑO.

En que escucho los cencerros,
Y aún los cuernos se me antoja,
De los bueyes que perdimos.
(Llega Don Carlos).

DON CÁRLOS.

¡ Qué miro ! ¡ Amor me socorra!
¡ Leonor, Doña Ana y Don Pedro
Son ! ¿ Ves cómo no fué cosa
De ilusion él que aquí estaba ?

CASTAÑO.

¿ Y de qué esté no te enojas ?

DON CÁRLOS.

No, basta saber como vino,
Que si yo en la casa propia
Estoy, sin estar culpado,
¿ Cómo quieres que suponga
Culpa en Leonor ? Antes juzgo
Que la fortuna piadosa
La condujo á donde estoy.

CASTAÑO.

Muy reposado enamoras,
Pues no sueles ser tan cuerdo ;
Más ¿ si hallando golpe en bola
La ocasión el tal Don Pedro

La cogiese por la cola,
Estariamos muy buenos ?

DON CARLOS.

Calla, Castaño, la boca,
Que es muy bajo quien sin caus
De la dama á quien adora,
Se da á entender que la ofende,
Pues en su aprension celosa
¿ Qué mucho que ella le agravi
Cuando él á sí se deshonna?
Más escucha que ya templan.

DOÑA ANA.

Cantad pues.

CELIA.

Vaya de solfa

MÚSICA.

¿Cuál es la pena más grave
Que en las penas de amor cabe

voz I.

El carecer del favor

Será la pena mayor,

Puesto que es el mayor mal.

coro I.

No es tal.

voz I.

Sí es tal.

coro II.

¿Pues cuál es?

voz II.

Son los desvelos

Á que ocasionan los celos,
Que es un dolor sin igual.

coro II.

No es tal.

voz II.

Sí es tal.

coro I.

¿Pues cuál es?

voz III.

Es la impaciencia
Á que ocasiona la ausencia,
Que es un letargo mortal :

coro I.

No es tal.

voz III.

Sí es tal.

coro II.

¿Pues cuál es?

voz IV.

Es el cuidado
Con que se goza lo amado,
Que nunca es dicha cabal.

coro II.

No es tal.

voz IV.

Sí es tal.

coro I.

¿Pues cuál es?

voz V.

Mayor se infiere
No gozar á quien me quiere

Cuando es el amor igual.

coro I.

No es tal.

voz I.

Sí es tal.

coro II.

Tú, que ahora has respondido,

Conozco que sólo has sido

Quien las penas de amor sabe.

coro I.

¿Cuál es la pena más grave

Qué en las penas de amor cabe?

DON PEDRO.

Leonor, la razon primera

De las que han cantado aquí

Es más fuerte para mí;

Pues si bien se considera,

Es la pena más severa

Que puede dar el amor

La carencia del favor,

Que es su término fatal.

LEONOR.

No es tal.

DON PEDRO.

Sí es tal.

DOÑA AÑA.

Yo, hermano, de otra opinion

Soy, pues si se llega á ver,

El mayor mal viene á ser

Una celosa pasion;

Pues fuera de la razon

De que del bien se carece,
Con la envidia se padece
Otra pena más mortal,

LEONOR.

No es tal.

DOÑA ANA.

Sí es tal.

LEONOR.

Aunque se halla mi sentido
Para nada, he imaginado
Que el carecer de lo amado
En amor correspondido,
Pues con juzgarse querido
Cuando del bien se carece,
El ansia de gozar crece
Y con ella crece el mal.

DOÑA ANA.

No es tal.

LEONOR.

Sí es tal.

DON CÁRLOS.

¡ Ay Castaño! Yo dijera
Que de amor en los desvelos
Son el mayor mal los celos,
Si á tenerlos me atreviera ;
Más pues quiere Amor que muera,
Muera de sólo temerlos,
Sin llegar á padecerlos,
Pues este es sobrado mal,

CASTAÑO.

No es tal.

DON CARLOS.

Sí es tal.

CASTAÑO.

Señor, el mayor pesar
Con que el amor nos baldona,
Es querer una fregona
Y no tener que la dar,
Pues si llego á enamorar,
Corrido y confuso quedo;
Pues conseguirlo no puedo
Por la falta de caudal.

MÚSICA.

No es tal.

CASTAÑO.

Sí es tal.

CELIA.

El dolor más importuno
Que da amor en sus ensayos,
Es tener doce lacayos
Sin regalarme ninguno,
Y tener perpetuo ayuno,
Cuando estar harta debiera
Esperando costurera
Los alivios del dedal.

MÚSICA.

No es tal.

CELIA.

Sí es tal.

DOÑA ANA.

Leonor, si no te divierte
La música, al jardín vamos,

Quizá tu fatiga en él
Se aliviará.

LEONOR.

¿ Qué descanso
Puede tener la que sólo
Tiene por alivio el llanto?

DON PEDRO.

Vamos, divino imposible.

DOÑA ANA.

Haz, Celia, lo que he mandado,
Que yo te mando un vestido
Si se nos logra el engaño.

(Vanse Don Pedro, Doña Ana y Leonor).

CELIA.

Eso si es mandar con modo,
Aunque esto de : yo te mando,
Cuando los amos lo dicen,
No viene á hacer mucho al caso,
Pues están siempre tan hechos
Que si acaso mandan algo,
Para dar luégo se excusan,
Y dicen á los criados

Que lo que mandaron no
Fué mando, sino mandato.
Pero vaya de tramoya,
Yo llego, y la puerta abro,
Que presto que ya Don Juan,
Que era mi mayor cuidado,

Con la llave que le dí
Estuvo tan avisado
Que sin que yo le sacase

Se salió paso entre paso
Por la puerta del jardín,
Y mi señora ha tragado,
Que fué otra de las criadas
Quien le dió entrada en su cuarto.
Gracias á mi hipocresía
Y unos juramentos falsos
Que sobre el caso me eché
Con tanto desembarazo
Que ella quedó tan segura
Que ahora me ha encomendado
Lo que allá dirá el enredo.
Yo llego. ¿ Señor Don Carlos ?

DON CÁRLOS.

¿ Qué quieres, Celia ? ¡ Ay de mí !

CELIA.

Á ver si habeis escuchado
La música vine.

DON CÁRLOS.

Sí,

Y te estimo agasajo.
Más dime, Celia, ¿ á qué vino
Aquella dama que ha estado
Con Doña Ana y con Don Pedro ?

CELIA.

Ya picó el pez, largo el trapo.
Aquella dama, señor,
Más yo no puedo contarlo
Si primero no me dais
La palabra de callarlo.

DON CARLOS.

Yo te la doy. ¿ Á qué vino ?

CELIA.

Temo, señor, que es pecado
Descubrir vidas ajenas,
Más supuesto que tú has dado
En que lo quieres saber,
Y yo en que no he de contarlo,
Vaya, más sin que lo sepas,
Y sabe que aquel milagro
De belleza es una dama
Á quien adora mi amo,
Y anoche, yo no sé como,
Ni como no, entró en su cuarto;
Él la enamora y regala,
Con que, fin, yo no lo alcanzo,
Ni yo en conciencia pudiera
Afirmarte que ello es malo,
Que puede ser que la quiera
Para ser fraile descalzo.
Y perdona, que no puedo
Decir lo que has preguntado,
Que estas cosas mejor es
Que las sepas de otros labios.

(Vase Celia)

DON CARLOS.

¿ Castaño, no has oído a questo
Cierta es mi muerte, y mi agra

CASTAÑO.

¿ Pues si ella no nos lo ha dicho
Cómo puedo yo afirmarlo ?

DON CARLOS.

¡ Cielos ! ¿ qué es esto, qué escucho ?
¿ Es ilusion, es encanto
Lo que ha pasado por mí ?
¿ Quién soy yo ? ¿ Dónde me hallo ?
¿ No soy yo quién de Leonor
La hebdad idolatrando,
La solicité tan fino,
La serví tan recatado,
Qué en premio de mis finezas,
Conseguí favores tantos ;
Y, por último, seguro
De alcanzar su blanca mano,
Y de ser solo el dichoso
Entre tantos desdichados ?
¿ No salió anoche conmigo,
Su casa y padre dejando,
Reduciendo á mi la dicha
Que solicitaban tantos ?
¿ No la llevó la justicia ?
¿ Pues cómo, ¡ ay de mí ! la hallo
Tan sosegada en la casa
De Don Pedro de Arellano,
Que amante la solicita ?
Y yo, ¿ más cómo no abraso
Ántes mis agravios, que
Pronunciar yo mis agravios ?
Más, ¡ Cielos ! ¿ Leonor no pudo
Venir por algun acaso
Á esta casa sin tener
Culpa de lo que ha pasado,

Pues prevenirlo no pudo?
¿ Y que Don Pedro, llevado
De la ocasion de tener
En su poder el milagro
De la perfeccion, pretenda
Como mozo y alentado,
Lograr la ocasion felice
Que la fortuna le ha dado,
Sin que Leonor corresponda
Á sus intentos osados?
Bien puede ser que así sea,
¿ Más cumplo yo con lo honrado,
Consintiendo que á mi dama
La festeje mi contrario
Y qué con tanto lugar
Cómo tenerla á su lado,
La enamore y solicite,
Y qué haya de ser tan bajo
Yo, qué lo mire y lo sepa,
Y no intente remediarlo?
Eso no; ¡ viven los cielos!
Sígueme, vamos Castaño,
Y saquemos á Leonor,
Á pesar de todos cuantos
La quisieren defender.

CASTAÑO.

Señor, ¿ estás dado al diablo?
¿ No ves que hay en esta casa
Una tropa de lacayos
Que sin que nadie lo sepa
Nos darán un sépan cuantos,

Y andarán descomedidos
Por andar muy bien criados?

DON CÁRLOS.

¡ Cobarde ! ¿ Aquesto me dices ?
Aunque vibre el cielo rayos,
Aunque iras el cielo esgrima,
Y el abismo aborte espantos,
Me la tengo de llevar.

CASTAÑO.

Ahora, sús, si ha de ser, vamos,
Y luégo de aquí á la horea,
Que será el segundo paso.

(Salen Don Rodrigo y Don Juan).

DON RODRIGO.

Don Juan, pues vos sois su amigo,
Reducidle á la razon,
Pues por aquesta ocasion
Os quise traer conmigo,
Que pues vos sois el testigo
Del daño que me causó
Cuando á Leonor me llevó,
Podreis con desembarazo
Hablar en aqueste caso
Con más llaneza que yo.
Ya de todo os he informado,
Y en un caso tan severo
Siempre lo trata el tercero
Mejor que no el agraviado;
Que al que es noble y nació onrado,
Cuando se le representa
La afrenta, por más que sienta,

Le impide, aunque ese es el medio,
La vergüenza del remedio
El remedio de la afrenta.

DON JUAN.

Señor Don Rodrigo, yo,
Por la ley de caballero,
Os prometo reducir
Á vuestro gusto á Don Pedro,
Á que él juzgo que está llano,
Porque tampoco no quiero
Vender por fineza mía
Á lo que es mérito vuestro.
Y pues, porque no se niegue
No le avisamos, entremos
Á la sala; ¿mas que miro?
¿Aquí Don Carlos de Olmedo
Con quién anoche reñí?
¡Ah ingrata Doña Ana! ¡Ah fiero
Basilisco!

(Sale Celia).

CELIA.

¡Jesucristo!

Don Juan de Vargas y un viejo
Señor, y te han visto ya.

DON CARLOS.

No importa, que nada temo.

DON RODRIGO.

Aquí Don Carlos está,
Y para lo que traemos
Que tratar, grande embarazo
Será.

CASTAÑO.

Señor, reza el credo,
Porque estos pienso que vienen
Para darnos pan de perro;
Pues sin duda que ya saben
Que fuiste quien á Don Diego
Hirió y se llevó á Leonor.

DON CÁRLOS.

No importa, ya estoy resuelto
Á cuanto me sucediere.

DON RODRIGO.

Mejor es llegar, yo llego.
Don Carlos, Don Juan y yo,
Cierta negocio traemos
Que precisamente ahora
Se ha de tratar á Don Pedro,
Y así, si no es embarazo
Á lo que venís, os ruego,
Nos deis lugar, perdonando
El estorbo, que los viejos
Con los mozos, y más cuando
Son tan bizarros y atentos
Como vos, esta licencia
Nos tomamos.

DON CÁRLOS (aparte).

¡Vive el cielo!

Que aún ignora Don Rodrigo
Que soy de su agravio el dueño.

DON JUAN.

No sé, ¡vive el cielo! como
Viendo á Don Carlos contengo

La cólera que me incita.

CELIA.

Don Cárlos, pues el empeño
Mirais en que está mi ama,
Si llega su hermano á veros,
Que os escondais, os suplico.

DON CÁRLOS.

Tiene razon, ¡vive el cielo!
Que si aquí me ve su hermano,
La vida á Doña Ana arriesgo,
Y habiéndome ella amparado
Es infamia; ¿más qué puedo
Hacer yo en aqueste caso?
Ello no hay otro remedio,
Ocúltome, que el honor
De Doña Ana es lo primero
Y después saldré á vengar
Mis agravios y mis celos.

CELIA.

¡Señor, por Dios, que te escondas
Ántes que salga Don Pedro!

DON CÁRLOS.

Señor Don Rodrigo, yo
Estoy, perdonad si os tengo
Vergüenza, que vuestras canas
Dignas son de este respeto,
Sin que Don Pedro lo sepa
En su casa; y así, os ruego
Que me dejeis ocultar
Ántes que él salga, que el riesgo

Que un honor puede correr
Me obliga.

DON JUAN.

¡Qué esto consiento!

¿Qué mas claro ha de decir
Que aquel basilisco fiero
De Doña Ana aquí le trae?
¡Oh, pese á mi sufrimiento
Que no le quito la vida!
Pero ajustar el empeño
Es ántes de don Rodrigo,
Pues le dí palabra de ello,
Que después yo volveré,
Puesto que la llave tengo
Del jardín, y tomaré
La venganza que deseo.

DON RODRIGO.

Don Cárlos, nada me admira,
Mozo he sido, aunque soy viejo;
Vos sois mozo, y es preciso
Que deis sus frutos al tiempo;
Y supuesto que decís
Que os es preciso esconderos,
Haced vos lo que os convenga,
Que yo la causa no inquiereo
De cosas que no me tocan.

DON CÁRLOS.

Pues adios.

DON RODRIGO.

Guárdeos el cielo.

CELIA.

Vamos aprisa, á Dios gracias
Que se ha excusado este aprieto,
Y vos, señor, esperad
Mientras aviso á mi dueño.

DON CÁRLOS.

Un Etna llevo en el alma.

DON JUAN.

Un volcan queda en el pecho.
(Vanse Don Carlos, Celia y Castaño).

DON RODRIGO.

Veis aquí como es el mundo,
Á mí me agravia Don Pedro,
Don Carlos le agravia á él,
Y no faltará un tercero
Tambien que agravie á Don Carlos,
Y es que lo permite el cielo
En castigo de las culpas,
Y dispone que paguemos
Con males que recibimos
Los males que habemos hecho.

DON JUAN.

Estoy tan fuera de mí
De haber visto manifiesto
Mi agravio, que no sé como
He de sosegar el pecho
Para hablar en el negocio
De que he de ser medianero,
Que quien ignora los suyos,
Mal hablará en los ajenos.
(Sale Don Carlos á la reja).

DON CARLOS.

Ya que fué fuerza ocultarme
Por el debido respeto
De Doña Ana, como á quien
El amparo y vida debo,
Desde aquí quiero escuchar,
Pues sin ser yo visto puedo,
Á que vino don Rodrigo,
Que entre mil dudas el pecho,
Astrólogo de mis males,
Me pronostica los riesgos.

(Sale Don Pedro).

DON PEDRO.

Señor Don Rodrigo ¿vos
En mi casa? Mucho debo
Á la ocasion que aquí os trae,
Pues que por ella merezco
Que vos me hagais tantas honras.

DON RODRIGO.

Yo las recibo, Don Pedro,
De vos, y ved si es verdad,
Pues á vuestra casa vengo
Por la honra, que me falta.

DON PEDRO.

Don Juan amigo, no es nuevo
El que vos honreis mi casa;
Tomad entrambos asiento,
Y decid, ¿cómo venís?

DON JUAN.

Yo vengo al servicio vuestro,
Y pues á lo que venimos

Dilacion no admite, empiezo :
Don Pedro, vos no ignorais,
Como tan gran caballero,
Las muchas obligaciones
Que teneis de parecerlo ;
Esto supuesto, el señor
Don Rodrigo tiene un duelo
Con vos.

DON PEDRO.

¿ Conmigo, Don Juan ?
Hogaréme de saberlo.

(Aparte.)

¡ Válgame Dios ! ¿ qué sera ?

DON RODRIGO.

Don Pedro, ved que no es tiempo
Este de haceros de nuevas,
Y si acaso decís eso
Por la cortés atencion
Que debéis á mi respeto,
Yo estimo la cortesía,
Y en la atencion os dispenso.
Vos, amante de Leonor,
La solicitásteis ciego,
Pudiendo haberos valido
De mí, y con indignos medios
La sacasteis de mi casa,
Cosa que, pero no quiero
Reñir ahora el delito
Que ya no tiene remedio,
Que cuando os busco piadoso,
No es bien reñiros severo,

Y como lo más se enmiende,
Yo os perdonaré lo ménos.
Supuesto esto, ya sabeis
Vos que no hay sangre en Toledo
Que pueda exceder la mía ;
Y siendo esto todo cierto,
¿ Qué dificultad podeis
Hallar para ser mi yerno ?
Y si es falta el estar pobre,
Y vos rico, fuera bueno
Responder eso si yo
Os tratara el casamiento
Con Leonor ; más pues vos fuisteis
El que la eligió primero,
Y os pusisteis en estado
Que ha de ser preciso hacerlo,
No he tenido yo la culpa
De lo que fué arrojado vuestro.
Yo sé que está en vuestra casa,
Y sabiéndolo, no puedo
Sufrir que esté en ella sin que
Le deis de esposo al momento
La mano.

DON PEDRO (aparte.)

¡ Valgame Dios !

¿ Qué puedo en tan grande empeño
Responder á Don Rodrigo ?
Pues sí que la tengo niego,
Es fácil que él lo averigüe,
Y si la verdad confieso
De que la sacó Don Carlos,

Se la dará á él, y yo pierdo
Si pierdo á Leonor, la vida.
Pues si el casarme concedo,
Puede ser que me desaire
Leonor; ¡ qué hallara un medio
Con que poder dilatarlo !

DON JUAN.

¿ De qué, amigo, estais suspenso ?
¿ Cuando la proposicion
Resulta en decoro vuestro,
Cuando el señor Don Rodrigo,
Tan reportado y tan cuerdo,
Os convida con la dicha
De haceros felice dueño
De la beldad de Leonor ?

DON PEDRO.

Lo primero, que protesto,
Señor Don Rodrigo, es que
Tanto la beldad venero
De Leonor, que puesto que
Sabeis ya mis galanteos,
Quiero que esteis persuadido
Que nunca pudo mi pecho
Mirarla con otros ojos,
Ni hablarla con otro intento
Que el de ser feliz, con ser
Su esposo; y esto supuesto,
Sabed que Leonor anoche
Supo, aún á fingir no acierto,
Que estaba mala mi hermana,
Á quien con cariño tierno

Estima, y vino á mi casa
Á verla sólo, creyendo
Que os tardarais más
Con la diversion del juego ;
Hízose algo tarde, y como
Temió el que hubieseis ya vuelto,
Como sin licencia vino,
Despachamos á saberlo
Un criado de los míos,
Y aqúeste volvió, diciendo :
Que ya estabais vos en casa,
Y que habiais echado ménos
Á Leonor, pór cuya causa
Haciendo justos extremos
La buscabais ofendido ;
Ella temerosa, oyendo
Aqúesto, volver no quiso.
Este es en suma el suceso,
Que ni yo saqué á Leonor,
Ni pudiera, pretendiendo
Para esposa su beldad,
Proceder tan desatento,
Que para mirarme en él
Manchara ántes el espejo.
Y para que no juzgueis
Que ésta es excusa que invento
Por no venir en casarme,
 Mi fé y mi palabra os empeño,
De ser su esposo al instante
Como Leonor venga en ello,
Y en esto conoceréis.

Que no tengo impedimento
Para dejar de ser suyo
Más de que no la merezco.

DON CARLOS.

¿No escuchas esto, Castaño?
La vida y el juicio pierdo.

CASTAÑO.

La vida es la novedad,
Que lo del juicio no es nuevo.

DON RODRIGO.

Don Pedro, á lo que habeis dicho
Hacer réplica no quiero,
Sobre si pudo ó no ser,
Como decís, el suceso;
Pero siéndole ya á todos
Notorios vuestros festejos,
Sabiendo que Leonor falta,
Y yo la busco, y sabiendo
Que en vuestra casa la hallé,
Nunca queda satisfecho
Mi honor, si vos no os casais,
Y en lo que me habeis propuesto
De si Leonor querrá ó no,
Eso no es impedimento,
Pues ella tener no puede
Más gusto que mi precepto;
Y así, llamadla, y veréis
Cuán presto lo ajusto.

DON PEDRO.

Temo,

Señor, que Leonor se asuste,
Y así os suplico deis tiempo
De que antes se lo proponga
Mi hermana; porque supuesto
Que yo estoy llano á casarme,
Y que por dicha lo tengo,
Que importa que se difiera
De aquí á mañana, que es tiempo
En que les puedo avisar
Á mis amigos y deudos
Porque asistan á mis bodas,
Y tambien porque llevemos
Á Leonor á vuestra casa,
Donde se haga el casamiento.

DON RODRIGO.

Bien decis; pero sabed
Que ya quedamos en eso,
Y que es Leonor vuestra esposa.

DON PEDRO.

Dicha mia es el saberlo.

DON RODRIGO.

Pues, hijo, adios, que tambien
Hacer de mi parte quiere
Las prevenciones.

DON PEDRO.

Señor,
Vamos, os iré sirviendo.

DON RODRIGO.

No ha de ser, y así quedaos
Que habeis menester el tiempo.

DON PEDRO.

Yo tengo de acompañaros

DON RODRIGO.

No hareis tal.

DON PEDRO.

Pues ya obedezco.

DON JUAN.

Don Pedro, quedad con Dios.

(Vanse Don Rodrigo y Don Juan.)

DON PEDRO.

Id con Dios, Don Juan. Yo quedo

Tan confuso, que no sé

Si es pesar, ó si es contento,

Si es fortuna, ó es desaire,

Lo que me está sucediendo.

Don Rodrigo con Leonor

Me ruega, yo á Leonor tengo,

El caso está en tal estado

Que yo excusarme no puedo

De casarme, solamente

Es á Leonor á quien temo,

No sea que lo resista;

Más puede ser que ella viendo

El estado de las cosas,

Y de su padre el precepto,

Venga á ser mía. Yo voy;

Amor, ablanda su pecho.

(Vase.)

(Sale Don Carlos y Castaño.)

DON CARLOS.

No debo de estar en mí,

Castaño, pues no estoy muerto ;
Don Rodrigo ¡ay de mí! juzga
Que á Leonor sacó Don Pedro,
Y se la viene á ofrecer,
Y él, muy falso y placentero
Viene en casarse con ella
Sin ver el impedimento
De que se salió con otro.

CASTAÑO.

¿Qué quieres? El tal sugeto
Es marido conveniente,
Y no repara en pucheros,
Él vió volando esta garza
Y quiso matarla al vuelo,
Con que si él ya la cazó,
Ya para tí *volaverunt*.

DON CÁBLOS.

Yo estoy tan sín mí, Castaño,
Que aún á discurrir no acierto
Lo que haré en aqueste caso.

CASTAÑO.

Yo te daré un buen remedio
Para que quedes vengado.
Doña Ana es rica, y yo pienso
Que revienta por ser novia,
Enamórala, y con eso
Te vengas de cuatro, y ocho,
Que dejas á aqueste necio
Mucho peor que en-diablado,
Encuñadado *in æternum*.

DON CARLOS.

Por cierto gentil venganza.

CASTAÑO.

¿Mal te parece el consejo?

Tú no debes de saber

Lo que es un cuñado, un suegro,

Una madrastra, una tía,

Un escribano, un ventero,

Una mula de alquiler,

Ni un albacea, que pienso,

Que del infierno el mejor

Y más bien cobrado censo

No llegan á su zapato.

DON CARLOS.

¡Ay de mí, infeliz! ¿Qué puedo

Hacer en este caso?

¡Ay Leonor! si yo te pierdo,

Pierda la vida tambien.

CASTAÑO.

No pierdas ni aún un cabello,

Si no vamos á buscarla,

Que en el tribunal supremo,

De su gusto, quizá se

Revocará este decreto.

DON CARLOS.

¿Y si la fuerza su padre?

CASTAÑO.

¿Qué es forzarla? ¿Pues el viejo

Está ya para Tarquino?

Vamos á buscarla luégo,

Que como ella diga nones,

No hará pares con Don Pedro.

DON CARLOS.

Bien dices, Castaño, vamos.

CASTAÑO.

Vamos, y deja lamentos.

Que se alarga la jornada

Si aquí más nos detenemos.

JORNADA TERCERA

SALEN CELIA Y LEONOR.

LEONOR.

Celia, yo me he de matar
Si tú salir no me dejas
De esta casa, ó de este encanto.

CELIA.

Repórtate, Leonor bella,
Y mira por tu opinion.

LEONOR.

¿ Qué opinion quieres que tenga,
Celia, quien de oír acaba
Unas tan infaustas nuevas
Cómo que quiere mi padre,
Porque con engaño piensa
Que Don Pedro me sacó,
Que yo ¡ay Dios! su esposa sea?
Y esto cae sobre haber
Ántes dichome tú misma
Que Carlos ¡ah falso amante!
Á Doña Ana galantea,
Y que con ella pretende
Casarse, que es quien pudiera,
Como mi esposo, librarne

Del rigor de esta violencia.
Conque estando en este estado
No le quedan á mis penas,
Ni asilo que las socorra,
Ni amparo que las defienda.

CELIA (Aparte).

Verdad es que se lo dije,
Y á Don Cárlos con la misma
Tramoya tengo confuso,
Porque mi ama me ordena
Que yo despeche á Leonor
Para que á su hermano quiera,
Y ella se quede con Cárlos;
Y yo viéndola resuelta,
Por la manda del vestido,
Ando haciendo estas quimeras.
Pues, señora, si conoces
Que ingrato Cárlos te deja,
Y mi señor te idolatra,
Y que tu padre desea
Hacerte su esposa, y que
Está el caso de manera
Que si dejas de casarte,
Pierdes honra y conveniencia,
¿No es mejor pensarlo bien
Y resolverte discreta
Á lograr aquesta boda,
Que es lástima que se pierda?
Y hallarás, si lo ejecutas,
Más de tres mil congruencias,
Pues sueltas con esto solo

De tu crédito la quiebra,
Obedeces á tu padre,
Dás gusto á tu parentela,
Premias á quien te idolatra,
Y de Don Cárlos te vengas.

LEONOR.

¿Qué dices, Celia? Primero
Que yo de Don Pedro sea,
Verás de su eterno alcanzar
Fugitivas las estrellas ;
Primero romperá el mar
La no violada obediencia
Que á sus desbocadas olas
Imponen freno de arena ;
Primero aqúeste fogoso
Corazon de las esferas
Perturbará el órden con que
El cuerpo del orbe alienta ;
Primero trocado el órden
Que guarda naturaleza,
Congelará el fuego copos,
Brotará el hielo centellas ;
Primero que yo de Cárlos,
Aunque ingrato me desprecia,
Deje de ser, de mi vida
Seré verdugo yo misma ;
Primero que yo de amarle
Deje.

CELIA.

Los primeros deja
Y vamos á lo segundo,

Que pues estás tan resuelta,
No te quiero aconsejar
Si no saber lo que intentas.

LEONOR.

Intento, amiga, que tú,
Pues te he fiado mis penas,
Me des lugar para irme
De aquí, porque cuando vuelva
Mi padre aquí no me halle,
Y me haga casar por fuerza;
Que yo me iré desde aquí
Á buscar en una celda
Un rincon que me sepulte,
Donde llorar mis tragedias
Y donde sentir mis males
Lo que de vida me resta,
Que quizás allí escondida
No sabrá de mí mi estrella.

CELIA.

Sí, pero sabrá de mí
La mia, y por darte puerta
Vendrá á estrellarse conmigo
Mi señor cuando lo sepa,
Y seré yo la estrellada,
Por no ser tu la estrellera.

LEONOR.

Amiga, haz esto por mí,
Y seré tu esclava eterna.
Por ser la primera cosa
Que te pido.

CELIA.

Aunque lo sea,
Que á la primera que haga
Pagaré con las setenas.

LEONOR.

Pues ¡vive el cielo! enemiga,
Que si salir no me dejas,
He de matarme y matarte.

CELIA.

¡ Chispas, y qué rayos echa!
¿ Más qué fuera, Jesus mio,
Que aquí conmigo embistiera?
¿ Qué haré? Pues si no la dejo
Ir, y á ser señora llega
De casa, quien duda que
Le tengo de pagar ésta;
Y si la dejo salir,
Con mi amo habrá la misma
Dificultad; ahora bien
Mejor es entretenerla,
Y avisar á mi señor
De lo que su dama intenta,
Que sabiéndolo es preciso
Que salga él á detenerla,
Y yo quedo bien con ambos,
Pues con esta estratagemá
Ella no queda ofendida
Y él obligado me queda.
Señora, si has dado en eso,
Y en hacerlo tan resuelta
Estás, vé á ponerte el manto

Que yo guardaré la puerta.

LEONOR.

La vida, Celia, me has dado.

CELIA.

Soy de corazón muy tierna,
Y no puedo ver llorar
Sin hacerme una manteca.

LEONOR.

À ponerme el manto voy.

(Vase Leonor).

CELIA.

Anda, pues, y ven apriesa,
Que te espero. No haré tal,
Si no cerraré la puerta,
É iré á avisar á Marsilio
Que se le va Melisendra

(Váse.)

(Sale Don Juan.)

DON JUAN.

Con la llave del jardín
Que dejó en mi poder Celia,
Para ir á lograr mis dichas
Quiero averiguar mis penas.
¡Qué mal dije averiguar!
Pues á la que es evidencia,
No se puede llamar duda.
Pluguiera á Dios estuvieran
Mis celos y mis agravios
En estado de sospechas;
Más ¿ cómo me atrevo cuando

Es contra mi honor mi ofensa
Sin ser cierta mi venganza
Hacer mi deshonra cierta?
Si sólo basta á ofenderme
La presuncion, como piensa
Mi honor, ¿qué puede en mi agravio
La duda ser evidencia
Cuando la evidencia misma
Del agravio en la nobleza,
Siendo certidumbre falsa
Se hace duda verdadera ;
Qué como al honor le agravia
Solamente la sospecha,
Hará cierta su deshonra?
¿Quién la verdad juzga incierta,
Pues si es así, como yo
Imagino qué hay quien pueda
Ofenderme si aún en duda
No consiento que me ofendan?
Aquí oculto esperaré
Á que mi contrario venga,
¿Qué quien del estado en que
Está su correspondencia
Duda que vendrá de noche
Quién de día sale y entra?
Yo quiero entrar á esperarlo ;
¡Honor, mi venganza alienta!

(Vase.)

(Salen Don Cárlos y Castaño con un envoltorio.)

DON CÁRLOS.

Por más que he andado la casa

No he podido dar con ella,
Y vengo desesperado.

CASTAÑO.

Pues, Señor, ¿de ver no echas
Que están las puertas cerradas
Que á ese otro cuarto atraviesa
Por el temor de Doña Ana
De que su hermano te vea,
Ó porque á Leonor no alizbes?
¿Y para haceros por fuerza
Casar, Doña Ana, y su hermano
Nos han cerrado entre puertas?

DON CÁRLOS.

Castañó, yo estoy resuelto
Á que Don Rodrigo sepa
Que soy quien sacó á su hija,
Y quien ser su esposo espera,
Que pues por pensar que fué
Don Pedro dársela intenta,
Tambien me la dará á mí
Cuando la verdad entienda
De que fuí quien la robó.

CASTAÑO.

Famosamente lo piensas;
Pero ¿cómo has de salir
Si Doña Ana es centinela
Que no se duerme en las pajas?

DON CÁRLOS.

Fácil, Castañó, me fuera
El salir contra su gusto,
Que no estoy yo de manera

Que tengan lugar de ser
Tan comedidas mis penas.
Sólo lo que me embaraza,
Y á mi valor desalienta,
Es el irme de su casa
Dejando á Leonor en ella,
Donde á cualquier novedad
Puede importar mi presencia;
Y así, he pensado que tú
Salgas, pues aunque te vean,
Hará ninguno el reparo
En ti que en mí hacer pudieran,
Y este papel que ya escrito
Traigo con que le doy cuenta
Á Don Rodrigo de todo,
Le lleves.

CASTAÑO.

¡Ay, Santa Tecla!
Pues ¿cómo quieres que vaya?
Y ves aquí que me pesca
En la calle la justicia
Por cómplice en la tormenta
De la herida de Don Diego,
Y aunque tú el agresor seas,
Porque te ayudé al ruido,
Pago *in solidum* la ofensa.

DON CARLOS.

Este es mi gusto, Castañó.

CASTAÑO.

Sí, más no es mi conveniencia.

DON CÁRLOS.

¡Vive el cielo, que has de ir!

CASTAÑO.

Señor ¿y es muy buena cuenta
Por cumplir el juramento
De que él viva que yo muera?

DON CÁRLOS.

¿Ahora burlas, Castaño?

CASTAÑO.

Antes ahora son veras.

DON CÁRLOS.

¿Qué es ésto, infame, tú tratas
De apurarme la paciencia?
¡Vive Dios! que has de ir, ó aquí
Te he de malar.

CASTAÑO.

Señor, suelta,
Que eso es muy ejecutivo,
Y en esto otro hay contingencia;
Dame el papel, que yo iré.

DON CÁRLOS.

Tómalo y mira que vuelvas
Apriesa, por el cuidado
En que estoy.

CASTAÑO.

Dame licencia,
Señor, de contarte un cuento,
Que viene aquí como piedra
En el ojo de un vicario,
Que deben ser de canteras,
Salió un hombre á torear,

Y á otro un caballo pidió,
El cual aunque lo sintió,
No se lo pudo negar.
Salió, y el dueño al mirallo,
No pudiéndolo sufrir,
Le envió un recado á decir
Que le cuidase el caballo,
Porque valía un tesoro,
Y el otro muy sosegado
Respondió : aquese recado
No viene á mí, sino al toro.
Tú eres así ahora, que
Me remites á un paseo
Donde, aunque yo lo deseo,
No sé si yo volveré.
Y lo que me causa risa,
Aún estando tan penoso
Es que, siendo tan dudoso,
Me mandes que venga aprisa.
Y así yo ahora te digo,
Como el otro torcador,
Que ese recado, señor,
Lo envíes á Don Rodrigo.

(Sale Celia).

CELIA.

Señor Don Carlos, mi ama
Os suplica vais á verla
Al jardin luégo al instante,
Que tiene cierta materia
Que tratar con vos, que importa.

DON CÁRLOS.

Decid que ya á obedecerla
Voy. Haz tu lo que he mandado.
(Váuse Don Carlos y Celía).

CASTAÑO.

Yo bien no hacerlo quisiera,
Si me valiera contigo
El hacer yo la deshecha.
¡Válgame Dios! ¿Con qué traza
Yo á Don Rodrigo le diera
Aqueste papel sin que él
Ni alguno me conociera?
¡Quién fuera aquí Garatuza
De quién en las Indias cuentan
Que hacía muchos prodigios!
Que yo, como nací en ellas,
Le he sido siempre devoto
Como á santo de mi tierra.
¡Oh tú cualquiera que has sido,
Oh tú cualquiera que seas,
Bien esgrimas abanico,
Ó bien arrastres cantera,
Inspírame alguna traza
Que de Calderon parezca
Con que salir de este empeño!
Pero fate en mi conciencia
Que ya discurre el enredo.
Leonor me dió unas polleras
Y unas joyas que trajese
Cuando quiso ser Elena
De este París boquirubio,

Y las tengo aquí bien cerca,
Que me han servido de cama ;
Pues si yo me visto de ellas,
¿ Habrá en Toledo tapada
Que á mi garbo se parezca?
Pues ahora bien, yo las saco,
Vayan estos trapos fuera.

(Quitase capa, espada y sombrero).

Lo primero aprisionar
Me conviene la melena,
Porque quitara mil vidas
Si le doy tantica suelta.
Con este paño pretendo
Abrigarme la mollera,
Si como quiero la pongo,
Será gloria ver mi pena.
Ahora entran las basquiñas,
¡ Jesus y que rica tela!
No hay duda que me esté bien,
Porque como soy morena
Me está del cielo lo azul.
¿ Y esto qué es? Joyas son éstas,
No me las quiero poner,
Que ahora voy de revuelta.
Un serenero he topado
En aquesta faltriguera,
Tambien me le he de plantar,
¿ Cabráme esta pechuguera?
El soliman me hace falta,
Pluguiese á Dios y le hubiera
Que una manica de gato

Sin duda me la pusiera ;
Pero no, que es un ingrato,
Y luégo en cara me diera.
La color no me hace al caso,
Que, en este empeño, de fuerza,
Me han de salir mil colores,
Por ser dama de vergüenza.
¿Qué les parece, señoras,
Este encaje de ballena?
Ni puesta con sacristanes
Pudiera estar más bien puesta.
Es cierto que estoy hermosa,
Dios me guarde, que estoy bella.
Cualquier cosa me está bien,
Porque el molde es rara pieza.
Quiero acabar de asearme
Que aún no estoy dama perfecta.
Los guantes, a questo sí,
Porque las manos no vean,
Que han de ser las de Jacob
Con que á Esaú me parezca.
El manto lo vale todo,
Échomele en la cabeza ;
¡ Válgame Dios! cuanto encubre
Esta telilla de seda,
Que ni hay foso que así guarde,
Ni muro que así defienda,
Ni ladron que tanto encubra,
Ni paje que tanto mienta,
Ni gitano que así engañe,
Ni logrero que así venda.

Un trasunto el abanillo
Es de mi garbo y belleza,
Pero si me da tanto aire,
¿Qué mucho á mí se parezca?
Dama habrá en el auditorio
Que diga á su compañera :
Mariquita, aqúeste bobo
Al tapado representa.
Pues atencion, mis señoras,
Que es paso de la comedia,
No piensen que son embustes
Fraguados acá en mi idea,
Que yo no quiero engañarlas,
Ni ménos á Vue-Excelencia.
Ya estoy armado, y quién duda
Que en el punto que me vean
Me sigan cuatro mil lindos
De aquestos que galantean
Á salga lo que saliere,
Y que á bulto se amartelan,
No de la belleza que es,
Sino de la que ellos piensan.
Vaya, pues, de damería,
Menudo el paso, derecha
La estatura, airoso el brío,
Inclinada la cabeza,
Un si es, no es, al un lado,
La mano en el manto envuelta
Con el un ojo recluso
Y con él otro de fuera;
Y vamos ya, que encerrada

Se malogra mi belleza ;
Temor llevo de que alguno
Me enamore.

(Va á salir y encuentra á Don Pedro).

DON PEDRO.

Leonor bella,
¿ Vás con manto ya á estas horas?
(Aparte).

¡ Oh qué bien me dijo Celia
De que irse á un convento quiere !
¿ Adónde vais con tal priesa ?

CASTAÑO (Aparte).

¡ Vive Dios ! que por Leonor
Me tiene, yo la he hecho buena
Si él me quiere descubrir.

DON PEDRO.

¿ De qué estás, Leonor, suspensa?
¿ Adónde vás, Leonor mia?

CASTAÑO (Aparte).

Oiga lo que Leonorea ;
Más pues por Leonor me marco,
Yo quiero fingir ser ella,
Que quizá atiplando el habla
No me entenderá la letra.

DON PEDRO.

¿ Porqué no me habláis, señora,
Aún no os merece respuesta
Mi amor? ¿ Porqué de mi casa
Os queréis ir? ¿ Es ofensa
El adoraros tan fino,
El amaros tan de veras

Que sabiendo que á otro amais
Está mi atencion tan cierta
De vuestras obligaciones,
Vuestro honor y vuestras prendas,
Que á casarme determino
Sin que ningun riesgo tema?
Que en vuestra capacidad
Bien sé que tendrá más fuerza
Para mirar por vos misma
La obligacion que la estrella.
¿Es posible que no os mueve
Mi afecto ni mi nobleza,
Mi hacienda, ni mi persona,
Á verme ménos severa?
¿Tan indigno soy, señora,
Y doy caso que lo sea,
No me darán algun garbo
La gala de mis finezas?
¿No es mejor para marido,
Si lo considerais cuerda,
Quién no galan os adora
Que quién galan os desprecia?

CASTAÑO (Aparte).

¡Gran cosa es el ser rogadas!
Ya no me admira que sean
Tan soberbias las mujeres,
Porque no hay que ensoberbeza
Cosa, como el ser rogadas,
Ahora bien, de vuelta y media
He de poner á este tonto.
Don Pedro, negar quisiera

La causa por que me voy,
Pero ya decirla es fuerza :
Yo me voy por que me mata
De hambre aquí vuestra miseria,
Por que vos sois un cuitado,
Vuestra hermana es una suegra,
Las criadas unas tias,
Los criados unos bestias,
Y yo de aquesto enfadada
En casa de una pastelera
Á merendar garapiñas
Voy.

DON PEDRO (Aparte).

¿Qué palabras son estas,
Y qué estilo tan ageno
Del ingenio y la belleza
De Doña Leonor? Señora,
Mucho extraña mi fineza
Oiros dar de mi familia
Unas tan extrañas quejas,
Que si quereis deslucirme,
Bien podeis de otra manera,
Y no con tales palabras
Que mal á vos misma os deja

CASTAÑO.

Digo que me matan de hambre.
¿Es aquesto lengua griega?

DON PEDRO.

No es griega, señora, pero
No entiendo en vos esta lengua.

CASTAÑO.

Pues si no entendeis así,
Entended de esta manera,
(Quiere irse).

DON PEDRO.

Tened, que no habeis de iros,
Ni es bien que yo lo consienta,
Porque á vuestro padre he dicho
Que estais aquí, y así es fuerza
En cualquiera tiempo darle
De vuestra persona cuenta.
Que cuando vos no querais
Casaros, haciendo entrega
De vos, quedaré bien puesto,
Viendo que la resistencia
De casarse de mi parte
No está, sino de la vuestra.

CASTAÑO.

Don Pedro, vos sois un necio,
Y esta es ya mucha licencia
De querer vos impedir
A una mujer de mis prendas
Que salga á matar su hambre.

DON PEDRO (Aparte.)

¿Posible es, cielos, que aquestas
Son palabras de Leonor?
¡Vive Dios! que pienso que ella
Se finge necia por ver
Si con este me despecha
Y me dejo de casar;
¡Cielos, que así me aborrezca!

¿ Y qué conociendo aquesto
Esté mi pasión tan ciega
Que no pueda reducirse?
Bella Leonor, ¿ qué aprovecha
El fingiros necia cuando
Sé yo que sois tan discreta?
Pues ántes de enamorarme
Sirve más la diligencia
Viendo el primor y cordura
De haber fingiros necia.

CASTAÑO.

¡ Notable aprieto por Dios!

(Aparte.)

Yo pienso que aquí me fuerza;
Mejor es mudar de estilo
Para ver si así me deja.
Don Pedro, yo soy mujer
Que sé bien donde me aprieta
El zapato, y pues ya he visto
Que dura vuestra fineza
Á pesar de mis desaires,
Yo quiero dar una vuelta
Y mudarme al otro lado.
Siendo aquesta noche misma
Vuestra esposa.

DON PEDRO.

¿ Qué decis,

Señora?

CASTAÑO.

Que seré vuestra

Como dos y dos son cuatro.

DON PEDRO.

No lo digais tan apriesa,
No me mate la alegría,
Ya que no puede la pena.

CASTAÑO.

Pues no, señor, no os murais
Por amor de Dios siquiera
Hasta dejarme un muchacho
Para que herede la hacienda.

DON PEDRO.

¿ Pues eso mirais, señora?
¿ No sabeis que es toda vuestra?

CASTAÑO.

¡ Válgame Dios! yo me entiendo,
Bueno será tener prendas.

DON PEDRO.

Ella será dicha mía;
Más, señora, ¿ hablais de veras,
Ó me entreteneis la vida?

CASTAÑO.

¿ Pues soy yo farandulera?
Palabra doy de casarme
Si ya no es que por vos queda.

DON PEDRO.

¿ Por mí? ¿ Eso decís, señora?

CASTAÑO.

¿ Qué apostamos que si llega
El caso queda por vos?

DON PEDRO.

No así agraveis la fineza.

CASTAÑO.

Pues dadme palabra aquí
De que si os haceis afuera
No me habeis de hacer á mí
Algún daño.

DON PEDRO.

¿ Que os la ofrezca
Qué importa? Supuesto que
Es imposible que pueda
Desistirse mi cariño,
Más permitid que merezca
De que quereis ser mi esposa
Vuestra hermosa mano en prendas.

CASTAÑO (Aparte.)

Llegó el caso de Jacob.
Catadla aquí toda entera.

DON PEDRO.

¿ Pues con guante me la dais?

CASTAÑO.

Sí, por que la tengo enferma.

DON PEDRO.

Pues ¿ qué teneis en las manos?

CASTAÑO.

Hiciéronme mal en ellas
En una visita un día,
Y ni han bastado recetas
De hieles, ni jaboncillos
Para que á su albura vuelvan.

(Dentro Don Juan.)

DON JUAN.

Muere á mis manos, traidor!

DON PEDRO.

Oye, ¿ qué voz es aquella?

(Dentro Don Carlos.)

DON CÁRLOS.

Tú morirás á las mías,

Pues buscas tu muerte en ellas.

DON PEDRO.

¡ Vive Dios, qué es en mi casa!

CASTAÑO.

Ya suena la voz más cerca.

(Salen riñendo Don Carlos y Don Juan, y Doña Ana deteniéndolos.)

DOÑA ANA.

¡ Caballeros, deténcos!

¡ Más, mi hermano, yo estoy muerta!

CASTAÑO.

¿ Más si por mi se acuchillan

Los que mi beldad festejan?

DON PEDRO.

¿ En mi casa y á estas horas

Con tan grande desvergüenza

Acuchillarse dos hombres?

Más yo vengaré esta ofensa,

Dándoles muerte, y más cuando

Es Don Carlos quien pelea.

DOÑA ANA.

¿ Quién pensara, ¡ ay infelice!

Que aquí mi hermano estuviera?

DON CÁRLOS.

Don Pedro está aquí, y por él
Á mí nada se me diera,
Pero se arriesga Doña Ana,
Que es sólo por quien me pesa.

CASTAÑO.

Aquí ha sido la de Oran,
Más yo apagaré la vela,
Quizá con eso tendré
Lugar de tomar la puerta
Que es sólo lo que me importa.
(Apaga Castaño la vela y riñen todos.)

DON PEDRO.

Aunque hayáis muerto la vela
Por libraros de mis iras,
Poco importa, que aunque sea
Á oscuras, sabré mataros.

DON CÁRLOS

Famosa ocasion es ésta
De que yo libre á Doña Ana,
Pues por ampararme atenta
Está arriesgada su vida.

(Sale Leonor con manto.)

LEONOR.

¡Ay Dios! Aquí dejé á Celia
Y ahora solo escucho espadas
Y voy pisando tinieblas.
¿Qué será? ¡Válgame Dios!
Pero lo que fuere sea,
Pues á mí sólo me importa
Ver si hallo con la puerta.

(Encuentra á Don Carlos.)

DON CARLOS.

Esta es sin duda Doña Ana.
Señora, venid apriesa,
Y os sacaré de este riesgo.

LEONOR.

¿Qué es ésto? Un hombre me lleva;
Más como de aquí me saque
Con cualquiera voy contenta,
Que si él me tiene por otra,
Cuando en la calle me vea
Podrá dejarme ir á mí,
Y volver á socorrerla.

DOÑA ANA.

No tengo cuidado yo
De que sepa la pendencia
Mi hermano, y más cuando ha visto
Que es Don Carlos quien pelea,
Y diré que es por Leonor.
Solamente me atormenta
El que se arriesgue Don Carlos.
¡Oh, quién hallarle pudiera
Para volverlo á esconder!

DON PEDRO.

Quien mi honor agravía, muera.

CASTAÑO.

¡Qué haya yo perdido el tino
Y no halle con la puerta!
Más aquí juzgo que está.
¡Jesús! ¿Qué es este? Alacena
En que me he hecho los hocicos
Y quebrando diez docenas

De vidrios y de redomas
Que envidiando mi belleza
Me han pegado redomazo.

DOÑA ANA.

Ruido he sentido en la puerta
Sin duda alguna se va
Don Juan, porque no lo vean,
Y lo conozca mi hermano,
Y ya dos solos pelean.
¿Cuál de ellos será Don Carlos?

(Llega Doña Ana á Don Juan).

DON CÁRLOS.

La puerta sin duda es ésta;
Vamos, señora, de aquí.

(Váse Don Carlos con Leonor.)

DON PEDRO.

Morirás á mi violencia.

DOÑA ANA.

Mi hermano es aquel, y aqueste
Sin duda es Carlos. Apriesa,
Señor, yo os ocultaré.

DON JUAN.

Esta es Doña Ana, é intenta
Ocultarme de su hermano,
Preciso es obedecerla.

(Váse Doña Ana con Don Juan.)

DON PEDRO.

¿Dónde os ocultais, traidores,
Que mi espada no os encuentra?
¡Hola, traed una luz!

(Sale Celia con luz.)

CELIA.

Señor ¿qué voces son éstas?

DON PEDRO.

¿Qué ha de ser? ; Pero qué miro!

(Hallando abierta la puerta).

Se fuéron; más si Leonor

(Que sin duda entró por ella

Aquí Don Cários) está

En casa, ¿qué me da pena?

¿Más bien será averiguar

Cómo entró? Tú, Leonor, entra

Á recogerte, que voy

Á que aquí tu padre venga

Por que quiero que esta noche

Queden nuestras bodas hechas.

CASTAÑO.

Tener hechas las narices

Es lo que ahora quisiera.

(Váse Castaño, y cierra Don Pedro la puerta).

DON PEDRO.

Encerrar quiero á Leonor,

Por si acaso fué cautela

Habermé favorecido.

Yo la encierro por de fuera

Por que si acaso lo finge

Se haga la burla ella misma.

Yo me voy á averiguar

Quien fuese el que por mis puertas

Le dió entrada á mi enemigo,

Y porque era la pendencia

Con Cários y el embozado,

Y pues ántes que los viera,
Los vió mi hermano y salió
Con ellos, saber es fuerza
Cuando á reñir empezaron
Dónde ó como estaba ella.

(Váse Don Pedro, y salen Don Rodrigo y Hernando.)

DON RODRIGO.

Aquesto, Hernando, he sabido
Que Don Diego está herido,
Y que lo hirió quien á Leonor llevaba
Cuando en la calle estaba,
Porque él la conoció y quitarla quiso
Con que le fué preciso
Reñir, y la pendencia ya trabada
El que á Leonor llevaba, una estocada
Le dió, de que quedó casi difunto,
Y luégo al mismo punto
Cargado hasta su casa le llevaron,
Donde luégo que entraron
En sí volvió Don Diego;
Pero advirtiendo luégo
En los que le llevaron apiadados
Conoció de Don Pedro ser criados,
Por que sin duda, Hernando, fué él, llevalle
Por excusar el ruido de la calle,
Mira, que bien viene esto que ha pasado
Con lo que esta mañana me ha afirmado
De que Leonor fué sólo á ver su hermana,
Y que yo me detenga hasta mañana
Para ver si Leonor casarse quiere,
De donde bien se intiere

Que de no hacerlo trata
Y que con estas largas lo dilata;
 Más yo vengo resuelto,
 Que á esto á su casa he vuelto,
 Á apretarle de fuerte
Que ha de casarse, ó le he de dar la muerte.

HERNANDO.

Harás muy bien, señor, que la dolencia
De honor, se ha de curar con diligencia,
Porque el que lo dilata neciamente
Viene á quedarse enfermo eternamente.
(Sale Don Cárlos con Leonor tapada)

DON CÁRLOS.

No teneis ya que temer,
Doña Ana hermosa, el peligro.

LEONOR.

¡Cielos! ¿qué me traiga Cárlos
Pensando, ¡ah fiero enemigo!
Que soy Doña Ana? ¿Qué más
Claros busco los indicios
De qué la quiere?

DON CÁRLOS (Aparte).

 ¿En qué empeño
Me he puesto, cielos divinos,
Que por librar á Doña Ana
Dejo á Leonor al peligro?
¿Adónde podré llevarla
Para que pueda mi brío
Volver luégo por Leonor?
Pero hácia aquí un hombre miro.
¿Quién vá?

DON RODRIGO.

¿Es Don Carlos?

DON CARLOS.

Yo soy.

(Aparte.)

¡Válgame Dios! Don Rodrigo

Es ¿Á quién podré mejor
Encomendar el asilo
Y el amparo de Doña Ana?
Que con su edad y su juicio
La compondrá con su hermano
Con decencia, y yo me quito
De aqueste embarazo y vuelvo
Á ver si puedo atrevido
Sacar mi dama. Señor
Don Rodrigo, en un conflicto
Estoy, y vos podéis solo
Sacarme de él.

DON RODRIGO.

¿En qué os sirvo,

Don Carlos?

DON CARLOS.

Aquesta dama
Que traigo, señor, conmigo,
Es la hermana de Don Pedro,
Y en un lance fué preciso
El salirse de su casa
Por correr su honor peligro.
Yo, ya veis que no es decente
Tenerla: y así, os suplico
La tengais en vuestra casa,

Miéntras yo á otro empeño asisto.

DON RODRIGO.

Don Cárlos, yo la tendré,
Claro está, que no es bien visto
Tenerla vos, y á su hermano
Hablaré si sois servido.

DON CÁRLOS.

Haréisme mucho favor,
Y así, yo me voy.

(Váse.)

LEONOR.

¿Qué miro?

A mi padre me ha entregado.

DON RODRIGO.

Hernando, yo he discurrido
Pues voy á ver á Don Pedro,
Y Cárlos hizo lo mismo
Que él, sacándole á su hermana,
Que ya por otros indicios
Sabia yo que la amaba,
Valerme de este motivo
Tratando de que la case,
Porque ya, como de hijo,
Debo mirár por su honor;
Y él quizá más reducido,
Viendo á peligro su honor,
Querrá remediar el mio.

HERNANDO.

Bien has dicho, y me parece
Buen modo de constreñirlo,
El no entregarle á su hermana

Hasta que él haya cumplido
Con lo que te prometió.

DON RODRIGO.

Pues yo entro; venid conmigo
Señora, y nada temáis
De riesgo que yo me obligo
Á sacaros bien de todo.

LEONOR (Aparte).

A casa de mi enemigo
Me vuelve á meter mi padre,
Y ya es preciso seguirlo,
Pues descubrirme no puedo.

DON RODRIGO.

Pero allí á Don Pedro miro,
Vos, señora, con Hernando
Os quedad en este sitio,
Mientras hablo á vuestro hermano.

LEONOR.

¡Cielos! vuestro influjo impío
Mudad, ó dadme la muerte,
Pues me será más benigno
Un fin breve, aunque es atroz,
Que un prolongado martirio.

DON RODRIGO.

Pues yo me quiero llegar.

(Sale Don Pedro.)

DON PEDRO.

Que saber no haya podido
Mi enojo, quien en mi casa
Le dió entrada á mi enemigo,
Ni haya encontrado á mi hermana,

Más buscarla determino
Hacia el jardín, que quizá,
Temerosa del ruido,
Se vino hacia aquesta cuadra.
Yo voy; pero Don Rodrigo
Está aquí, á buen tiempo viene,
Pues que ya Leonor me ha dicho
Que gusta de ser mi esposa.
Seáis, señor, bien venido,
Que á no haber venido vos
En aqueste instante mismo
Había yo de buscaros.

DON RODRIGO.

La diligencia os estimo,
Sentémonos, que tenemos
Mucho que hablar.

DON PEDRO (Aparte).

Ya colijo

Que á lo que podrá venir
Resultará en gusto mio.

DON RODRIGO.

Bien habreis conjeturado
Que lo que puede, Don Pedro,
Á vuestra casa traerme
Es el honor, pues le tengo
Fiado á vuestra palabra,
Que, aunque sois tan caballero,
Mientras no os casais, está
Á peligro siempre expuesto;
Y bien veis que no es alhaja
Que puede en un noble pecho

Permitir la contingencia ;
Porque es un cristal tan terso,
Que si no le quiebra el golpe
Le empaña solo el aliento ;
Esto habreis pensado vos,
Y hareis bien en pensar esto,
Pues tambien esto me trae.
Más no es esto á lo que vengo
Principalmente, porque
Quiero con vos tan alento
Proceder, que conozeais
Que teniendo de por medio
El cuidado de mi hija
Y de mi honor el empeño,
Con tanta cortesanía
Procedo con vos, que puedo
Hacer mi honor accesorio
Por poner primero el vuestro.
Ved si puedo hacer por vos
Más, aunque tambien concedo
Que ésta es conveniencia mia,
Que habiendo de ser mi yerno,
El quereros ver honrado,
Resultará en mi provecho ;
Ved vos cuán celoso soy
De mi honor, y con qué extremo
Sabré celar mi opinion
Cuando así la vuestra celo.
Supuesto esto, ya sabeis
Vos que Don Carlos de Olmedo,
Demás del lustre heredado

De su noble nacimiento...

DON PEDRO.

Á Don Cárlos me ha nombrado,
¿Dónde irá á parar aquesto?
Y el no hablar en que me case
Sin duda sabe el suceso
De que la sacó Don Cárlos.
¡Hoy la vida y honra pierdo!

DON RÓDRIGO.

Ei color habeis perdido
Y no me admiro, que oyendo
Cosas tocante á honor,
No fuerais noble ni cuerdo,
Ni honrado si nos mostrarais
Ese noble sentimiento.
Más pues de lance de amor
Teneis en vos el ejemplo,
Y que vuestra propia culpa
Honeste el delito ageno,
No teneis de que admiraros
De lo mismo que habeis hecho.

(Sale Doña Ana al paño.)

DOÑA ANA.

Don Rodrigo con mi hermano
Está; desde aquí pretendo
Escuchar á lo que vino,
Que como á Don Cárlos tengo
Oculto; y lo vió mi hermano,
Todo lo dudo, todo lo temo,

DON RODRIGO.

Digo, pues, que aunque ya vos

Enterado estaréis de ésto,
Don Cárlos á vuestra hermana
Hizo lícitos festejos,
Correspondióle Doña Ana,
No fué mucho, pues lo mismo
Sucedió á Leonor con vos.

DON PEDRO.

¿Qué es esto? ¡Válgame el cielo!
¿Don Cárlos quiere á mi hermana?

DOÑA ANA.

¿Cómo llegar á saberlo
Ha podido Don Rodrigo?

DON RODRIGO.

Digo, por no deteneros
Con lo mismo que sabeis,
Que viéndose en el aprieto
De haberlo ya visto vos,
Y de estar con él riñendo,
La sacó de vuestra casa.

DON PEDRO.

¿Qué es lo que decís?

DON RODRIGO.

Lo mismo
Que vos sabeis, y lo propio
Que hicisteis vos, pues es bueno
Que me hicierais vos á mí
La misma ofensa, y que cuerdo
Venga á tratarlo, y que vos
Sin ver que permite el cielo
Que veamos por nosotros
La ofensa que á otros hacemos,

Os mostreis tan alterado.
Tomad, hijo, mi consejo,
Que en las dolencias de honor
No todas veces son buenos,
Si bastan sólo suaves,
Los medicamentos recios,
Que antes suelen hacer daño,
Pues cuando está malo un miembro,
El experto cirujano
No luégo le aplica el hierro
Y corta lo dolorido,
Sino que aplica primero
Los remedios lenitivos;
Que acudir á los cauterios
Es, cuando se reconoce
Que ya no hay otro remedio.
Hagamos lo mismo acá,
Don Carlos me ha hablado en ello,
Doña Ana se fué con él,
Y yo en mi poder la tengo ;
Ellos lo han de hacer sin vos :
¿ Pues no es mejor, si han de hacerlo,
Que sea con vuestro gusto,
Haciendo cuerdo y atento,
Voluntario lo preciso?
Que es industria del ingenio
Vestir la necesidad
De los visos del afecto.
Aqueste es mi parecer ;
Ahora consultad cuerdo
Á vuestro honor, y vereis

Si os está bien el hacerlo ;
Y en cuanto á lo que á mí toca,
Sabed que vengo resuelto
Á que os caseis esta noche ;
Pues no hay porque deteneros
Cuando ven go de saber
Que á mi sobrino Don Diego
Dejasteis herido anoche,
Porque llegó á conoceros
Y Leonor quiso quitaros ;
Ved vos cuán mal viene aquesto
Con que vos no la sacasteis ;
Y en suma éste es largo cuento,
Pues sólo con que os caseis
Queda todo satisfecho.

DOÑA ANA.

Temblando estoy que responde
Mi hermano ; más yo no encuentro
Que razon pueda mover
Á finjir estos enredos
Á Don Rodrigo.

DON PEDRO.

Señor,
Digo, cuanto á lo primero,
Que el decir que no saqué
Á Leonor fué fingimiento
Que me debió decoroso
Mi honor, y vuestro respeto ;
Y pues sólo con casarme
Decís que quedo bien puesto,
A la beldad de Leonor

Oculto aquel aposento
Y ahora en vuestra presencia
Le daré de esposo y dueño
La mano ; pero sabed,
Que me habeis de dar primero
Á Doña Ana, para que,
Siguiendo vuestro consejo,
La despose con Don Cárlos
Al instante, pues con esto
Seguro de este enemigo
De todas maneras quedo.

DON RODRIGO.

¡ Oh qué bien que se conoce
Vuestra nobleza y talento !
Voy á que entre vuestra hermana,
Y os doy las gracias por ello.

(Sale Doña Ana.)

DOÑA ANA.

No hay para que, Don Rodrigo,
Pues para dar las que os debo
Estoy yo muy prevenida ;
Y á ti, hermano, aunque merezco
Tu indignacion, te suplico
Que examines por tu pecho
Las violencias del amor,
Y perdonarás con esto
Mis yerros, si es que lo son,
Siendo tan dorados yerros.

DON PEDRO.

Alza del suelo, Doña Ana,
Que hacerse tu casamiento

Con **más** decencia pudiera
Y no poniendo unos medios
Tan indecentes.

DON RODRIGO.

Dejad

Aqueso, que ya no es tiempo
De reprension ; enviad
Un criado de los vuestros
Que á buscar vaya á Don Carlos.

DOÑA ANA

No hay que enviarlo, supuesto
Que, como á mi esposo, oculto
Dentro en mi cuarto le tengo.

DON PEDRO.

Pues sácale, luego al punto.

DOÑA ANA.

¡ Con qué gusto te obedezco
Que al fin mi amante porfia
Ha logrado sus deseos.

(Váse.)

DON PEDRO.

¿ Celia ?

(Sale Celia.)

CELIA.

¿ Qué me mandas ?

DON PEDRO.

Toma

La llave de ese aposento,
Y avisa á Leonor que salga.
¡ Oh amor que al fin de mi anhelo
Has dejado que se logren
Mis amorosos intentos !

(Recibe Celia la llave y váse.)

LEONOR.

Pues me tiene por Doña Ana,
Entrarme quiero allá dentro
Y librarme de mi padre
Que es el más próximo riesgo,
Que despues para librarme
De la instancia de Don Pedro
No faltarán otros modos.
Más subir á un hombre veo
La escalera : ¿ quién será ?

(Sale Don Carlos.)

DON CÁRLOS.

A todo trance resuelto
Vengo á sacar á Leonor
De este indigno cautiverio,
Que supuesto que Doña Ana
Está ya libre de riesgo
No hay porque esconder la cara
Mi valor, y vive el cielo
Que la tengo de llevar,
Ó he de salir de aquí muerto.

(Pasa Don Carlos por junto á Leonor.)

LEONOR.

Cárlos es ; ¡ válgame Dios
Y de cólera tan ciego
Va que no reparó en mí ;
¿ Pues á que vendrá supuesto
Qué me lleva á mí pensando
Qué era yo Doña Ana ? ¡ Ah cielos,
Que me hayais puesto en estado
Que estos ultrajes consienta !

Más si acaso conoció
Que dejaba en el empeño
Á su dama y á librarla
Viene ahora. Yo me acerco
Para escuchar lo que dice.

DON CÁRLOS.

Don Pedro, cuando yo entro
En casa de mi enemigo,
Mal puedo usar de lo atento.
Vos me teneis; más, ¿ qué miro?
¡ Don Rodrigo aquí?

DON RODRIGO.

Tenéos,

Don Cárlos, y sosegaos,
Porque ya todo el empeño
Está ajustado, ya viene
En vuestro gusto, Don Pedro,
Y pues á él se lo debéis
Dadle el agradecimiento
Que yo el parabien os doy:
De veros felice dueño
De la beldad que adorais,
Que gozeis siglos eternos.

DON CÁRLOS.

¿ Qué es ésto? Sin duda ya
Se sabe todo el suceso
Porque Castaño el papel
Debió de dar ya, y sabiendo
Don Rodrigo que fui yo
Quien la sacó, quiere cuerdo
Portarse y darme á Leonor;

Y sin duda ya Don Pedro
Viendo tanto desengaño
Se desiste del empeño.
Señor, palabras me faltan
Para poder responderos,
Más valgame lo dichoso
Para disculpar lo necio,
Que en tan no esperada dicha
Como la que yo merezco,
Si no me volviera loco
Estuviera poco cuerdo,

DON RODRIGO.

Mirad si os lo dije yo:
Quiérela con grande extremo.

LEONOR.

¿Qué es esto, cielos, que escucho?
¿Qué parabienes son estos,
Ni qué dichas de Don Carlos?

DON PEDRO.

Aunque debierais atento
Haberos de mi valido,
Supuesto que gusta de ello
Don Rodrigo, cuyas canas
Como de padre venero,
Yo me tengo por dichoso
En que tan gran caballero
Se sirva de honrar mi casa.

LEONOR.

Ya no tengo sufrimiento,
No ha de casarse el traidor.

(Sale Doña Leonor con manto)

DON RODRIGO

Señora, á muy lindo tiempo
Venís; más, ¿porqué os habeis
Otra vez el manto puesto?
Aquí está ya vuestro esposo.
Don Cárlos, los cumplimientos
Basten ya, dadle la mano
Á Doña Ana.

DON CÁRLOS.

¿A quién? ¿Qué es ésto?

DON RODRIGO.

A Doña Ana vuestra esposa,
¿De qué os turbais?

DON CÁRLOS.

¡Vive el cielo,
Que este es engaño y traicion!
¿Yo á Doña Ana?

LEONOR. (Aparte.)

¡Albricias, cielos,
Que ya desprecia á Doña Ana!

DON PEDRO.

Don Rodrigo, ¿qué es aquesto?
Vos de parte de Don Cárlos
¿No venisteis al concierto
De mi hermana?

DON RODRIGO.

Claro está;
Y fué porque Cárlos mesmo
Me entregó á mí á vuestra hermana
Que la sacaba, porque
Corría su vida riesgo.

Señora, ¿no es esto así?

LEONOR.

Si, señor, y yo confieso
Que soy esposa de Cárlos
Como vos vengais en ello.

DON CÁRLOS.

Muy mal, señora Doña Ana,
Habeis hecho en exponeros
Á tan público desaire
Como por fuerza he de haceros,
Pero, pues vos me obligais
Á que os hable poco atento
Quien me busca exasperado
Me quiere sufrir grosero;
Si mejor á vos que á alguno
Os consta que ya no puedo
Dejar de ser de Leonor.

DON RODRIGO.

¿De Leonor?

¿Qué Leonor?

DON CÁRLOS.

De vuestra hija.

DON RODRIGO.

¿De mi hija? Bien por cierto
Cuando es de Don Pedro esposa.

DON CÁRLOS.

Antes que logre el íterito,
Le quitaré yo la vida.

DON PEDRO.

Ya es mucho mi sufrimiento,
Pues en mi presencia os sufro

Que atrevido y desatento
Á mi hermana desaireis
Y pretendais á quien quiero.

Empuñan las espadas, y salen Doña Ana y Don Juan de la mano; por la otra puerta Celia y Castaño de dama.)

DOÑA ANA.

A tus piés, mi esposo, y yo,
Hermano; ¿pero qué veo?
Á Don Juan es el que traigo,
Que en el rostro el ferreruelo
No le habia conocido.

DON PEDRO.

Doña Ana, ¿pues cómo es esto

CELIA.

Señor, aquí está Leonor.

DON PEDRO.

¡ Oh hermoso, divino dueño!

CASTAÑO.

Allá vereis la belleza;
Más ya no puedo de miedo
Moverme, pero mi amo
Está aquí, ya nada temo,
Pues él me defenderá.

DON RODRIGO.

Yo dudo lo que estoy viendo,
Don Carlos, ¿pues no es Doña Ana
Esta dama que vos mesmo
Me entregásteis, y con quién
Os casais?

DON CARLOS

Es manifiesto

Engaño, que yo á Leonor
Solamente es á quien quiero.

DOÑA ANA.

Acabe este desengaño
Con mi pertinaz intento,
Y pues el ser de Don Juan
Es ya preciso, yo esfuerzo
Cuanto puedo que lo estimo
Que en efecto es ya mi dueño.
Don Rodrigo, ¿qué decís?
¡Qué Carlos! que no lo entiendo,
Y sólo sé que don Juan
Desde Madrid en mi pecho
Tuvo el dominio absoluto
De todos mis pensamientos.

DON JUAN.

Don Pedro, yo á vuestros piés
Estoy.

DON PEDRO.

Yo soy el que debo
Alegrarme, pues con vos
Junto la amistad al deudo;
Y así, por que nuestras bodas
Se hagan en un mismo tiempo
Dadle la mano, Doña Ana,
Que yo á Leonor se la ofrezco.
(Llegase á Castaño.)

DON CARLOS.

Antes os daré mil muertes.

CASTAÑO.

Pues por mí quieren matarsas

DON PEDRO.

Dadme, soberano objeto
De mi prendido albedrío,
La mano.

CASTAÑO.

Sí, que os la tengo.
Para darosla más blanda
Un año en guantes de perro.

DON CARLOS.

Eso no conseguirás.
(Descubrese Leonor.)

LEONOR.

Tente, Carlos, que yo quedo
De más y seré tu esposa,
Que aunque me hiciste desprecios,
Soy yo de tal condicion
Que más te estimo por ellos.

DON CARLOS.

¡ Mi bien! ¡ Leonor! ¿ Qué tú eras?

DON PEDRO.

¿ Qué es esto? ¿ Por dicha sueño?
Leonor está aquí y allí.

CASTAÑO.

No, sino que viene á cuento
Lo de : no sois vos, Leonor.

DON PEDRO.

¿ Pues quién eres tú, portento,
Que por Leonor te he tenido?

(Descúbrese Castaño.)

CASTAÑO.

No soy sino el perro muerto

De que se hicieron los guantes.

CELIA.

La risa tener no puedo
Del embuste de Castaño.

DON PEDRO.

Mataréte! vive el cielo!

CASTAÑO.

¿ Por qué? Si cuando te dí
Palabra de casamiento,
Que ahora estoy llano á cumplirte,
Quedamos en un concierto
De que si por tí quedaba,
No me harías mal; y supuesto
Que ahora queda por tí
Y que yo estoy llano á hacerlo,
No faltes tú. pues que yo
No falto á lo que prometo.

DON CARLOS.

¿ Como estás así, Castaño,
Y en tal traje?

CASTAÑO.

Ese es el cuento,
Que por llevar el papel
Que aún aquí guardado tengo,
En que á Don Rodrigo dabas
Cuenta de todo el enredo
Y de que á Leonor llevaste,
Para llevarlo sin riesgo
De encontrar á la justicia
Me puse estos faldamentos,
Y Don Pedro enamorado

De mi talle y de mi aseo,
De mi gracia y de de mi garbo,
Me encerró en este aposento.

DÓN CARLOS.

Mirad, señor Don Rodrigo,
Si es verdad, que soy el dueño
De la beldad de Leonor,
Y si ser su esposo debo.

DON RODRIGO.

Como se case, Leonor,
Y quede mi honor sin riesgo
Lo demás importa nada ;
Y así, Don Carlos, me alegro
De haber ganado tal hijo.

DON PEDRO.

Tan corrido, vive el cielo,
De lo que me ha sucedido
Estoy, que ni á hablar acierto,
Más disimular importa,
Que ya no tiene remedio
El caso. Yo doy por bien
La burla que se me ha hecho,
Porque se case mi hermana
Con Don Juan.

DOÑA AÑA.

La mano ofrezco
Y tambien con ella el alma.

DON JUAN.

Y yo, señora, la acepto,
Porque vivo muy seguro
De pagaros con lo mesmo.

DON CÁRLOS.

Tú, Leonor mía, la mano me da.

LEONOR.

En mí, Cárlos, no es nuevo,
Porque siempre he sido tuya.

CASTAÑO.

Dime, Celia, algun requiebro,
Y mira si á mano tienes
Una mano.

CELIA.

No la tengo
Que la dejé en la cocina;
Pero, ¿Bastaráte un dedo?

CASTAÑO.

Daca, que es el dedo malo,
Pues es él con quien encuentro;
Y aquí altísimos señores,
Y aquí, senado discreto,
Los *Empeños de una casa*
Dan fin; perdonad sus yerros.

INDICE DE LAS MATERIAS

CONTENIDAS EN ESTE VOLUMEN

	Paginas.
APUNTES BIOGRÁFICOS.....	V

POESÍAS LÍRICAS

Versos al lector.....	1
Soneto. A la condesa de Paredes.....	6
Sonetos.....	7
Redondillas.....	23
Glosa.....	26
Romance.....	28
Liras.....	39
Endechas.....	42
Romances.....	47
Soneto.....	52
Ovillejos.....	53
Redondillas.....	66
Décimas. Celebra los años de la condesa de Paredes.....	69
Romance.....	71
Sonetos.....	84
Soneto. En la muerte de la Marquesa de Mancera.....	86
Décimas.....	87
Décimas sobre un retrato.....	91
Décimas sobre el mismo tema.....	92
Décimas varias.....	95
Redondillas.....	98
Romances.....	101
Coplas de música.....	106
Romance.....	107
Sonetos.....	110
Décima.....	114

	Páginas.
Romance.....	115
Villancico.....	118
Romance. A San Pedro.....	120
Soneto. En la muerte del Duque de Veraguas	121
Coplas.....	122
Soneto. A la muerte de Felipe IV.....	124
Sonetos.....	125
Liras.....	129
Glosa.....	133
Décimas.....	135
Redondillas. A una presumida.....	137
Redondillas. A un borracho linajudo.....	138
Redondillas a un soberbio.....	139
Redondillas.....	140
Romances.....	147
Endechas.....	158
Romances.....	160
Décima.....	165

OBRAS DRAMATICAS

Los empeños de una casa, comedia en tres jornadas.....	169
--	-----

